

UN
PALACIO
EN VENEZIA

NACHO
MONTES

La novela de **Fortuny**, el mago de las telas

NOVELA HISTÓRICA

Una muerte temprana, un cuadro inacabado, una subasta histórica en París, un popular café en la plaza de San Marcos y un palacio veneciano son el punto de partida de una vertiginosa trama en la que la azarosa casualidad unirá eternamente a los protagonistas de esta historia.

La singular vida del artista Mariano Fortuny y Madrazo, hijo del pintor español más importante de su tiempo y de la coleccionista Cecilia de Madrazo, se cruza con la extravagante existencia de la marquesa Luisa Casati, la aristócrata italiana, musa y mecenas, más excéntrica de la Europa de principios del siglo XX. Ambos unirán sus destinos en la ciudad llena de arte, de hechizos y de secretos que fue la Venecia de la Belle Époque.

Nacho Montes

Un palacio en Venecia

La novela de Fortuny, el mago de las telas

Título original: *Un palacio en Venecia*
Nacho Montes, 2023

Revisión: 1.0

 28/09/2023

*A ti, que siempre me lees desde algún lugar.
A mis raíces, abanderadas por mi madre
y su dulzón recuerdo.
A los que aman sin medida.*

«Cada trabajo es un hijo que siempre reconoce a su padre».

MARIANO FORTUNY

«Quiero ser una obra de arte viva».

MARQUESA LUISA CASATI

«Ella se envolvía en uno de esos larguísimos echarpes de gasa oriental que el tintorero alquimista Mariano Fortuny sumerge en las drogas misteriosas de sus cubas, removidas con un palo de madera ora por un silfo, ora por un gnomo, y que saca tintadas de extraños sueños para luego estampar con sus mil hojas nuevas generaciones de astros, de plantas, de animales».

GABRIELE D'ANNUNZIO

Forse che sì, forse che no

Quizás sí, quizás no

1910

«El vestido de Fortuny que llevaba esa noche Albertine se me antojó la sombra tentadora de aquella Venecia invisible. Estaba invadido de ornamentación árabe como Venecia, como los palacios de Venecia disimulados a la manera de las sultanas detrás de un velo calado de piedra, como las encuadernaciones de la Biblioteca Ambrosiana, como las columnas cuyas aves orientales, que significan alternativamente la muerte y la vida, se repetían en los espejos de la tela, de un azul oscuro que, a medida que se acercaba mi mirada, se metamorfoseaba en oro maleable a causa de las mismas transmutaciones que, ante la góndola que se aproxima, transforman en metal esplendente el azur del Gran Canal. Y las mangas estaban forradas de un rosa cereza tan peculiarmente veneciano, que lo llaman rosa Tiépolo».

MARCEL PROUST

A la recherche du temps perdu. La Prisonnière

En busca del tiempo perdido. La Prisionera

1923

«Eustace desató el lazo y levantó la tapa. Lo que descubrió bajo el liso papel de seda le provocó un escalofrío de placer. Totalmente enrollado y retorcido sobre sí mismo, como dispuesto para ser sacado, el vestido azul y plata de Hilda. Los pliegues densos, tan unidos los unos con los otros como surcos de un campo labrado, le parecieron más oscuros de cómo los había imaginado. Sabiendo que nunca sería capaz de desplegarlo, se contentó con deslizar sus dedos entre las ranuras y las aristas del plisado, en las que sintió la resistencia de lo que había estado tan apretado. Sin embargo, ¡qué poderosa expansión en aquellos pliegues, qué posibilidades de movimiento insospechadas para Hilda, para la nueva Hilda!

Con este vestido podría danzar, podría volar».

L. P. HARTLEY
Eustace and Hilda
1947

Nota del autor

Esta historia no es una biografía sobre Mariano Fortuny y Madrazo.

La magia de la literatura está en hilar historias mezclando esas cosas que fueron de verdad con muchas otras que solo han vivido en la imaginación de los que las escribimos.

Y eso hago yo con sumo placer en mis novelas, recrear espacios, lugares, tiempos y personajes que fueron de verdad y envolverlos en la fantasía de todo aquello que también pudieron ser, pero no siempre fueron. Y si lo fueron, nunca se supo a ciencia cierta.

La literatura y yo somos eso, más fantasía que ciencia.

Todos los lugares principales que aparecen en esta historia y su tiempo histórico son reales y los he narrado basándome en su verdad. Algunos de los personajes son reales y otros inventados, al igual que parte de sus vivencias y sus tramas en estas hojas.

En el lector está la otra magia de la literatura. La de disfrutar de lo que fue y fantasear con lo que pudo ser.

Con esa poderosa magia doble, las novelas nos seguirán emocionando eternamente a los que las escribimos y a los que nos leen.

1

Un tejido antiguo es como un mapa. Podemos descubrir en él tesoros, lugares e historias que otros vivieron sobre su piel cientos de años atrás. Este que cubre hoy tu caja es una dolorosa herida sin cicatriz a la vista. En Venecia hace frío y es agosto. Quizá no lo hace y soy yo que no he sabido cómo vestirme para despedirme de ti, mamá, este verano triste de 1932, en el que me miro a los espejos del palacio Martinengo, y no me reconozco.

No sé bien qué me queda de aquel niño que jugaba con un tren de madera en los suelos helados del Museo del Prado. Ni del joven que se enamoró de Henriette, la mujer más frágil y fuerte a la vez de la tierra. Hoy, no sé por qué, solo recuerdo dos cosas con nitidez. La primera, tu mirada. Tus miradas hablaban siempre sin tener que decir nada, como cuando observabas los cuadros de papá y del abuelo o como cuando llegó a Venecia en su primer viaje mi esposa y tus retinas analizaron cada uno de sus movimientos. Y la segunda, aquella tormenta de julio que hizo que Luisa Casati, Bruno del Amor y yo nos encontrásemos en los soportales de la plaza de San Marcos el verano de 1902. Han pasado tantos años, mamá...

He sentido que el agua del Gran Canal se teñía de oro. Ese oro viejo de los marcos de los cuadros de casa llenos de vetas oscuras que hablan del tiempo. Hoy te vas y lo haces sin saber muchas cosas de mí que habría querido contarte. Igual sí las sabes y he subestimado a ese poderoso hilo invisible que une en la vida y en la muerte a las madres con los hijos. Solo por eso habría deseado nacer mujer.

Quiero que el tiempo corra. Quiero que esta herida tenga pronto una cicatriz que cuando pase el dedo me recuerde que hubo dolor, mucho, pero que ya no duela.

* * *

Mariano Fortuny se despertó de un escalofrío, buscando sus cuadros, sus libros y las telas que vestían gloriosos el *pòrtego* del segundo piso del Palazzo Pesaro degli Orfei donde las cenefas y las cornisas se mantenían erguidas y altivas sobre las columnas de piedra. Deseaba que todo lo que su mente había masticado hasta la náusea mientras dormía fuese una pesadilla. Pero, cuando se incorporó, nada de eso había. Hundido en unos de los viejos butacones del palacio Martinengo

miró a su alrededor; el dolor volvió a hacerse tangible como una punzada y las náuseas llenaron su estómago de un vértigo sólido como una piedra. Allí estaba la caja de madera en la que descansaba su madre, cubierta con ese antiguo tejido que ella misma había descartado de la subasta parisina organizada con los cuadros y los tejidos tan solo un año después de quedarse viuda, con dos niños pequeños a su cargo.

Se levantó como pudo, se acercó a la caja. Pasó la mano por la tela envejecida. Estaba suave a pesar del tiempo y de las arrugas. Le pareció hasta sedosamente dulce al contacto con sus manos ásperas, curtidas y ajadas por años de tintes y disolventes. Dibujó con su dedo índice las sutiles estampaciones que todavía enriquecían el tejido. Pensó en su madre de nuevo, ahora tan despierto. La vida les había separado y unido cientos de veces a escasos metros uno del otro, en esa Venecia que hoy bullía bajo el sol de agosto, aunque a él le pareciese que la brisa era de un otoño ya cumplido.

Cuando la marquesa de Casati entró en la sala, con su imponente Delphos Burgundy y su pámela negra, los ojos de Mariano se llenaron de lágrimas. Se abrazaron, ante la presencia muda de una Henriette que parecía una estatua griega. Al fondo, en el umbral de la puerta, un cabizbajo y discreto Bruno del Amor sintió cómo los ojos le escocían hasta desbordarse en dos surcos de dolor que dejó de contener cuando se topó con la mirada líquida de su amigo del alma.

En Venecia, en segundos, el sol se esfumó bajo una nube negra como una noche cerrada y estalló la tormenta.

ANTES DE TODO

2

*Hôtel Drouot, París,
26 de abril de 1875*

Nadie había visto llorar en público a Cecilia de Madrazo desde la repentina muerte de Mariano Fortuny a sus treinta y seis años. Nadie. Y no porque ella no tuviese ganas de hacerlo, sino porque no quería permitirse esa debilidad. No en ese momento en el que el mundo del arte y de la alta sociedad observaba en la distancia cada uno de sus pasos con extrema compasión, como si no fuese capaz de seguir adelante en un mundo lleno de hombres viudos que jamás detenían sus vidas cuando sus mujeres fallecían.

Cuando Cecilia llegó con su hermano Raimundo al Hôtel Drouot, la casa de subastas conocida por organizar las ventas de arte y antigüedades más importantes de París, el barón de Davillier ya estaba en su puerta con su rotundo físico, su lazada oscura en el cuello de su almidonada camisa blanca y los brazos abiertos de par en par.

Jean-Charles Davillier, coleccionista de arte, escritor y nieto de uno de los banqueros más reputados de Francia, había organizado la venta de una parte de las obras de Mariano Fortuny y de casi ciento cincuenta piezas de tapices, tejidos e indumentarias de los siglos XIII al XVIII, entre los que se encontraban algunas prendas religiosas de incalculable valor. Y él mismo había ido pujando y adquiriendo esas piezas que no habían alcanzado el importe suficiente para que la viuda de su amigo tuviera más ganancias.

—Querida amiga, todo va a ir bien —exclamó con una sonrisa, abrazando con su poderosa anatomía a Cecilia, que parpadeó repetidamente para contener las lágrimas. No eran por volver a verle ya como viuda, sino por deshacerse de un patrimonio que su marido y ella habían ido forjando durante los últimos años con pulcra dedicación. Algo de su historia se empezaría a esfumar definitivamente en unas horas.

—Seguro que sí, Jean, seguro que sí —repitió varias veces en voz baja, como susurrando, con esa extraña sensación que unía, por un lado, el deseo de que las palabras del barón se cumpliesen satisfaciendo todas sus expectativas para que la vida de ella y de sus hijos siguiese adelante y, por otro, la tristeza de desprenderse de un patrimonio que, en el fondo de su corazón, era mucho más que una simple cuestión de billetes y fortuna.

—Y si algo más necesitas, yo estaría encantado de solucionarlo, no te preocupes por nada

—añadió tajante, soltando a Cecilia del abrazo y observándola con ojos casi paternos, llenos de infinita ternura.

—Lo sé, querido amigo, lo sé. Pero sabe Dios que solo me deshago de esto porque lo necesito, no imagináis lo que significa perder muchas de estas piezas —sollozó, mirando a su hermano y al barón.

—El arte, querida amiga, es siempre un bien. El que nos enriquece el alma mientras podemos permitírnoslo y el que nos enriquece la cartera cuando ya no podemos conservarlo. No te deshaces de él como el que desecha un trasto viejo e inservible. Te desprendes de algo que te ha llenado muchos momentos de tu vida y que ahora llenará, de otro modo, muchos otros espacios que necesitas para seguir recordándolo. Solo cambia de manos y de lugares, pero, en el recuerdo, seguirá en ti como tantas obras que están en mil museos, lejos de nosotros, y que nos siguen haciendo soñar desde una pared ajena a nuestro patrimonio. Has tenido la dicha de haber disfrutado en tus propias paredes de estas piezas, ahora toca renacer gracias a ellas y añorarlas en la distancia, con ese amor que solo entendemos los que valoramos la belleza en su estado más puro. La vida es una rueda que nunca deja de dar vueltas. Nunca se sabe, Cecilia, quizá un día vuelvan a ti estas piezas y, si no, llegarán otras para seguir vibrando con cada instante —sonrió el barón sin dejar de observarla.

—Mariano estará muy orgulloso de toda tu ayuda, no me cabe la menor duda —sonrió levemente tocándose las mejillas con ambas manos, mirando al cielo, sonrojada y triste.

En París, como en el dolorido corazón de Cecilia de Madrazo, empezaba a chispear.

3

Habían dividido la subasta de los bienes de Mariano Fortuny y Marsal en dos partes. Una primera, la «Colección Fortuny. Patrimonio pictórico en la subasta Drouot de 1875» con los cuadros. Y una segunda, la «Colección Fortuny. Patrimonio textil en la subasta Drouot de 1875» con los tejidos históricos, las cerámicas y las antigüedades.

La suma de los cuadros de Fortuny adquiridos ascendió a 657.105 francos por ciento noventa y seis piezas suyas y de otros artistas, que el coordinador de la subasta Jean-Charles Davillier había referenciado minuciosamente en el catálogo.

Cecilia de Madrazo se pellizcó con fuerza en el muslo, por encima de la rica lana gris de su vestido, para contener la dura emoción y no gritar de dolor cuando *Los hijos del pintor en el salón japonés*, el inconcluso cuadro de sus hijos que su marido pintó en las últimas vacaciones en Portici, fue adjudicado con el número 114 de su lote por 30.500 francos. Solo superado por los 49.800 francos del número 1, *La playa de Portici*.

Sintió el dolor agudo en su pierna, soltó el pellizco y de repente notó que su alma salía de ella para volar hasta aquella casita de vacaciones que habían alquilado junto al mar. Pudo respirar el salitre del aire fresco y semidulzón de sus mañanas. Ahí estaban sus pequeños Mariano y María Luisa correteando por un jardín lleno de flores encendidas, mientras su padre pintaba, ajenos a la tragedia que pocos meses después rompería por la mitad el corazón de su madre y cambiaría el rumbo de sus vidas para siempre.

—¡Adjudicado!

Volvió de su ensueño cálido al frío de aquella sala del Hôtel Drouot, a pesar de estar llena de gente, cuando el martillo sucedió al subastero, con el sonido compacto y duro de su mazazo de madera.

—Adjudicado en 27.000 francos el número 57 del lote, con el nombre de *Patio de la alberca* —sonó alta y clara la voz entre el alboroto del gentío.

Así fueron adjudicándose, uno a uno, el *Patio bajo de la Alhambra* con el número 55 y 24.100 francos, la *Salida de la procesión de la iglesia de Santa Cruz de Madrid en tiempo de lluvia* con el número 33 y 20.000 francos y un sinfín de obras que habían formado parte de la colección personal de los Madrazo y que Cecilia veía diluirse desde el lluvioso París en la historia de su vida.

—Tienes que estar contenta, piensa en lo que hablamos antes —dijo el barón de Davillier,

cogiendo a la viuda de su viejo amigo del brazo y llevándosela a tomar una copita de vino, en el receso de la subasta, antes de abordar los tejidos y las antigüedades.

—Ahora mismo no puedo ni pensar, sinceramente, ¿qué hablamos? —preguntó desde la nube que la mantenía lejos de aquel París.

—Que un día, nunca se sabe, alguna de estas piezas volverá a la casa Fortuny, allá donde sea que se halle esa morada —respondió místico y cariñoso el barón, con esa sonrisa poderosa que escondía su generosa barba.

La segunda parte de la subasta consiguió liquidar ciento cuarenta y cinco piezas entre cerámicas y tejidos. En el apartado titulado como «Rarezas arqueológicas» había sedas y terciopelos labrados en oro italianos y españoles de los siglos XIII al XVI. Lo más valorado por los compradores, entre los que se encontraban eminencias del sector como Sampieri, Leclerc o Chatel, había sido la sección «Indumentaria religiosa. Bordados y ricas telas», que incluía tejidos, ternos, frontales de altar y tapices de los siglos XIII al XVIII. Con el número 100 de referencia se había subastado la pieza más alta, una dalmática española bordada en oro y seda sobre terciopelo rojo, del siglo XVI.

Estos lotes, a pesar de tener piezas tan codiciadas como el jarrón Basilewsky, que alcanzó la cifra de los 30.000 francos, no se acercaban ni de lejos al montante del patrimonio pictórico de Fortuny de la primera parte.

Davillier había adquirido a título personal una seda nazarí del siglo XIV por tan solo 270 francos, una arqueta árabe de marfil del siglo XII forrada con un lampas de seda y el «gran azulejo» por 1.950 francos, todos de procedencia hispanomusulmana. Lo había hecho sabiendo bien que los importes de estas piezas eran muy superiores, ya que el precio de las subastas no dependía del valor artístico de sus objetos, sino del valor del mercado, y como regalo para aquella Cecilia, que permanecía devastada mientras los marchantes y coleccionistas del mundo llegados a París celebraban con júbilo sus adquisiciones.

Durante esos cuatro días pasaron por los salones del Drouot gran parte de los coleccionistas más renombrados de la ciudad, artistas y amigos, en una subasta que la prensa había considerado como una de las más importantes en las últimas décadas. Tras ella, muchos de los cuadros de ese Fortuny ya reconocido en medio mundo y que aún se encontraban en su estudio desde su muerte el 21 de noviembre de 1874 por una maldita hemorragia estomacal, pasaron a manos de coleccionistas particulares de todo el planeta.

Cerraba Cecilia así una etapa y emprendía otra, lejos de la Roma en la que había fallecido su marido y en un mundo vertiginoso que se le abría por delante en Francia, sin saber aún que, no muchos años después, el palacio Martinengo de Venecia, que tanto le recordaría al estudio de pintura de Mariano en Roma, y esa otra parte de las obras y los textiles que no llegó a subastar, serían su mundo particular y nostálgico hasta el final de sus días junto a las aguas del Gran Canal veneciano.

PRIMERA PARTE

4

Venecia, verano de 1902

«Hay lugares a los que uno llega por primera vez con el corazón encendido y abierto para dejarse llevar por la vida. Hay lugares que se convierten para siempre, sin remedio, en personas. Y hay personas que en el corazón de los que las aman siempre serán lugares...».

Bruno del Amor escribió un puñado de palabras sin saber qué le tenía preparado su destino más cercano. Cerró la pequeña libreta donde anotaba farragosamente, entre sus dibujos, muchos pensamientos, contradicciones y hasta las fantasías más clandestinas. Se frotó los ojos con pereza, derrotado por el sueño y la resaca que le provocaban las noches junto a Luisa Adele Rosa María, marquesa de Casati desde hacía tan solo dos años, y se vistió torpemente para acudir a aquel aperitivo en el *caffè* Florian con su loca amiga, esa por la que había viajado desde París hasta Venecia sin más maleta que la excitante incertidumbre.

La vida, sumergida a medias en las aguas de unos canales que le parecieron tan malolientes como llenos de belleza, estaba por delante.

5

*Caffè Florian, plaza de San Marcos, Venecia,
1 de julio de 1902*

A Luisa Adele Rosa María Ammán, marquesa de Casad desde su matrimonio con Camillo, marqués de Casati Stampa di Soncino, le gustaba escandalizar. Y lo hacía sin más motivo que el del puro placer de hacer lo que le daba la gana en cada momento, pensasen lo que pensasen los demás.

Luisa era la hija menor de Alberto von Ammán y Lucia Bressi, nombrados condes por el rey Umberto I de Italia. La muerte de ambos, con solo dos años de diferencia, había convertido a una adolescente Luisa y a su hermana mayor Francesca en las dos mujeres más ricas del país. Su posterior boda con el marqués de Casati la había encumbrado aún más en la alta sociedad italiana de la *belle époque*, marcando su época no solo por sus locas extravagancias y su pasión por las artes ocultas, sino por un gusto inmenso por el teatro, el arte y la danza clásica.

Era alta, huesuda y de ojos saltones. No era una belleza italiana al uso, pero era tan hechizante y magnética, decían, como la propia Italia.

Bruno del Amor tenía los ojos azules y el pelo rojo. Un nutrido puñado de pecas dibujaban en su nariz y sus mofletes un mapamundi, según lo llamaba Luisa, deliciosamente encantador. Nacido en España, en un pequeño pueblo del Pirineo aragonés fronterizo con Francia, había crecido mirando al país galo y hechizado por las cosas que contaban de París. Le gustaba pintar desde niño y encerrarse en su sencilla habitación, que miraba a las montañas nevadas gran parte del año, para escribir y dibujar en unos cuadernos de tapas de cartón azul que su madre le compraba en la pequeña imprenta del pueblo.

Era alto, ancho de espaldas y tenía los brazos y las piernas fuertes como los descargadores de los muelles venecianos y unas manos masculinas y grandes, pero tan cuidadas, que bien podrían pasar al tacto por las de una dama de la alta sociedad.

Luisa y Bruno se habían conocido en París, dos años atrás, pocas noches antes de que ella se convirtiese en la marquesa que ahora era.

Recordaba él con la nitidez que hoy le faltaba cómo aquel vestido lleno de cuentas de cristales y pequeñas plumas de aves oscuras se abría hasta su ombligo en un escote que más que un escándalo para algunas damas parisinas se había convertido en un grito de libertad compartida.

Recordaba también ese olor intenso, como a opio y licores mezclados con flores, que emanaba de su larguísimo cuello cuando ella sonreía altiva, como un cisne negro de hipnótica belleza.

Recordaba ella, como si los años no hubiesen pasado, cómo los ojos de aquel pelirrojo de belleza romana se encendieron llenándose de ese azul vivo del mar los días más claros del verano, con el sol en lo alto, cuando se cruzaron por primera vez. Y el calor de aquella sonrisa eterna, hasta cuando lloraba, la primera noche que se emborracharon juntos en uno de aquellos clubes clandestinos del París más divertido y fascinante del mundo en esos gloriosos inicios de 1900.

El Florian era el café más antiguo de Italia, había abierto sus puertas por primera vez en las Navidades de 1720 bajo el premonitorio nombre de Alla Venezia Trionfante, pero enseguida los venecianos adquirieron la popular costumbre de llamarlo el Florian, en honor a su fundador, Floriano Francesconi. Un siglo después, en 1858, el nuevo propietario encargó a Lodovico Cadorin, arquitecto de la Academia de Bellas Artes, ampliar y remodelar sus salas. En toda Italia ya era conocido el local por lugareños y foráneos, y el «*Andemo da Florian*» —¡Nos vemos en el Florian!— era la frase más popular en todos los círculos sociales. También los de las altas esferas que frecuentaba la extravagante marquesa de Casati.

Cuando volvieron a encontrarse, en el histórico *caffè* ella levantó la cabeza estirando su cuello hasta el infinito para alcanzar un beso en los labios del pelirrojo desde su sofá, en la terraza más divina del mundo.

—Está usted bellísima, marquesa —exclamó con esa sonrisa inmensa y fresca que poseía Bruno.

—Le recuerdo, querido, que si me llaman marquesa en la primera cita siempre termino haciendo el amor —respondió ella teatralmente, sin dejar de mirarlo a los ojos profundamente.

—No es nuestra primera cita. Tiene mala memoria, marquesa —insistió él, con esa aniñada malicia que era parte de su arrollador encanto.

—No sé de qué me habla, la verdad, pero brindemos y bebamos —sentenció, sirviendo en la copa de su amigo un generoso chorretón de la *grappa* que le guardaban siempre como un tesoro, custodiada en la bodega desde el inicio de todos los tiempos.

Brindaron varias veces, con dos sonrisas de verano, sin dejar de mirarse a los ojos. El último brindis sonaba en el aire justo cuando estallaba la primera tormenta de la temporada estival, inundando las eternas piedras de la plaza de San Marcos, y Mariano Fortuny y Madrazo se colaba en el soportal para guarecerse de una lluvia que parecía presagiar húmedos encuentros.

6

Mariano Fortuny y Madrazo físicamente era enorme. Como una mole de roca en mitad de un bosque de frondosas melancolías. Así de rimbombante lo había definido un día su madre Cecilia de Madrazo en una de sus reuniones sociales de café y pastas a la salida del Museo del Prado, empeñada en encontrarle una mujer exquisita que supiese guiar con acierto todas sus sensibilidades, escondidas bajo esa apariencia de gigante todopoderoso. Era un cerebro, un artista en infinidad de materias, un visionario y un ermitaño de la vida y el amor. Tenía la mirada profunda y una barba dura y contundente.

Hijo del pintor español Mariano Fortuny y Marsal y nieto del pintor y director del Museo del Prado Federico de Madrazo, había nacido en Granada al cobijo de una poderosa familia de artistas y mecenas. París fue su cuna nada más morir su padre y el lugar en el que se había enamorado de todas esas disciplinas artísticas que corrían por su sangre. También de algunas vivencias que su madre nunca habría aceptado en un hombre de exquisita educación.

Cecilia de Madrazo, hija, nieta, sobrina y hermana de pintores reconocidos como los mejores retratistas de su época, se había convertido desde joven en una excelente pianista. Era asidua a las tertulias artísticas del Madrid más instruido y con los años había pasado a ser una de las coleccionistas de tejidos y antigüedades más importantes de la Europa de finales de 1800.

Era más atractiva la exquisitez de su educación y su elegancia que su propia belleza. Y su personalidad era tan arrolladora como la fama que se había forjado de mujer severa y poderosamente inteligente. Sus amigos la admiraban tanto como la temían los marchantes de arte de medio mundo, con los que Cecilia estaba más que acostumbrada a echar pulsos que pocas veces perdía.

Cuando Mariano Fortuny se refugió en el umbral del *caffè* Florian, Bruno y Luisa ya estaban achispados y las mesas bajo los soportales permanecían concurridas de venecianos chillones.

Luisa le observó durante un rato, ladeando la cabeza y sonriendo, hasta que sus miradas se encontraron un segundo. Él de pie, empapado. Ella con su chispa de ebriedad, sentada y enigmática. Bruno, de espaldas a Fortuny y sin saber qué pasaba, miró alucinado a su amiga.

—¿Se puede saber qué te hace sonreír así? —preguntó, levantando automáticamente una ceja y frunciendo los labios como en un beso que cerraba un secreto.

—¿Así cómo? —dijo ella, absorta en la distancia, sin dejar de sonreír, imaginando cómo sería posar desnuda ante los ojos de un hombre como aquel.

—¿Como si acabases de hacer el amor salvajemente con el hombre más imponente del mundo en el corazón de la misma tierra? —preguntó irónicamente, analizando cada cambio del rictus de su amiga.

—Es posible que me lo acaben de hacer y, aunque sea mentalmente, creo que mi cuerpo lo ha sentido hasta en el último centímetro de mi útero —respondió ella, levantando su mano derecha e invitando a aquel hombre a sentarse en su mesa.

Mariano se acercó sonriendo.

—No encontrará una mesa libre en el Florian en un día de tormenta de verano, así que no se haga el esquivo ni el triste, y siéntese con nosotros, podemos compartir la nuestra con sumo agrado —exclamó Luisa, tendiendo el dorso de su mano, larga, pálida, con esas venas azuladas que dibujaban ríos en un mapamundi de seda, para que él la besara.

—No se puede estar triste después de un ofrecimiento tan curioso como el suyo, marquesa —respondió Mariano, tomando la mano que le tendía y dejando un beso largo en su piel.

Bruno alzó la mirada hasta encontrarse con aquel hombre y sentir que el mundo se detenía de golpe.

—¿Nos conocemos? —preguntó la marquesa con fingida inocencia, como si le extrañase a esas alturas que toda Italia supiese de su existencia, de sus excentricidades, de sus fiestas de disfraces, de su pasión desmesurada por el arte.

—Yo podría haberla pintado, vestido y hasta moldeado en cualquier otra época. Es un placer tenerla hoy tan cerca como los cuadros de mi familia y poder examinar cada trazo de su piel. Soy Mariano, encantado de conocerla —dijo con inusual cercanía, sin dejar de sonreír ni un segundo.

—Señor Fortuny, el placer es mío, se lo aseguro, nada me daría más satisfacción que formar parte de sus obras de arte —afirmó con todo el conocimiento de la figura que tenía delante, retirando su mano y besando su propia piel en el sitio exacto en el que la había besado él.

Bruno estaba mudo. Absorto. Tan solo pudo observar los restos de pintura en los dedos grandes y poderosos de aquel hombre y sentir un escalofrío de placer. Metió sus manos bajo la mesa y se quitó disimuladamente el anillo de oro labrado con un sello que llevaba en su dedo corazón, desde hacía tantos años ya que ni recordaba, para abandonarlo al fondo del bolsillo de su pantalón.

La lluvia, el mundo y hasta la misma vida se habían detenido un instante, solo uno. Suficiente, pensó, para saber que ya no volvería a París porque nada le esperaba ahí más excitante que esta Venecia que hoy le emborrachaba.

7

Estaba Bruno analizando cada rasgo de la cara de aquel hombre cuando la marquesa volvió a alzar la copa al aire, risueña y achispada ya a esas alturas de una tormenta que seguía inundando la ciudad y que a Luisa Casati le fascinaba.

—Brindemos por la magia del arte y sus sorprendivos reencuentros —dijo tan alto que el sonido del chaparrón sobre el empedrado de la plaza se había quedado como en un segundo plano.

—¿Esto es un reencuentro, marquesa? —preguntó Mariano, sin dejar de mirarla con toda la atención y la curiosidad que despertaba aquella hipnótica mujer en los que la rodeaban.

—Lo es, no le quepa la menor duda —afirmó tajante, mirándole tan profundamente a los ojos que a Mariano le dio la sensación de que lo desnudaban en mitad de la calle.

—Me hace sentir tan poco caballero este lapsus imperdonable de mi memoria, marquesa, que le ruego encarecidamente que me recuerde cuándo nos hemos visto para poder reparar este grave error —se disculpó, bajando la cabeza.

—No me ofende, a la edad que estuvimos juntos en mi casa no se tiene aún conciencia definida —intentó despejar una duda, coqueta, sabiendo que sembraba otra mucho más enigmática.

—Igual me confunde con otro, marquesa, si nos hubiésemos visto antes, cara a cara y en su casa, tenga claro cristalino que no me habría olvidado tan fácilmente de esa mirada suya —declaró con toda la intención.

—Yo no he dicho que nos hayamos visto cara a cara. Y sí que a esa edad tan temprana es difícil registrarlo en la memoria —añadió más confusión al misterio de su historia sin haber empezado siquiera a contarla.

—Pues me acabo de perder por completo en sus palabras, se lo aseguro, si no me ayuda no sabré disculparme como se merece —suplicó.

—No necesita disculparse, usted tan solo tenía tres años y no se movía —soltó una carcajada tan teatral que Bruno sintió miedo, pensando que el alcohol le había empezado a trastornar la realidad.

—Si no me lo cuenta de una vez y con claridad, marquesa, me volverá más loco que este dichoso licor —sonrió Mariano, apurando su copa.

—Le contaré lo que está archivado en mi memoria, alimentado por la fascinación y el estudio

posterior de lo que fue, pues en aquel breve tiempo en el que estuvimos juntos bajo el mismo techo yo solo tenía tres años y usted también —empezó a narrar.

—¿Se encuentra bien, marquesa? —preguntó Mariano, extrañado, sabiendo que aquella mujer era por lo menos una década más joven que él.

—Me encuentro divinamente, no me interrumpa o no podré resolverle la incertidumbre que le invade —protestó.

—Tiene razón, perdóneme.

—Recuerdo un verano, un niño que observaba sobre sus piernas una rica seda china de color azul, bordada en oro. A su espalda, un tapiz celeste, bordado con mariposas que revolotean entre un pino y un ciruelo. Es un sueño de verano en la costa napolitana de Portici, allá por... —Luisa paró su narración al ver que la emoción invadía el rostro de aquel hombre fuerte e inmenso, convirtiéndolo en un niño indefenso bajo la tormenta. Le cogió una mano y la apretó con fuerza.

—¿Dónde está el cuadro? —preguntó él, nervioso.

—Lo desconozco. Solo sé que aquella maravilla de *Los hijos del pintor en el salón japonés* lo compró mi padre en algún momento de la vida antes de que yo naciera, estuvo en casa un tiempo y se vendió cuando yo solo tenía tres años. La magia del arte hizo que usted y yo, aunque nos llevásemos diez años, tuviésemos la misma edad en ese momento bajo los techos de la casa Amman. Yo era una niña traviesa, usted un niño idílico y observador pintado en aquella obra de su padre. No tuve conciencia de todo aquello hasta que, en mi edad adulta, me empecé a interesar por el arte en el mundo. Es maravilloso saber que aquel Mariano Fortuny fue nuestro en una época de la vida y que hoy me reencuentro con su hijo, aquel niño que vivió mudo, pero diciendo tantas cosas, desde una de las paredes de mi infancia.

—Gracias, marquesa, de corazón. —Alzó Mariano la mano que seguía teniendo cogida de la marquesa y la besó.

Ella sonrió agradecida de aquel encuentro fortuito, sabiendo que la vida sorprendía con estas maravillosas circunstancias que el destino tenía marcado por algún motivo. Bruno había roto a llorar, cerrada en un puño su mano derecha aferrado al anillo que había depositado en el fondo de su bolsillo. En Venecia ya había anochecido.

8

Llovió hasta la noche aquel día caluroso de julio. Las luces del Florian titilaban en los charcos de San Marcos cuando Luisa Casati, Mariano Fortuny y Bruno del Amor cruzaron juntos la imponente plaza para adentrarse por los callejones y los puentes de los viejos canales de aquella Venecia fascinante y libre, la que no juzgaba nada, la que todo lo acogía con el mismo gozo con el que paseaba su pelo encendido la extravagante y pinturera señora de Casati.

—¿Adónde nos lleva, marquesa? —preguntó Mariano, intentando controlar sus pasos para no perder la estabilidad, amenazada por esa *grappa* oscura que el Florian custodiaba siempre para su ilustre clienta, tras esa noche de revelaciones y emociones.

—A un lugar donde los besos saben a licor y los licores saben a besos —respondió ella con una carcajada teatral que a Bruno le provocó más deseo que curiosidad.

—Me gustan los besos que no se piden —dijo Bruno sobreexcitado, intentando vocalizar, sin soltarse de la mano de su amiga, que apretaba tan fuerte que podía sentir cómo sus huesos se le clavaban en la carne hasta el dolor agudo.

—Tenemos que ojear nuestro futuro más cercano. ¿Os gustaría saber lo que seremos dentro de unos años? ¿O sois más de analizar el pasado? —preguntó, misteriosa, con esos ojos negros intensos que vigilaban la noche como los de una pantera en torno a sus crías recién nacidas.

—Mi pasado es tan asquerosamente doloroso que prefiero emborracharme hasta caerme al Gran Canal —balbuceó Bruno, tocando el anillo de su bolsillo.

—No te preocupes, querido, borracho ya lo estás. —Lo besó en la mejilla con picardía y ternura, demostrándole que ella estaría siempre cerca, pasase lo que pasase en la vida.

—Yo prefiero pensar siempre en el futuro y en todo lo que nos queda por crear, por descubrir, por compartir... —dejó Mariano la frase sin terminar en el momento en que llegaban al portón del antiguo palacete que albergaba la Società della Cattiva Vita, custodiado por dos leones de piedra que tenían los labios pintados con magenta—. ¿Sociedad de la Mala Vida? —preguntó, mirando aquel letrero con las letras rojas pintarrajeadas en su vieja madera.

—La buena vida pasa por disfrutar también de las malas costumbres, como ese licor rojo que os habéis bebido sin límite —soltó Luisa, carcajeándose y tocando enérgicamente el llamador de hierro.

Abrió la puerta una señorita ataviada únicamente con una túnica de seda oscura sobre el cuerpo desnudo y una máscara de plumas negras. Portaba en sus manos una caja de laca china.

—Bienvenida, marquesa, ¿cuántos son?

—Tres.

—Muy bien, recuerden que no deben quitárselas hasta que abandonen la sociedad, es nuestra norma principal —dijo tajante, abriendo la caja y tendiendo a cada invitado una máscara.

Luisa se puso la suya la primera, que dejaba ver sus pupilas negras, e invitó con una simple inclinación de cabeza a que sus acompañantes hiciesen lo mismo.

Cuando entraron en aquel lugar, lleno de gente sin rostro, de humo, de risas y miradas enmascaradas y de un olor dulce y picante a la vez, como a sudor de alegres batallas, Bruno sintió de nuevo que la excitación por lo desconocido se apoderaba de él, mucho más allá del alcohol y del deseo. Mariano, poco propenso a las reuniones sociales y a las fiestas, entendió de un simple vistazo que aquello podría tener lo mismo de guarida secreta que de infierno. Y la marquesa de Casati sonrió con cada centímetro de su palidísima piel hasta notar que se le erizaba como a una gata en celo en un callejón lleno de pecaminosa oscuridad y chispeantes sentimientos.

Allí estaba la misma vida, con todos sus deliciosos pecados.

9

Antes de abrir la pesada puerta del palacio Martinengo se echó el aliento en una mano como había visto hacer a Bruno y a Luisa, entre escandalosas risas, al salir de la Società della Cattiva Vita.

Olía como si se hubiese bebido toda la bodega de uno de esos sucios barcos cargueros de licor que atracaban en el puerto después de meses navegando desde América. O, lo que era peor, como sus desaliñados marineros. Miró al cielo y se santiguó, implorando que nadie estuviese en pie.

Reinaba un silencio aplastante cuando Mariano tropezó torpemente, a pocos segundos de alcanzar su alcoba, con uno de los butacones. Se maldijo mirando de nuevo al cielo, encontrándose con el inmenso fresco de los altísimos techos del palacio. Apretó los puños, cerró los ojos con la infantil creencia de que, si él no veía nada, nadie más lo haría y rezó para que así fuese.

—Debería darte vergüenza. Llegar a casa a estas horas y en estas deplorables condiciones —sonó como de ultratumba la poderosa voz de Cecilia de Madrazo desde la penumbra del salón.

—Lo siento, madre, no era mi intención despertar a nadie —farfulló, intentando pronunciar las palabras lentamente para que no se notasen los estragos de la *grappa* en su lengua. Pero sin conseguirlo.

—Pues no te has esforzado mucho, la verdad. A estas horas, ¿qué esperabas? —interrogó, gélida, justo cuando el reloj daba ocho campanadas que a Mariano le martillaron en el cerebro como si fuesen cañonazos.

—No pensé que fuera tan tarde, o tan temprano —se disculpó torpemente con una risita burlona, sin saber qué más decir para que su madre, que ya estaba aseada y vestida con elegantísima precisión desde la mañana muy temprano, no alargase la incómoda situación y se pudiese meter en la cama.

—Estás ebrio, Mariano —pronunció lentamente cada palabra para darle toda la intensidad que necesitaba el asunto.

—Siento la hora, es de lo único que me acuso —se defendió con la torpeza de no callarse para no violentarla más.

—Hueles a lupanar, no eres digno de defender nada en este momento —sentenció sin inmutarse, observando con detenimiento, con la escasa luz que empezaba a clarear por los ventanales del Gran Canal, cómo intentaba mantenerse erguido. Aunque una mano apretada con

fuerza sobre el respaldo del butacón delataba a leguas su evidente inestabilidad.

—¿Lupantar? —preguntó teatralmente, intentando hacerse el ofendido.

—Igual deberías leer más en vez de estar en las calles a estas horas, si no sabes el significado de la palabra lupantar —ironizó seria, con el rictus erguido.

—Madre, no voy a burdeles, tengo cosas más gloriosas que hacer en las noches de Venecia —protestó, sabiendo que, aunque tuviese razón, discutir no era el mejor de los caminos con la estricta Cecilia de Madrazo.

—Ni lo sé, ni deseo saberlo. Prefiero desconocer el pecaminoso lugar en el que entras siendo un señor y sales con este aspecto de vulgar maleante del puerto —añadió, bajando la voz, escuchando que el servicio ya empezaba a faenar en la planta baja.

—Soy un hombre cabal y responsable. No hago nada de lo que deba avergonzarme. Y sí, esta noche estuve en una fiesta con unos amigos y he vuelto peor de lo que creía. ¿Dónde está el delito tan grave que he cometido? —balbuceó, enojado.

—Sé de tus responsabilidades con el arte y con muchos aspectos de la vida. Pero eso no te exime de que hoy parezcas un maleante. Hablas y hueles como tal —lo acusó de nuevo.

—Madre, tengo treinta y un años. No soy ese niño inquieto de antaño al que había que corregir en cada travesura. Me voy a dormir —añadió derrotado.

—Tienes treinta y un años, así es. Edad suficiente para saber lo que es el decoro. Si no pretendes cumplirlo en esta casa, tendrás que dormir en otro lugar donde te lo consientan cuando vuelvas en este estado —sentenció ella, saliendo de la sala airada.

Mariano la vio alejarse erguida, con su moño perfecto, altivo, despuntando entre los cuadros y los tapices que colgaban de las paredes y que habían marcado y marcaban la historia de su vida. Y pensó en *Los hijos del pintor en el salón japonés* y en ese juego de la vida para separar y unir caprichosamente a las personas a través de los tiempos.

Volvió a echarse el aliento en el hueco de la mano. Olía a lupantar, eso era cierto. Y sonrió recordando a Luisa, a Bruno y cada una de las alegrías que le provocaba esa pecaminosamente bendita Società della Cattiva Vita. Le encantaba esa cuna maléfica y divina de una *belle époque* que mantenía a la vieja ciudad de los canales en plena ebullición. En Venecia el sol ya había salido. Porque, a pesar de todo y hasta de los disgustos de Cecilia de Madrazo, siempre amanecía.

10

Cuando despertó, los ojos achinados y la cabeza chirriando como si le hubiesen instalado en ella todos los instrumentos de viento de Venecia, recordándole que la *grappa* era tan hechizante por las noches como venenosa al despertar, el almuerzo ya estaba listo hacía rato. Se acicaló como pudo y bajó al comedor donde su hermana y su madre esperaban impacientes.

—Menos mal, estábamos a punto de morir de hambre —protestó María Luisa con una risita chirriante que a Mariano se le antojó tan estúpida que no pudo sino resoplar mirándola fijamente.

—Antes nos moriríamos de vergüenza que de hambre —añadió Cecilia de Madrazo, que se había puesto un vestido tan profuso en sus jaretas hasta el cuello de puntilla que Mariano pensó que le iba a dar un sofocón, sentándose a la mesa erguida y tocando la campanilla de plata para que el servicio comenzara con el almuerzo.

—Ya será menos, madre, no hagamos un mundo de una pequeña anécdota sin importancia —se defendió con buen humor, sonriendo de placer al ver los platos que llegaban a la mesa.

—Yo no lo llamaría una pequeña anécdota precisamente. Se me ocurren otras muchas cosas para definirlo —dijo, levantando la barbilla y arqueando una ceja.

—A mí también —continuó su hermana con aquella risita tan desagradable.

—Pues yo quiero brindar hoy por la familia y los recuerdos. —Agarró la frasca de cristal del vino, se levantó y lo sirvió en la copa de su madre y de su hermana antes de llenar la suya.

—La familia y los recuerdos son precisamente lo que deberíamos mantener siempre intachables, Mariano, espero que lo recuerdes bien —protestó de nuevo, atribuyendo la alegría de su hijo al estado de su resaca.

—Ayer, el recuerdo de nuestro padre se hizo tan presente que no pude sino celebrarlo como se merecía —anunció, levantando la copa.

—No tengas la osadía de mezclar la memoria de tu padre con tus festejos nocturnos, Mariano, te lo prohíbo —alzó inusualmente la voz.

—Madre, ayer descubrí una de las moradas de *Los hijos del pintor en el salón japonés* y conocí a uno de sus compradores —soltó a bocajarro, observando cómo su madre bajaba la guardia en un instante y sus ojos se llenaban de emoción.

—¿Dónde está el cuadro? —preguntó Cecilia de Madrazo con las mismas palabras exactas que lo había hecho su hijo la noche anterior.

—No lo sabemos, pero la vida ha puesto en mi camino a la marquesa de Casati, una de las

huérfanas de los condes de Amman, y en esa casa estuvo el cuadro hasta que lo vendieron de nuevo —relató emocionado.

—¿Quién fue el comprador? —volvió a preguntar alterada Cecilia.

—No lo sabemos, madre, ella tan solo tenía tres años cuando se vendió y los padres de la marquesa murieron pocos años después. Pero ¿no es emocionante saber que estuvo en un lugar donde lo amaron y que una de esas personas ha llegado a mi vida sin esperarlo? —se reiteró en su emoción.

—Es más decepcionante que emocionante, si no tenemos una pista que nos lleve hasta su presente —se desinfló Cecilia en su silla, levantando de nuevo al momento la vista, altiva, para que nadie pudiese pensar que aquello era una nueva derrota.

—Me han contado que la marquesa de Casati es una mujer fascinante y que en Venecia la temen y a la aman a partes iguales —apuntó, traviesa, María Luisa.

—Fascinante es su reputación —apostilló la matriarca, bebiendo un pequeño sorbo del vino sin bajar la vista, intentando demostrar que volvía a tener alzada la guardia y que nada podía con ella.

Pero, cuando terminaron el almuerzo y se retiraron del comedor, Cecilia volvió a su alcoba y lloró ante su tocador, recordando a su marido, las noches bonitas de Portici en aquel lejano verano de 1874 y el frío de la lluvia de abril el día de la subasta en ese París de antaño.

11

La Società della Cattiva Vita se convirtió durante trece noches seguidas en un rincón clandestino, loco, efervescente y cálido donde los tres nuevos amigos se fueron conociendo más, noche a noche, creando un vínculo de confesiones que iba a ser difícil de romper.

La mesa reservada para la marquesa, en uno de los palcos que se asomaban al gran salón del viejo palacete, estaba vestida de terciopelo rojo oscuro, como la sangre. Mariano pasó sus dedos grandes de yemas sabias por la suavidad del tapiz justo antes de que Luisa sacase de su bolso una bola de cristal y la dejase, sin decir nada, sobre la mesa.

Bruno la miró expectante, no dejaban de sorprenderle las excentricidades de su amiga. Ella, en sí, era una caja de sorpresas que guardaba más pensamientos y secretos que los que atesoraba esa suya en la que custodiaba los escritos.

—¿Nos va a leer el futuro, marquesa? —preguntó Mariano, sin quitar la vista de Bruno. Mirarse a través de los pequeños huecos de las máscaras era mucho más interesante que hacerlo con los rostros desnudos. Había algo en él que le resultaba familiar.

—No pretendo leer nada que no sea lo que cada uno sienta. No soy una adivinadora, ni lo pretendo, tan solo me gusta rodearme de la energía que emanan las situaciones y los encuentros. Esta bola va siempre conmigo, ella es el imán que atrae y guarda todo esto que nos ha pasado esta semana.

—¿Y qué es todo esto que nos ha pasado? —Mariano agitó suavemente el licor de su copa esperando las palabras de aquella enigmática mujer. Sus ojos, negros como el carbón, brillaban bajo su máscara teatral.

—Nos pasa la vida —sentenció.

—La vida a veces hasta nos mata —añadió Bruno, llevándose la mano derecha al corazón y bajando la cabeza.

—Si lo sigues contando es que no te mató, sino que te fortaleció —apuntó Mariano, apoyando su palma enorme y caliente en el muslo de Bruno, que sintió cómo una descarga de placer recorría todo su cuerpo hasta notar que su sexo volvía a endurecerse otra vez más, esa semana, después de mucho tiempo de angustias y melancolía.

—Pues eso nos pasa, la misma vida, la que parece que nos mata, pero no, la que nos hace saltar de placer, aunque hayamos estado en una mazmorra días antes. La que hace, con su enrevesado azar, que unas personas se encuentren o no —prosiguió la marquesa, viendo el brillo

que habían provocado las lágrimas en las pupilas de su amigo—. Si Bruno nunca hubiese atravesado aquel jardín en aquella fiesta parisina en la que nos vimos por primera vez, no nos habríamos conocido jamás, seguramente. Si no hubiera venido a Venecia huyendo de un dolor, no nos habríamos sentado en el Florian a emborrachar nuestras penas. Si no hubiese llovido ese día, quizás tú, Mariano, no habrías entrado hasta el soportal del Florian para guarecerte de la tormenta sobre San Marcos. Si no hubiésemos compartido esa mesa, hoy no estaríamos en esta Società della Cattiva Vita intentando descubrirnos día a día. Todo pasa por algo, queridos, no hay nada aleatorio en este mundo. La casualidad es un falso azar que el destino ya nos tiene marcado —suspiró profundo, y luego bebió con cuidado para no derramar ni una gota dentro de su máscara.

—No sé si puedo darle la razón, marquesa —dijo Mariano, rotundo, sin dejar de mirar la bola, limpia y brillante, que provocaba pequeños destellos sobre el terciopelo oscuro por el reflejo de las velas. Llevaban días tuteándose, pero llamarla marquesa y de usted sabía que la excitaba en todos los sentidos. Casi más en los que no tenían que ver con el sexo. Si algo los unía de verdad a los tres, más allá de los deseos, era la inquietud por el arte y la pura inteligencia y el amor por la belleza. Y, sobre todo, los caminos curiosos de la vida, esos que habían compartido en algún momento sin saber lo que pasaría en el futuro, a través de aquel lienzo que dejó sin acabar Mariano Fortuny y Marsal hacía más de tres décadas.

—¿Y qué crees que guarda esta noche la bola? —preguntó Bruno como lo haría un niño inquieto y expectante.

—Guarda, no me cabe duda, nuestro futuro más cercano, va a ser la bola de nuestros secretos —dijo ella pausadamente, pasando sus dedos largos y huesudos, delicados como las polveras de porcelana, sobre la pequeña esfera.

—Yo no sé ni lo que quiero —mintió Bruno, bajando la mirada en un gesto tan coqueto y frágil que toda la masculinidad de su físico se hizo dulcemente femenina.

—La bola me dice que vas a volver a enamorarte. Y que este nuevo amor va a conectarte con tu pasado más glorioso, pero también con el más doloroso —sentenció la marquesa casi como si fuese un conjuro.

—Yo no quiero que nada me duela otra vez como antes, no quiero, no quiero —repitió varias veces como un niño enojado.

—El amor siempre duele, amigo; yo no he conocido un amor que no lo hiciera. Creo firmemente que, si no duele, no es amor de verdad. Tienes la suerte de haberlo vivido en realidad. Muchos matrimonios no lo experimentan nunca, se sustentan de la amistad y de infinidad de intereses comunes, pero amar de verdad, no aman. —Luisa terminó su frase mirando de repente a Mariano tan profundamente que este se irguió en un inesperado signo de alerta.

—Hay muchas formas de amar, creo que vuelvo a estar en desacuerdo con usted, marquesa, en esa generalización —protestó.

—¿Qué generalización? —preguntó altiva y sin inmutarse, sabiendo de sobra a lo que se refería.

—La de que si el amor no duele no es amor de verdad —aclaró tajante.

—Es cierto que nunca debemos generalizar, no se lo discuto, pero en el amor... Ay, amigo, en el amor todos respondemos de la misma manera. No importa si somos ricos o pobres, sabios o analfabetos, guapos o feos, apasionados o fríos... En el amor no manda más que el propio amor y

su caprichoso azar, que es tan cambiante como el viento. Ante esto somos todos iguales, el género humano tiene poco que decir en este frágil terreno. Lo digo sin ningún atisbo de duda. —Los miró a los ojos, primero a Bruno, después a su contrincante en esta contienda.

—Pues yo he amado y amo y nada me ha dolido, ni me duele —dijo, intentando ser rotundo, pero sin saber si estaba convencido de ello.

—A usted quizá no le duela, pero ¿y a quienes amó o ama? —preguntó, y se hizo un nuevo silencio que se podía hasta tocar—. Piense en lo que sintieron ellos cuando se acabó, o en lo que sentirán en el futuro a los que ahora ame —le sugirió, retomando la palabra y volviendo al tratamiento de usted, como había hecho Mariano.

—El futuro más cercano, sin secretos, es la llegada a Venecia de mi prometida, Henriette. Se la voy a presentar a mi madre —anunció rápidamente, intentando zanjar una conversación que no le mantenía cómodo.

—¿Sabrá su prometida de nuestra existencia? —formuló la marquesa, dudosa y con toda la intención, levantando un segundo su máscara para que le vieran el gesto desnudo, sin artificios, antes de volver a taparse el rostro y esperar la respuesta.

—¿Saben de nosotros en su familia? —le devolvió Mariano aquella lanza dulcemente envenenada.

—Sabe de sobra que mi marido ni vive conmigo ni lo espero. Y mi hija Cristina no tiene ni dos años, no creo que ahora entendiese nada de mí —solventó airosa, con ese altivo y hechizante estiramiento de cuello que hacía cuando quería retar a sus contrincantes en cualquier batalla de la vida.

—Todo a su tiempo —sentenció Mariano.

—Pero no ha respondido a mi pregunta, señor Fortuny. ¿Sabrá su prometida de nuestra existencia? —repitió de nuevo con exactas palabras, con mirada fija e intensa.

—Algún día, seguro que sí —respondió dubitativo, tras pensarlo tantos segundos que a la marquesa se le hicieron esclarecedores y a Bruno, que se había agarrado el dedo sin anillo para sentir la huella en su piel y la ausencia, tan largos como inquietantes.

—No temas, Mariano Fortuny, todo lo que aquí hemos vivido y espero que sigamos viviendo, aquí se queda, en nuestra sociedad de malas vidas y de buenos deseos. Y cuando digo todo, es todo —mintió Luisa Casad, volviendo al tuteo cómplice, sabedora de que los secretos del amor llevaban caminos muy diferentes a los secretos carnales y sin importancia de la Società della Cattiva Vita, al menos para ella.

12

Mariano Fortuny había llenado de velas la vieja buhardilla del Palazzo Pesaro degli Orfei donde tenía su destartalado estudio.

La marquesa de Casati enmudeció nada más entrar, contemplando con perplejidad aquella sucia y polvorienta estancia en la que Mariano pasaba gran parte de las horas de su día a día creando, imaginando, pintando la vida. Pero antes de que empezasen a hablar, descubrió, al fondo, esas ventanas emplomadas que vigilaban la ciudad por encima de sus viejas piedras y se embriagó con la puesta del sol sobre los tejados de Venecia. Entendió el hechizo que causaba en Mariano la buhardilla solitaria de aquel viejo palacio lleno de gentes y suciedad. Entendió también, una vez más, la grandeza del arte y de los que lo poseían, como ese Mariano capaz de retratar lo más femenino y exquisito de las mujeres y lo más frágil de una mirada, desde un lugar tan caótico, sucio y alborotado.

—Me he permitido traerle mi *grappa* roja para brindar por este retrato —sonrió Luisa maliciosamente, abriendo un curioso bolso como un saco que siempre llevaba y en el que igual cabía el vestuario de una fiesta inesperada, con sus zapatos incluidos, que una botella de aquel licor.

—¿Pretende emborracharme, marquesa? —preguntó Mariano con tono burlón, observando los movimientos de aquella hechizante mujer en su desarreglado estudio.

—¿Hoy volvemos a llamarnos de usted? —Levantó una ceja curiosa, mordiendo después el corcho de la botella y dando un trago generoso a su aguardiente.

—Nunca tuteo a mis clientas —aclaró.

—Entonces tendré que pagarle y aún no me ha dicho el precio por este encargo. ¿Y si no está en mi presupuesto? —Sonrió cuando Mariano acercó dos copas para que la marquesa no tuviese que beber a morro de la botella, aunque sabía que le encantaba hacerlo, muchas veces solo por el gusto de que hablasen de ella.

—¿Cuánto cree que vale mi trabajo? —dijo él, serio, descolocándola por primera vez.

—Mucho más de lo que estoy dispuesta a pagarle después de desnudarme ante usted en la penumbra de este lugar —resolvió ella con la misma seriedad.

—No le dije que tuviera que desnudarse, marquesa —puntualizó.

—No pienso dejar que me retrate oculta bajo un vestido.

—Hay vestidos que no ocultan, al contrario, explotan la feminidad de algunas mujeres que los

portan —le confesó Mariano, cogiendo una gasa tan ligera que podían ver a través de ella el último resplandor sobre aquellos tejados acostumbrados al paso del tiempo.

—Quiero ser una obra de arte viva —confirmó Luisa, tajante, despojándose de la ropa y quedándose sin más artificio que la copa de *grappa* que sujetaba con una mano y el cigarro de su pipa francesa en la otra.

Y cuando Mariano le dijo que se tumbara en el diván y colocó sobre ella aquel sedoso velo tan finamente estampado que dejaba entrever la blanquísima piel de la marquesa y sus pechos erizados, la luz se hizo más rosada y tenue, y ella suspiró profundamente, notando la excitación de aquel hombre al que tanto admiraba.

—Le cobraré en especie —le anunció el artista.

—Explíquese —exigió ella, levantando la barbilla sobre las sombras de su cuerpo desnudo.

—Quiero que compre a la familia Amato su viejo palacete —dijo Mariano, mirando al horizonte, señalando en una distancia no lejana aquella ventana amplia con alféizar, en el último piso de aquel edificio con el que siempre se topaba en sus momentos de reflexión, y que le recordaba a los viejos balcones enrejados de España.

—¿Quiere que le regale un palacio? —preguntó perpleja.

—Quiero que sea suyo. A mí solo me regalará la libertad de que nadie lo ocupe, enturbiando la tranquilidad que me da esta vista. Si tuviese liquidez en este momento, lo compraría yo mismo. Pero me parece un trato justo a cambio de mi retrato, marquesa. Si acepta, me sentiré bien pagado y plenamente agradecido.

—Así será, cuente con mi palabra —sentenció la marquesa, apurando su *grappa* y recostándose caprichosa bajo su velo de seda.

Mariano sonrió feliz, untando un pequeño pincel en su paleta, ya dispuesta en su mano izquierda, y perfilando el primer trazo del contorno desnudo de Luisa Casati sin dejar de admirar cada centímetro de piel de esa obra de arte viva que deseaba ser.

13

—Me haces daño —gimió Bruno con el mismo dolor que placer cuando Mariano lo sacó de aquel cuarto negro, que olía a sudor e intimidades, cogiéndolo con fuerza de una mano y tirando de él hasta arrinconarle contra la pared de uno de los pasillos oscuros de las entrañas de la Società della Cattiva Vita. Estaban llenos de puertas que accedían a pequeños cuartos reservados donde los clientes de la sociedad podían quitarse sus máscaras para abandonarse a la intimidad de sus salitas en penumbra. A espaldas de una sala principal donde la música, los licores y el bullicio jamás se consumían.

—Más daño te harán estos tipos a los que nunca has visto, pero por los que te dejas manosear, besar y hacer de todo, ¿no lo entiendes? —preguntó sin dejar de mirarlo a los ojos, tan cerca de su cara que Bruno pudo masticar su aliento de licor.

—¿Y a ti qué más te da? —protestó sin oponer resistencia, dejándose aplastar por la corpulencia de su amigo.

—Igual prefieres que te deje aquí en este estado de embriaguez que tienes, como si no me preocupase lo más mínimo lo que te pase o cómo te sientas, a pesar de que tus ojos digan todo lo contrario. —Su voz sonó potente a lo largo del pasillo negro, como si hubiese invadido los confines de un truculento pozo.

—Tampoco estoy tan borracho, parece que sea el único que bebe en nuestras noches clandestinas —sonrió Bruno descontrolado.

—Eres el único que no se aguanta en pie y que pierde la voluntad de lo que hace. ¿Entiendes que eso me importe? —le gruñó, levantando inusualmente la voz.

—¿Qué te importa? —intentó coquetear sin conseguirlo, porque su lengua estaba tan torpe que apenas podía pronunciar las palabras.

—Me importa la gente que me gusta y me hace sentir bien.

—¿Te gusto? —preguntó de nuevo Bruno, acercándose tanto que pudo notar en sus labios el roce de los pelos de la poblada barba de su amigo.

—Me gustáis. Me gusta nuestra amistad —admitió Mariano—. Somos tan diferentes los tres y tan iguales en el fondo. Creo que sentimos de manera muy parecida. Me ha gustado pasar todos estos días locos con vosotros.

—No has respondido a mi pregunta —balbuceó Bruno, juguetón, con un beso en la punta de su nariz.

Mariano permaneció callado mirándolo fijamente, sin soltar sus manos, aplastándolo con su cuerpo contra la pared. Y, un segundo antes de que volviese a pronunciarse, Bruno lo besó en la boca, notando cómo todo su cuerpo se estremecía de nuevo, como en aquellas noches lejanas de París en ese Montmartre transgresor en el que besó por primera vez a un chico. Mariano se quedó inmóvil unos segundos antes de apartarse y soltarle las manos. Lo miró sereno, encontró en sus ojos a un niño herido y necesitado de cariño. Lo invadió la ternura. Y cuando Bruno quiso volver a besarlo lo contuvo con la palma de la mano abierta contra su pecho antes de abrazarlo con toda su fuerza. Sintió de golpe la necesidad de protegerlo eternamente.

—Es tarde, deberíamos irnos ya. Luisa nos espera en la mesa. —Tiró de él, zanjando toda negociación. A través de los muros llegaba como sorda la música.

—No me sueltes nunca de la mano —susurró Bruno suplicante, con los ojos líquidos.

—No lo haré, amigo. Te lo juro —le aseguró Mariano, abrazándolo con fuerza, notando cómo Bruno rompía a llorar desconsoladamente y, desde la oscuridad, aparecía la marquesa de Casati para cogerlos a ambos de las manos y salir de la sociedad emprendiendo una vuelta a casa que los tres necesitaban.

Anduvieron en silencio, sin soltarse las manos. Bruno con las mejillas mojadas aún de su llorera. Luisa respirando profundamente porque le fascinaba el perfume húmedo y cálido de la ciudad. Mariano mirando a un cielo en el que habían salido las estrellas tras una nueva tormenta, pensando que, a la mañana siguiente, Henriette y su madre, la inquebrantable Cecilia de Madrazo, se verían las caras por primera vez en el familiar palacio Martinengo.

Venecia ya dormía calmada, coqueta y callada, lejos de ese colmado lujurioso, chillón y efervescente que era siempre la Società della Cattiva Vita.

14

Bruno sabía a ciencia cierta que las últimas noches en las que habían salido de la Società della Cattiva Vita, Mariano no había ido a dormir al familiar palacio Martinengo. Lo sabía porque le había seguido los pasos en la sombra quedándose agazapado en un rincón de la pequeña plaza de Campo San Beneto hasta ver que la luz de la buhardilla del Palazzo Pesaro degli Orfei donde mantenía su taller, donde trabajaba y donde dormía las noches que no quería dar explicaciones a su madre, se apagaba. Nunca se atrevió a tocar en las aldabas de su puerta y había vuelto a casa cabizbajo y triste. La embriaguez de esa última noche le había dado una inusitada valentía para intentar conseguirlo.

Así que, en mitad de la madrugada, cuando la ciudad callaba, atravesó de nuevo de puntillas la pequeña plaza, bordeando torpemente el pozo de piedra de su centro, hasta llegar al umbral del portón. Cuando lo iba a golpear, se abrió y se topó de frente con el rotundo físico de su amigo y unos ojos que no sabían dejar de mirarlo, desnudando hasta el último rincón de sus entrañas.

—¡Qué susto! ¿Quieres que me desmaye? —preguntó Bruno, nervioso, sin saber qué decir, tocándose el corazón acelerado con la palma de la mano sobre su pecho.

—Si has venido cada noche, será porque tenías la intención de que, una de ellas, te abriese la puerta, supongo —dijo él sin perder su aplastante serenidad, haciendo un gesto de silencio con un dedo en los labios e invitándolo a pasar para llevarlo hasta la última planta del palacete donde multitud de telares se mezclaban con los caballetes y los lienzos.

—Si sabes que te he seguido cada noche hasta aquí, ¿por qué nunca me has abierto la puerta? —preguntó nervioso. El fuerte olor a pinturas y disolventes lo embriagó de nuevo.

—Porque nunca has llamado —le aclaró.

—Hoy tampoco lo he hecho —lo retó con una insospechada valentía.

—No te he dado tiempo, pero estabas a punto. Abrí para que no despertases a todo el mundo. Sigues torpe. Y esta plaza es una caja de resonancia digna de estudio. Para un amante de la música como yo tiene su divino misterio esta acústica, pero, para los encuentros en mitad de la noche, es una chivata descontrolada.

—Wagner haría las delicias de tus oídos en las noches calladas de esta plaza —soltó zalamero, conocedor del amor por la música wagneriana de Mariano, que se quedó pensativo unos segundos, mirándolo de arriba abajo antes de darle un pellizco en la mejilla e invitarlo a sentarse en ese viejo diván inmenso que hacía las veces de sofá de estar y de cama para las noches de

insomnio. También de escenario para que la marquesa de Casati posase desnuda ante sus ojos mientras la retrataba en el silencio de sus noches.

—¿Un último trago? —preguntó Mariano sin esperar una respuesta, llenando dos vasitos con la *grappa* roja que la marquesa le había regalado días atrás.

—Hace unas horas me arrancaste de un pasillo oscuro porque estaba borracho, ahora me ofreces más licor. ¿Qué debo pensar?

—No hay que pensar todo tanto, Bruno. No siempre, al menos. Te saqué de un lugar en el que no me gusta verte. No lo hice porque estuvieras bebido —bajó la voz, mirándolo fijamente.

—Veo que Luisa también te visita clandestinamente —protestó, tomando el vaso que le tendía.

—Ella no se lo traga de golpe a estas horas, es un consuelo. Si no, se bebería en una noche sus propios regalos y, por tanto, dejarían de serlo. —Mariano soltó una risotada volviendo a llenarle el vaso.

—¿Por qué me has abierto la puerta, Mariano Fortuny y Madrazo? —Bruno pronunció su nombre completo con grandilocuencia y ese arrastrar de la lengua propio de los borrachos después de una larga noche de juerga.

—Si no lo hacía hoy, no lo habría hecho ya nunca más —respondió, consciente de la inminente llegada de Henriette.

—Qué afortunado soy entonces de visitar tu morada por última vez. Es un honor —ironizó molesto.

—No te enojés, sabes que mañana muchas cosas serán diferentes y tendremos que aceptarlo.

—¿Dónde duerme Luisa cuando te visita? —preguntó Bruno, cambiando de tema, frunciendo las cejas sin dejar de examinar el espacio que lo rodeaba.

—En el mismo sitio en que lo vas a hacer tú, ahí donde estás sentado. ¿O has venido a estas horas para marcharte? —ironizó.

—¿Y tú? —dudó.

—Yo no me marchó, este es mi estudio y el lugar en el que me refugio de casi todo en Venecia —respondió, esquivando la obviedad.

—No seas tan mordaz. Digo que tú dónde vas a dormir —insistió con la boca más pequeña, la voz más baja y el corazón más acelerado, bebiendo de un trago el abrasador líquido de su vaso.

Mariano tragó lo que quedaba en el suyo, se quitó la ropa y tirando de la colcha que cubría el diván hasta hacerlo levantar, se metió entre las sábanas y dejó un hueco a su amigo. Bruno se tumbó a su lado, vestido aún, temeroso, pero deseando sentir de cerca el calor de su piel.

—Alguien tuvo que hacerte sufrir hace tiempo —pronunció Mariano, pasando una yema por la marca que el anillo había dejado en el dedo corazón de su amigo durante muchos años.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, nervioso, Bruno.

—Después de la charla de la marquesa —dudó un segundo—, lo intuyo.

—Quizá intuyes bien —dijo, desarmado.

—Una marca así no se queda en la piel salvo cuando un anillo ha permanecido presionándola mucho tiempo, tanto como para que los dedos crezcan dentro de él hasta formar una huella eterna.

—Tienes razón. Alguien me hizo sufrir, seguramente sin saberlo, pero el dolor no entiende de razones —dijo, quitándose la ropa hasta quedarse con la muda y acurrucándose poco a poco.

—Todo sana en algún momento —le susurró.

Cuando notó su calor corporal, el olor de su piel desnuda, su sexo duro y cómo lo abrazaba por la espalda, rompió a llorar de la emoción y se dejó llevar. Sin pensar en nada más que no fueran ellos dos y ese momento.

Venecia dormía. Ellos no. Pero Bruno sabía que aquello, no le hizo falta prometerlo ni Mariano se lo pidió, quedaría guardado en su cuaderno y en sus recuerdos como un secreto más de su vida.

15

*Palacio Martinengo, Venecia,
14 de julio de 1902*

Estaba Cecilia de Madrazo terminando de arreglar las flores frescas dentro de un inmenso jarrón de porcelana rosa sobre la mesa del comedor principal, el que se asomaba al Gran Canal, cuando llegó Mariano con esa mujer de la que se había hechizado en París y de la que no dejaba de hablar a su madre y a su hermana durante los últimos meses.

Adèle Henriette Negrin, una creadora textil de Fontainebleau, tenía porte de artista. Llegó con su nariz altanera, un rubor de color en las mejillas y un vestido de escote rizado de puntillas blanco y azul, tan azul como el cielo de esa mañana de julio. En su cuello, un collar de aguamarinas que a Cecilia se le antojó excesivo a esas horas. Y, en el pelo, unas flores diminutas, de un azulón intenso, prendidas en el semirrecogido de un moño medio deshecho. Una cascada de rizos coronaba su frente blanca empolvada como de blanca porcelana.

Habían preparado en el palacio un desayuno completo como los que le gustaban al corpulento Mariano Fortuny y Madrazo. Con frutas, café y té, dulces caseros, panes recién horneados, quesos y embutidos y un guiso de caza que solo los muy hambrones eran capaces de engullir a esas horas ya calurosas y húmedas de las mañanas estivales de Venecia.

—Buenos días, madre, qué bien huele el desayuno —exclamó Mariano, entrando en la sala como un torbellino, acercándose a la mesa y metiendo un dedo en la salsa del guiso ante el reproche de su madre.

—Eres incorregible, Mariano. Pareces un adolescente —protestó Cecilia con un mini suspiro, atusándose el moño en un delicado giro de cintura para mirarse unos segundos en el gran espejo veneciano de la sala.

Mariano vio a su madre, ya de espaldas. Sus palabras resonaron en su cabeza como una vieja letanía, trasladándolo a aquella primera noche en el palacio, en 1888, recién llegados de París y a sus efervescentes diecisiete años. Recordó pasar el dedo suavemente sobre cada uno de los tapices y los tejidos que atesoraba la familia y sobre algunos de los cuadros de su padre y de su abuelo Federico de Madrazo que ya colgaban de las históricas paredes del Martinengo, salvados de aquella subasta que él no había vivido porque solo tenía tres años cuando su padre murió, pero de la que había oído hablar y leído mil veces en los recortes de prensa que amarilleaban en el

escritorio de su madre. Esas piezas salvadas habían conseguido convertir el viejo edificio en un pequeño museo con joyas de incalculable valor.

Pudo oír de nuevo, nítidamente, a su madre llamándole la atención como a los niños para que no pasase los dedos por los lienzos. Voló de golpe, como en un viaje en el tiempo, al Museo del Prado y esas visitas que hacían desde París a Madrid. Había correteado tantos años por esos suelos de la pinacoteca que dirigió su abuelo, se había escondido entre sus columnas, disfrutado de un veo veo con las figuras que representaban aquellos lienzos sin saber la importancia de las obras que colgaban de aquellas paredes. Sintió un pequeño pellizco, el de la memoria, el de haberse perdido los juegos con su padre Mariano. Volvió de su ensueño cuando su madre se daba la vuelta, el moño perfecto y exquisito y la mirada expectante.

—Bienvenida a nuestra casa —exclamó fingidamente Cecilia, sin dejar de escrutar el cabello de aquella mujer, que se había quedado en el umbral de la puerta observando en la distancia cada tapiz de la sala, cada cuadro y los enriquecidos terciopelos de los cortinajes que enmarcaban los balcones.

—Se ha despeinado un poco al quitarse el sombrero, si lo desea la puedo acompañar al tocador —dijo con media sonrisa María Luisa Fortuny a modo de envenenado recibimiento, sabiendo que su hermano le reprocharía después su maldad en cualquier momento.

—No suelo llevar sombrero, no me gusta cubrirme la cabeza sin un motivo justificado, oprime los pensamientos —respondió con la misma ironía malvada con la que le había lanzado aquel dardo su futura cuñada.

—¿Té o café? —preguntó sin más preámbulos Cecilia, tomando asiento la primera para que todos lo hiciesen después y comenzar un desayuno que barruntaba que iba a terminar como un velatorio.

Mariano se sirvió un primer plato de ese guiso que las cocineras del palacio cocían durante casi un día entero para que su carne se deshiciese con pincharla nada más. Su salsa, trabada como los guisos tradicionales españoles, tenía ese color tostado brillante que solo podían darle las verduras bien pochadas y el vino tinto bien reducido.

—Me ha dicho mi hijo que es usted una enamorada de las telas —abrió Cecilia la conversación en la mesa cuando ya habían empezado a desayunar.

—Me gusta estudiar de dónde vienen, cómo las han tratado, observar sus trazos y sus tintes, sí —respondió ella sonriente.

—¿Se ha teñido usted misma el vestido de ese azul tan insultante? —preguntó María Luisa con una nueva puntilla que a Mariano no se le escapó y que hizo que Henriette levantase una ceja antes de responder.

—Es posible. Un día le enseñaré a aplicarse el color de sus mejillas, seguro que mejora su aspecto virginal —aseguró con un guiño rápido de ojo, observando cómo a María Luisa se le encendía su pálida piel y cómo Mariano dejaba de masticar en seco presagiando una hecatombe.

—Creo que estáis siendo demasiado perspicaces —apuntó Cecilia, zanjando de golpe el tratamiento de usted.

—Igual somos demasiadas mujeres muy activas para vivir bajo un mismo techo con un mismo hombre —sentenció con malicia Henriette justo en el momento en el que un estruendo inmenso, como un terremoto, tambaleaba a la ciudad y la taza de exquisita porcelana francesa pintada con mariposas azules de Cecilia se desprendía de sus delicadas manos y se estrellaba contra la mesa

estallando en mil pedazos.

No habían dado las diez de la mañana cuando Venecia se estremecía con ese trueno tan desgarrador que los cristales del palacio Martinengo temblaron como si hubiesen perdido la solidez de sus jambas y sus ventanas se hubiesen hecho sumisas a una tempestad.

—¿Qué ha sido eso, hijo? —preguntó Cecilia con la voz asustada, pero sin perder su exquisita compostura mientras Mariano se levantaba de un brinco y se asomaba al Gran Canal escuchando el voceo no lejano de un niño que debía correr entre los puentes.

—¡Se ha caído el *campanile*! ¡Se ha caído el *campanile*! —gritaba aquel muchacho por la ciudad ante el asombro de los venecianos, que salían de sus casas sin dar crédito a la noticia bajo una inmensa nube de polvo que oscureció Venecia en minutos como si de golpe hubiese llegado la noche.

Cecilia de Madrazo miró a su hijo, después a aquella mujer que, a pesar de su piel cálida y su cabello encendido, parecía una estatua de hielo, impasible ante la tragedia y se persignó, maldiciendo en secreto porque el destino les hubiese mandado esa terrible penitencia.

16

El desplome del *campanile* de la basílica de San Marcos, en el corazón de la vieja Venecia, símbolo de la ciudad desde el inicio de su construcción en el siglo IX durante el ducado de Pietro Tribuno, se producía sobre la plaza a las 9.47 de ese mismo 14 de julio en el que Cecilia de Madrazo había tenido el primer desencuentro con la que sería su futura nuera.

El *campanile*, un curioso campanario independiente del templo y ubicado en una de las esquinas de la plaza de San Marcos, era una guía para los venecianos desde que el astrónomo Galileo Galilei mostró su telescopio al dux, máximo dirigente de la República de Venecia durante más de mil años, el 21 de agosto de 1609.

Con una altura de 98,6 metros y un cuerpo de prisma de ladrillo formaba el asiento de un campanario blanco de cuatro arcos por cara que alojaba cinco grandiosas campanas.

En su parte superior, erguidos sobre el cielo de la ciudad, vigilaban los leones y la Giustizia, la representación femenina de Venecia. Y, más arriba aún, sobre ellos, coronando el campanario, una aguja con su veleta dorada y la figura del arcángel Gabriel.

Terminado de construir, sobre los cimientos romanos de la ciudad, durante el ducado de Domenico Morosini en el siglo XII, había sobrevivido durante siglos a todas las vicisitudes.

No había podido con él el rayo que en 1489 destruyó su cúspide de madera. Ni el terremoto de 1511. Ni tan siquiera aquella tormenta del 13 de abril de 1745 en la que otro rayo provocó una descomunal grieta que amenazaba con su inestabilidad.

Pero, a pesar de todas sus amenazas, había permanecido erguido y espléndido con el paso de los siglos, simbolizando para los venecianos la fortaleza, la valentía, el orgullo de un lugar.

Ahora todo eso desaparecía el mismo día en que aquella francesa de nariz altanera desembarcaba en la ciudad y en sus vidas. Y Cecilia supo que aquella catástrofe, a pesar de no haber producido víctimas por la afortunada y solitaria posición del campanario en la plaza, era una premonición.

Pensó al instante que el destino les mandaba una señal para advertirles de que la llegada de aquella francesa no traería nada bueno, y en pocos segundos volvió a levantar la barbilla, altiva, por encima de todas las hecatombes que pudiera depararles la vida para que esa mujer no le ganase ni media batalla.

El destino tenía razón, se dijo a sí misma observando los añicos de su exquisita taza, escuchando el bullicio del miedo en las calles y respirando esa densa nube de polvo que había

cubierto el Gran Canal oscureciendo hasta al altivo sol de julio.

Y se convenció de que en esa casa suya no cabía la presencia de la costurera Henriette Negrin, ni mucho menos su ego.

*Palazzo Pesaro degli Orfei,
madrugada del 15 de julio de 1902*

Llegaron cuando la noche callaba. El sestiére de San Marco dormía mecido por la calma de las aguas bajo una luna redonda, blanca y limpia, como aquellas panderetas que Cecilia de Madrazo agitaba sutil cada Navidad en cualquier rincón del mundo y que Mariano Fortuny y Madrazo recordaba con ternura. Nunca iba a poder dejar de recordar así a su madre. Pero si no hubiese tomado la decisión de dejar el Martinengo para ocupar definitivamente el Palazzo Pesaro degli Orfei como residencia, al otro lado del canal, su vida habría sido un continuo dislate familiar, lo sabía.

El palacio italiano, con su marcadísimo estilo gótico veneciano, construido en el siglo XV por Benedetto Pesaro, había estado dividido y alquilado por partes a distintos artesanos en los últimos diez años. Mariano iría comprando en adelante más espacio y ampliando el estudio demoliendo los tabiques que compartimentaban las tripas del edificio, devolviendo las estancias al estado original y esplendoroso del histórico palacete de la familia Pesaro.

Olía a polvo y a humedad esa noche bajo aquella cubierta desde la que se veían las estrellas por las ventanas del último piso, pero a Henriette le olió a libertad y a independencia. Y eso, pensando en la cárcel que habría sido vivir bajo la mirada escrutadora de su suegra en aquel otro palacio, tan cercano y a la vez tan distante, la reconfortó.

No había mejor momento para convertir lo que había sido su estudio y taller durante los últimos meses en su residencia definitiva. Así lo pensó Mariano, en silencio, cuando él y Henriette se metían a la cama, ese mismo diván en el que había dormido con Bruno la última noche. La vieja madera de su armazón policromado crujió y le volvieron a la mente los licores y los besos de la noche de la bola de los secretos, y el contacto caliente de la piel de su último morador unas horas antes.

—¿Seremos felices aquí? —preguntó Henriette, deshaciéndose lentamente el moño, quitando una a una las flores que lo adornaban, dejándolas sobre una mesilla y acomodándose en la almohada.

—Lo seremos —respondió Mariano sin pensarlo, pero sabiendo que esa felicidad pasaría también porque su esposa no se convirtiese en un obstáculo entre él y sus nuevos amigos.

No sabría cómo explicarle todo lo que había vivido y bebido esos días al amparo de un trío de almas que se habían hecho una por la pura casualidad. Esa que para la singular marquesa de Casati no era más que un falso azar que el destino ya les tenía marcado.

—¿Así la definió? —preguntó en alto sin darse cuenta.

—¿Me decías algo? —se acurrucó medio dormida ya Henriette.

—Nada amor, creo que estabas soñando —se excusó, dándole un beso en la frente y acariciando su pelo con suavidad hasta dejar de oír su ronroneo.

Venecia, sin su *campanile*, ya guardaba silencio.

18

La observó en silencio durante mucho rato. Le encantaba ver cómo su pecho se hinchaba y deshinchaba al compás de su respiración serena. Le gustaba el color pálido de su piel, limpia y fresca, como los tejidos de algodón que usaban para los lienzos antes de montarlos en sus bastidores de madera. Su cabello, encendido y revuelto, le pareció como una tarde bajo el sol en un campo de trigo ante los ojos de un joven pintor enamorado de su modelo. La piel de su escote, abierta la tela del camisón hasta mitad del pecho, se le antojó suave como las nubes blancas, esas blanquísimas de verano, sin presagios de tormentas. Mirarla lo reconfortaba tanto como sus horas muertas revisando apuntes, bocetos y diseños mentalmente.

Cuando apagó la lámpara de su mesa, después de un par de horas absorto en todos esos menesteres, con la excusa quizá de no pensar en la Società della Cattiva Vita, Henriette ya estaba profundamente dormida.

Se levantó, fue hasta la gran mesa que tenía en el corazón del taller y examinó sobre ella algunos de los tejidos en los que estaba trabajando esos días. Tenía terciopelos que había bordado con hilos de oro, algodones tan suntuosos que parecían piezas de raso, sedas riquísimas que sus dedos ávidos y los tintes con los que experimentaba tantas noches, hasta que la salida del sol le recordaba el cansancio, habían convertido en jardines de un Oriente lejano lleno de matices. Sus flores, inyectadas de colores y de sutiles brillos dorados, eran el resultado de un talento innato. Según cómo las mirase, le recordaban a algunos de los tejidos que su madre coleccionaba desde hacía décadas. Si se acercaba o se alejaba de la luz de los quinqués, le parecían como algunos de los viejos bodegones que añoraba del Museo del Prado. Podía oler las flores y hasta tocarlas. Aunque ahora fueran obras suyas, le seguía pareciendo increíble. Eso era la esencia del arte, el poder de embelesarse con la belleza.

—Tienes magia en las manos. Lo sabes —le sobresaltó Henriette, que había aparecido de repente en la oscuridad, después de observar durante un buen rato en silencio toda esa sensibilidad que escondía en el cuerpo de un gigante aquel hombre del que estaba enamorada.

—Me has asustado —se sorprendió.

—No era mi intención, querido —se disculpó ella suavemente, acercándose hasta la mesa de trabajo.

—¿Te he despertado? Pensé que no estaba haciendo ruido —volvió a disculparse por perturbarle el sueño.

—No lo hacías. Me despertó precisamente el silencio. Estoy acostumbrada a dormirme con tus ruidos, con tus mezclas en latas viejas, tus pinceladas, el manejo de tus manos en las telas... —explicó antes de que Mariano la mandase a dormir como a una niña traviesa que se negaba a regresar a su habitación.

—Vuelve a la cama, es tarde, o mañana te irás durmiendo por las esquinas —dijo en voz muy baja, casi en un susurro, como en un intento de no desvelar más aún sus sueños.

—Te observaba. Me gusta verte cuando no sabes que lo hago. —Le dio un beso en la mejilla y desapareció en la oscuridad.

Cuando Mariano volvió a percibir el silencio, después del crujido de aquel viejo diván mientras ella se acomodaba hasta quedarse de nuevo dormida, sacó de su cajón personal uno de sus cuadernos y liberó de entre sus hojas un pequeño retrato de Bruno del Amor desnudo. Lo contempló largo rato sin saber bien por qué lo había dibujado, pero, cuando el alba despuntaba ya y él estaba delante de una de las ventanas mirando al infinito del cielo y a aquella otra ventana de la buhardilla vecina, que la marquesa se había comprometido a comprar, sintió que la vida le sonreía.

19

La familia Amato tenía en Venecia desde tiempos inmemoriales algunos viejos inmuebles que habían ido adquiriendo de ruinas familiares, comprándolos a sus dueños en sus momentos de mayor debilidad económica y creando en la ciudad, para el futuro, un imperio de joyas arquitectónicas que ya valían una fortuna.

Algunos de esos palacios llevaban tantas décadas desalojados que el tiempo se había ido comiendo sus estructuras, desdibujando sus pasados gloriosos y empolvando sus interiores. Pero permanecían en pie, orgullosos ante el paso de la vida.

Cuando la marquesa tocó en la puerta del viejo edificio, de ventanas altivas y cubiertas antaño esplendorosas, le abrió una señora mayor, descuidada y poco amable, y una nube de polvo salió como un hedor de la casa hasta provocarle las náuseas.

—¿Qué se le ofrece? —gruñó la mujer, restregándose con la manga de su desmadejado vestido los restos de leche de un bigote sombrío que a Luisa le cortó de golpe el aliento.

—Buenos días, señora, ¿es usted la dueña de este lugar? —preguntó cortés, sabiendo que no, por la poca educación que demostraba.

—Palacio, señora, palacio —contestó la anciana con un eructo y una risotada grotesca.

—¿Me podría decir dónde puedo encontrar a los señores del palacio? —preguntó de nuevo, intuyendo que allí no vivía nadie y que aquella mujer vulgar no era más que una guardesa desaliñada que habían dejado tan abandonada como al propio edificio.

—Los señores, dice. —Soltó una carcajada que le provocó una tos tan profunda que parecía la de un carbonero.

—Supongo que no vive aquí nadie más que usted —destacó la marquesa, volviendo a mirar la ajada madera de sus puertas y los desconchados postigos de sus ventanas.

—Aquí vivo yo y soy la dueña y señora de este lugar —gruñó otra vez la mujer antes de volver a entrar en la casa dando un portazo.

Luisa Casati se quedó plantada en el umbral, con su pamelita emplumada, uno de esos collares de perlas larguísimos de su espléndido joyero y su vestido, de un estampado tan enriquecido que resultaba divinamente exagerado a esa hora de la mañana. Atónita con lo que había presenciado, se tomó su tiempo para contemplar con admiración el edificio. Efectivamente, era un pequeño palacete de tres plantas a escasos metros del Gran Canal, cuyas puertas, ventanas y muros hablaban de un buen pasado. No era excesivamente grande, ni ostentoso. Era coqueto y elegante

hasta con la dejadez del tiempo.

Sobre la puerta principal había un nombre que el paso de los años había borrado por completo y un escudo con el león alado del evangelista San Marcos, su espada y su libro. Su latín rezaba: «*Pax tibi, Marce, evangelista meus. Hic requiescet corpus tuum*».

—«La paz sea contigo, Marcos, mi evangelista. Aquí descansará tu cuerpo». —La marquesa leía en alto cuando la puerta volvió a abrirse. Se echó para atrás temiendo que volviera a salir aquella mujer con su apestoso humor, y se encontró, sorprendida, con una joven bien vestida y peinada, de recatados modales.

—Buenos días, señora marquesa, perdone usted a la señora Romola. Es la antigua ama de llaves de palacio. Ha ido perdiendo la cabeza con los años. Cuando mi padre lo compró le dio tanta pena desalojarla que la dejó vivir aquí como si fuera su propia casa. Y así lleva ya más de treinta años. Yo vengo todas las mañanas para saber que está bien y para darle un rato de conversación a la pobre —explicó con su voz dulce.

—Qué generoso su padre, me encantará conocerlo y proponerle un trato —anunció Luisa, levantando la cabeza para poder observar bien a la niña a través de las plumas de su sombrero.

—Se hará el difícil con usted para ponerla a prueba, pero, aunque no lo reconozca, estará encantado, se lo aseguro. Hablan tanto de usted en la ciudad que nadie querría perderse el placer de conocerla, marquesa —dijo la joven, risueña.

—No será bueno todo lo que digan —susurró la marquesa en voz baja, sonriendo entre dientes—, y ¿cuándo cree que podría conocerlo?

—Si pasa usted por el Florian este mediodía lo encontrará. Siempre está por ahí. Pregunte por él cuando llegue. Sabrán decirle —se despidió la chiquilla, sonriendo amablemente antes de cerrar la puerta.

La marquesa de Casati miró al sol de Venecia esa mañana limpia y se encaminó hacia la plaza de San Marcos. Nada la hechizaba más en los negocios que tratar con hombres rudos y difíciles hasta cautivarlos.

20

El Florian siempre sonaba a griterío y a felicidad. También esos días, a pesar de que la plaza de San Marcos permanecía invadida por una montaña inmensa de escombros con los restos del *campanile*, para cuya reconstrucción el consejo municipal del ayuntamiento de Venecia, reunido de urgencia la misma tarde de la catástrofe, había aportado 500.000 liras.

Cuando llegó la marquesa, un nutrido grupo de hombres adinerados brindaban por la vida como si nada hubiese más importante en una mañana cualquiera que estar ahí, desatendiendo unos negocios de los que ya se ocupaban sus lacayos.

Luisa los observó en la distancia y supo al instante quién de ellos era el hombre al que venía buscando. Llevaba un traje demasiado pequeño para su barriga, demasiado largo para su diminuta estatura y demasiado abrigado para el húmedo verano veneciano. Solo un hombre así, de tan poco gusto y sentido de la belleza, podía ser el mayor prestamista y comprador de inmuebles desgraciados de la ciudad.

—Buenos días, marquesa, qué raro verla por aquí a estas horas —saludó cortés uno de los acicalados camareros.

—Es una cuestión de negocios —aclaró con una sonrisa por debajo de sus plumas.

—¿Desea que le traiga un café bien cargado para emprender bien sus asuntos?

—No. Tráigame una copita generosa de mi *grappa*, no se me ocurre nada mejor para acometerlos —resolvió, dejando atónito al muchacho.

—Enseguida se la traigo —dijo, saliendo a la carrera.

Cuando el camarero volvió con el licor, la marquesa ya se había sentado en su mesa habitual, con sus antiguos butacones de piel negra y sus afrancesadas patas de pan de oro.

—Hazme un favor, muchacho. ¿Serías tan amable de decirle al señor Amato que lo estoy esperando?

—Por supuesto, marquesa, ahora mismo.

Piero Amato tenía fama de avaro, pero era solo eso, la fama que arrastraban ese tipo de hombres que se dedicaban al negocio de comprar a bajo coste grandes propiedades, aprovechando la ruina de sus dueños. El saber que llevaba manteniendo en el viejo palacio a aquella mujer le hizo sentir que en el mundo había seres humanos maravillosos, y con esos no podía ser tan difícil llegar a un entendimiento.

—Me han dicho que me esperaba usted, señora marquesa, pero no recuerdo haber concertado

esta cita.

—No la teníamos, señor Amato, pero aquí estamos —manifestó jaranera, feliz de ver la plaza llena de vida.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó el hombrecillo, quitándose el sombrero cortésmente y haciendo un gesto exagerado para pedir el permiso de sentarse a su mesa.

—Seré directa, señor Amato.

—Es la mejor manera de exponer lo que uno desea, los rodeos tampoco son mi forma de actuar, aunque pudiese parecer lo contrario.

—Quiero hacerle una oferta por el palacio que tiene junto a Campo San Beneto.

—No está en venta —respondió tajante.

—Todo está en venta en esta vida, señor Amato, hasta las personas —sentenció, notando cómo se encendían las mejillas de aquel hombre regordete y afable que se había sentido ofendido.

Se hizo un silencio largo e incómodo antes de que volviese a pronunciarse, rotundo.

—Vive ahí una mujer a la que no voy a desahuciar. Ya ve, hay personas que no están en venta marquesa.

Y Luisa supo, a pesar de su ego y de conseguir siempre lo que quería, que esta vez había errado.

21

Sabía que su *grappa* roja tenía el poder de suavizar muchas cosas y que con aquel hombre solo conseguiría lo que quería si bajaba a su terreno. Sirvió dos copas generosas, se bebió la suya de golpe y se disculpó con fingida emoción.

—Tiene usted razón, señor Amato, le pido disculpas si sonó como una ofensa.

—Así sonó exactamente, pero le honra su disculpa, y se la agradezco.

—Tiene mi palabra de que la señora Romola vivirá ahí hasta el último día de su vida. Después, haré del palacio lo que me convenga —le propuso, dejando de nuevo perplejo y sin palabras al hombre menudo.

—¿Usted siempre consigue lo que se propone, marquesa? —preguntó, burlón, intuyendo que ya había estado en el inmueble.

—Siempre. ¿Me lo va a poner difícil para que sus amigos no sepan que es usted un bonachón misericordioso? —lo acusó con tal picardía que aquel hombre sonrió, aún sin darse por vencido, pero levantando una mano y pidiendo que les trajesen champán por si acaso tenían que brindar.

—Voy a escuchar su oferta, marquesa, aunque, si le digo la verdad, no fue el dinero lo que me movió a comprar ese ruinoso palacio.

—¿Qué fue? Si quiere contármelo —sacó su voz más dulce para arrancarle una confesión sincera.

—Fue por Romola —dijo, apartando la mirada, intentando torpemente disimular su emoción.

—¿Quién es Romola en su vida, señor Amato? —Ella bajó el tono de su voz para que la viese menos altiva y más cercana.

—Fue la comadrona de mi madre y su ama de llaves después. También su vigía durante los años que duró su enfermedad. Antes de fallecer, me hizo prometerle que cuidaría de ella. Le encontré trabajo en ese palacio y, cuando sus dueños murieron, se lo compré a sus hijos porque ninguno lo quería. Tan solo ansiaban el dinero. Poco les importaba el futuro de su patrimonio familiar y mucho menos Romola. Ahí ha vivido todo este tiempo. Ahora, la avanzada edad le ha robado la memoria, pero vivirá en esa casa, que ella cree que es suya, hasta el final de sus días, aunque ya no sean muchos. Cumpliré la promesa que le hice a mi madre. Mi hija y mi mujer se turnan para ir a verla a diario. Se encargan de que no le falte de nada, a pesar de su dejadez. Ella vive feliz en su tranquila ignorancia.

La marquesa había enmudecido. No podía dejar de mirar a aquel hombre que, por arte de magia, había dejado de parecerle vulgar para convertirse en un caballero de elegantes maneras.

—Sabe, a mi madre le fascinaban las perlas —prosiguió Amato—. Hoy las tuyas me han hecho volver a recordarla con una sonrisa y me hace sentir feliz saber que estará orgullosa de mi promesa. Le vendo el palacio, marquesa, al precio que usted crea que vale, sin negociaciones, solo con la promesa de que Romola vivirá en él hasta el final como si fuese de su propiedad.

Luisa Casati sabía que aquel viejo palacio ruinoso tenía mucho menos valor en ese momento que cualquiera de sus imponentes joyas. Pero se quitó la pamea, coqueta, dejando su moño revuelto a merced de la brisa de la plaza de San Marcos, se sacó el collar de perlas australianas que cerraba un inmenso broche de brillantes y lo dejó sobre la mesa sin dejar de mirar a los ojos a ese hombre honrado que había comprado y vendido el viejo Palazzo Romola, como acababa de bautizarlo en su memoria, movido por las emociones. Y eso era mucho más importante que cualquiera de sus collares de perlas.

22

Al mes siguiente, la muerte de Romola le confirmó a Luisa Casati todo aquello de lo que estaba convencida desde que tenía uso de razón. La casualidad era un falso azar que el destino ya nos tenía marcado.

No había emprendido aún las obras que necesitaba el interior del edificio, pero sí habían enlucido sus muros, arreglado sus cubiertas, cambiado todos los postigos y adecentado un jardín interior que escondía una fuente central de mármol en la que Neptuno gobernaba todas las aguas de Venecia sobre un caballo blanco. A la marquesa se le antojó gigantesca para el tamaño mediano de aquel jardín en el que un albaricoquero, un ciruelo, dos cerezos, un peral y un manzano abastecían de fruta al lugar desde que recordaba la historia de todos sus moradores.

La puerta de entrada recibía a la gente bajo el antiguo escudo del león alado de San Marcos evangelista, perfectamente lijada y barnizada. A su derecha, junto a una campana de bronce que la marquesa había rescatado de los anticuarios de la ciudad y que habían anclado a la piedra, se leía, en un nuevo arabesco de forja, «Palazzo Romola».

Cuando llegó Fortuny al encuentro de su amiga y de aquel lugar, Luisa Casati ya se encontraba en su buhardilla, sentada en aquel alféizar desde el que se veían los tejados y las ventanas de esa otra buhardilla cercana, la del Palazzo Pesaro degli Orfei.

—No dejas de sorprenderme, Luisa Casati. No sé cómo has conseguido que sea tuyo en menos de un mes.

—El destino, ¿aún lo dudas?

—Contigo la vida es una efervescente incertidumbre. No sabemos nunca ni cuándo, ni cómo, si vienes o vas. Me sorprende todo lo que consigues con un fácil chasquido de los dedos, como los magos, incluso cuando algo parece imposible.

—Me subestimas, querido —protestó.

—Al contrario, te admiro cada día más.

—No seas zalamero, no soy tu madre —ironizó, malvada.

—Ella puede ser igual de irónica que tú. Seguro que os llevaríais bien, a pesar de lo diferentes que parecéis —pensó en voz alta.

—No lo somos tanto, Mariano, ambas amamos el arte y la belleza de la vida por encima de todo. Eso nos hace muy semejantes —reflexionó.

—Sí, en eso tienes razón —sonrió divertido, viendo cómo los pechos de la marquesa se

insinuaban descaradamente bajo la seda ligerísima de su vestido e imaginando qué pensaría su madre de eso—. Bueno, no me has dicho aún cómo lo conseguiste —insistió.

—Aprovechando la bondad de su último propietario. Sin él, no habría podido cumplir con mi promesa del pago de mi retrato —reconoció Luisa.

—Me alegro de corazón de que lo hayas logrado. Habrías tenido tu cuadro de todos modos —reveló.

—Lo sé. Y yo habría insistido en pagártelo de todas maneras, pero nada me da más placer que hacerlo de esta romántica manera.

—Tendrás tu retrato, Luisa. No sé cuándo, pero lo tendrás —le prometió con un beso en lo alto de su pelo, apoyado en los muros de aquella ventana, a su espalda.

—Ahora entiendo bien, Mariano, que te gustase tanto este lugar que mira a Venecia y a tu mundo. Bruno se morirá de placer cuando lo vea —intuyó sonriendo.

La brisa era cálida, traía el olor fuerte del mar y de los pescados al sol, endulzados a ratos al capricho de la brisa por los jazmines en flor que bordeaban el palacio. Los dos pensaron a la vez en la sonrisa fresca de Bruno del Amor sin saberlo.

23

A Henriette Negrin le gustaba mezclar los tintes en vasijas. Le hechizaba ver cómo los colores penetraban en el barro y cubrían sus grietas como ríos inyectados de carmín. Saber que ella y Mariano podían aplicar esas tintadas a las telas que después envolverían a otras mujeres, con sus propias historias, más allá de los lienzos que él pintaba con absoluta precisión y maestría, le hacía sentir tan bien que cuando entró Mariano en el estudio, cargado con una bolsa con dulces y panes recién hechos que había traído de la calle, la encontró como en trance.

—Buenos días, amor —saludó, besando su cuello, expuesto al mundo en esa posición en la que ella observaba entre sus manos cada grieta de una vasija pequeña que los pigmentos habían convertido en azul verdoso—. ¿Cuánto tiempo llevas despierta? —preguntó sin quitarle la vista, analizando en silencio, con infinita curiosidad, cómo estaba de absorta en aquel recipiente.

—Me despertaste antes de que amaneciese, y ya no pude volver a conciliar el sueño —dijo sin dejar de examinar la cerámica en sus manos.

—¿Te desperté otra vez? Siento roncar como un jabalí herido, querida, prometo intentar dejar de hacerlo —anunció con una risa distraída, sabiendo que no estaba en su mano cumplir semejante promesa.

—No fueron los ronquidos esta vez —añadió ella, acercándose a una de esas ventanas de arcos góticos apuntados y mirando en la distancia la ciudad.

—¿No me digas que ahora soy sonámbulo? —Él seguía sonriendo, divertido con la curiosidad de saber cuál era la causa del desvelo.

—Hablabas de muchas cosas con un tal Bruno, muy acalorados los dos. —Henriette dejó la vasija sobre una mesa, y se plantó frente a su hombre sin dejar de mirarlo a los ojos—. ¿Algo que te inquiete y deba saber? —preguntó con esa misma ironía dulcemente envenenada con la que contestó a su cuñada en el fatídico primer encuentro familiar y que a Mariano se le atragantaba.

—Bruno del Amor es un buen amigo de la marquesa de Casati, un hombre encantador y lleno de talento pictórico —respondió, restando importancia al asunto.

—No me has hablado de él, pero sí de la marquesa —dejó una duda en el aire justo cuando Mariano la abrazaba y le susurraba en el cuello.

—No estarás celosa de un curioso pintor y una excéntrica dama de la alta sociedad a la que la propia alta sociedad mira con recelo, ¿no? —ironizó.

—Celosa no, la verdad. Pero daría oro por saber qué te decía ese Bruno para que le

respondieses tan fogosamente en tus sueños. Apellidarse Del Amor es como nacer con una eterna premonición bajo el brazo —apuntilló ella, deshaciéndose del abrazo y regresando al umbral de una de las ventanas para volver a vigilar la vida y el ir y venir de sus caminantes que ya empezaban a patear la ciudad.

—Definitivamente, estás celosa. Tendré que presentarte un día a Bruno y a Luisa. Verás que son unos buenos amigos para tener en Venecia sin que los celos deban apoderarse de ti —anunció, sabiendo que una parte de mentira se quedaría para siempre guardada entre sus secretos.

—Dicen que las fiestas de la marquesa son famosas y que todas esas damas de la sociedad que luego la cuestionan se mueren por recibir una invitación y no perderse semejante acontecimiento. Igual lo hacen para mantener controlados a sus respetables maridos —volvió a ironizar con una sonrisa maliciosa.

—Seguramente, pero, como aún no estamos casados, no tendremos que ir a una de esas fiestas por tan funesto motivo —resolvió con la misma ironía, acercándose de nuevo a Henriette, que permanecía pegada a una de las ventanas.

—¿Hay otros motivos para ir? —Se tensó como una vela en alta mar, provocando que Mariano se pensase unos segundos la respuesta.

—El saber, amor mío, nunca ocupa lugar —intentó quitarle miga al asunto, pero sabiendo al instante que no lo había conseguido.

Las aletas de su nariz se habían endurecido como una alerta. Volvió a abrazarla. En Venecia, ahí fuera, el sol ya llenaba las calles de su popular bullicio mariner. Y, al fondo, la ventana del nuevo Palazzo Romola vigilaba la vida.

Palazzo Romola, otoño de 1902

Ni Fortuny había retado a la marquesa de Casati a comprar aquel viejo palacio que ahora resplandecía de nuevo para que fuese la morada y estudio de Bruno del Amor, ni la marquesa lo había adquirido con ese propósito. O, al menos, eso creían. Pero lo cierto era que aquella mañana fresca y soleada de otoño, de un noviembre que había llegado casi sin que se dieran cuenta, el amigo de ambos tomaba posesión de ese lugar con el deseo de Luisa de que lo disfrutase tanto o más que la vieja Romola.

Le había convencido para que dejase su cochambroso estudio y se instalase con sus óleos en esa buhardilla luminosa que tenía el palacio y que miraba al mundo optimista.

—Solo he aceptado mudarme porque me prometiste que me cobrarías una renta —le recordó.

—Qué poco romántico eres —lo acusó, burlona, sabiendo que era todo lo contrario y observando cómo fruncía el ceño enfadado.

—Nada tiene que ver una cosa con la otra.

—Sí que tiene que ver, porque en vez de estar disfrutando de esta vista, de la luz y de lo divino que he dejado este edificio que hace nada era una cochambre, estás empeñado con las cuestiones del dinero.

—Me gusta pagar mis rentas —protestó.

—Sabes que nunca te cobraría, pero, si te lo hubiese manifestado, no habrías venido porque eres testarudo y orgulloso.

—Puedes decirme lo que quieras, no me importa, pero si no llegamos a un acuerdo, no abriré ni una caja más. Dime cómo quieres que lo hagamos —dijo Bruno, tajante, deteniéndose ante sus múltiples paquetes y bultos, que ya llenaban el espacio.

—Te voy a proponer un trato, es muy serio y no voy a admitir ningún tipo de negociación ni que me lleves la contraria —explicó ella, poniéndose tan seria que Bruno la miró desconcertado.

—Te escucho —dijo, escueto.

—No te cobraré nunca una renta y, a cambio, tú me harás retratos y cuadros divinos para mí y para regalar a mis amigos. ¿Te parece justo? —Lo miró a los ojos como solo ella sabía hacer para bucear en cada rincón de su alma.

—Me parece perfecto —respondió, contento, después de sopesarlo unos segundos, sonriendo

a su amiga, reconociendo la inmensa generosidad que siempre le demostraba.

Pintar para la marquesa cuadros por encargo no solo pagaba su renta, sino que lo introducía en esa sociedad que, en silencio, criticaba las excentricidades y locuras de Luisa Casati, pero, en público, la ensalzaba. Una alta sociedad que iba a saber que había llegado a Venecia un joven pintor que estaba ansioso de comerse el mundo.

Cuando Luisa se marchó y la luz de la tarde se fue anaranjado dejando en el cielo un sutil reguero de nubes encarnadas, Bruno se sentó por primera vez en aquel alféizar que miraba al Palazzo Pesaro degli Orfei y que sabía bien que iba a ser su refugio en el mundo en los próximos tiempos.

En una de las ventanas de la buhardilla de Mariano y Henriette, como en una bienvenida que le hizo que la carne se le pusiese de gallina, Fortuny había encendido un candil. Pensó en aquel hombre y en ese mensaje escrito en la distancia como una señal de vida.

Pensó también en Luisa Casati y en la suerte que había tenido de que el destino la cruzase en su camino. Y pensó en su madre y en lo lejos que quedaban París y España en su historia reciente. Y lloró de tristeza y de felicidad a partes iguales.

Fortuny solía remover los tintes, mezclados en una vieja cuba de roble, con una pala larga de madera, como había visto hacer en los libros a los antiguos tintoreros de Venecia. Le gustaba el olor fuerte de la trementina, que era tan volátil que te embriagaba unos minutos y luego desaparecía, dejando el perfume amargo de la miera, ese aceite espeso y oscuro que obtenía destilando bayas y ramas de enebro y que servía de disolvente para sus pinturas.

Extrajo con un cazo de estaño parte de la mezcla, dispuso la seda en la vieja madera de aquella mesa grande y robusta, tintada su tapa de infinidad de colores de mil trabajos anteriores, y empezó a pintar, como si se tratase de un lienzo, recreando flores de un jardín oriental que iban impregnando poco a poco las fibras de sus hilos con tanta sutileza que parecía imposible que aquel tipo inmenso, con esas manos grandes y toscas, pudiese imprimir tan delicada magia en el tejido.

Henriette lo miraba muchas veces en silencio, en la corta distancia, disfrutando de aquel ritual exquisito. Lo veía respirar sereno, con pequeños movimientos de cabeza, sentado paciente a esa mesa en la que sus telas cobraban vida.

—¿Vas a estar toda la tarde mirando callada? —preguntó sin levantar la cabeza, perfilando con un finísimo pincel las flores de aquel jardín encendido.

—Me gusta hacerlo sin interrumpirte. Puedo escuchar en el silencio la caricia del pincel sobre la seda —le explicó Henriette con esa cadencia suave de su voz.

—Me gusta que lo hagas, querida, me siento envuelto de tu elegante presencia. Me inspira —le confesó.

—Si le metes un poco más de este azul como el cobalto a algunas de las flores más pequeñas parecerán alas de mariposas —le insinuó ella, acercando una pequeña lata con el tinte gris azulado.

—Qué buena idea. Y voy a meter a las grandes esta mezcla que hice anoche oxidando el tinte amarillo cadmio con un ungüento de paprika, para que simule un polvo de oro al abrirse las crisálidas.

Volvió a mirarlo extasiada. Se había quedado prendada de su manejo de los tejidos desde la primera vez que se vieron en París en una de sus ferias. Sentía ahora, a pesar de estar lejos de su Francia natal, que Mariano siempre la protegería porque un hombre con aquella sensibilidad no podría no hacerlo. Cuando estaban solos, todo lo que les rodeaba estaba lleno de arte. Y eso la

reconfortaba.

—Hay un lienzo nuevo tapado con una gasa —dijo de repente, sin que Mariano se perturbase ni un segundo.

—Si está tapado es porque no se puede descubrir. —Sonrió, sin dejar de trabajar minuciosamente en el tinte de las flores.

—Nunca se me ocurriría hacerlo —aclaró sincera.

—No es ningún misterio, es un encargo de una nueva clienta —resolvió él sin darle importancia, sabiendo que Henriette Negrin jamás incumpliría su palabra y no vería a la marquesa de Casati desnuda, aún sin terminar de pintar su velo de seda sobre su exultante piel.

* * *

Bruno del Amor volvió a sentarse en la distancia en aquel alféizar para cumplir el ritual de ver encenderse un candil que no iluminaba las noches, sino uno de sus secretos.

26

El primer día que Mariano visitó a Bruno en el Palazzo Romola llovía a cántaros. Se sentaron juntos en silencio en aquel alféizar, viendo cómo el agua brincaba sobre los tejados, recordando aquella otra tormenta de la tarde que se conocieron en el encuentro fortuito del *caffè* Florian.

—¿Qué pensaste la primera vez que nos viste? —preguntó Bruno, curioso, ahora que el tiempo y las cosas de la vida les habían dado tanta confianza.

—Pensé que la marquesa era una loca divina y tremendamente culta, que le gustaba escandalizar, que parecía muy fuerte, pero era débil. Y que tú eras un hombre tremendamente sensible y que necesitabas que te protegieran, que parecías débil, pero eras muy fuerte —se sinceró Mariano con una explicación que parecía un juego de palabras, pero que reflejaba exactamente lo que había pensado en aquel momento.

—¿Por qué todos me veis así? ¿Tan endeble soy?

—Nada de eso. Ya te he dicho que hay que ser fuerte para ser tan sensible —se reafirmó en sus palabras.

—¿Entonces por qué sentiste que necesitaba que me protegieran? —insistió.

—No lo sé, Bruno. Fue una sensación. Y el tiempo me dio la razón. Eres muy especial. Eso es maravilloso, pero no todo el mundo lo entiende. Y si no fueras fuerte, tu sensibilidad te habría devorado.

—Sabes, cada vez me importa menos lo que entienda la gente. Estos años junto a Luisa he aprendido que nadie va a quererme, ni a cuidarme ni a protegerme más que yo mismo.

—Has aprendido de su ego. Me alegro, es un buen ejercicio entenderse y quererse a uno mismo. Con eso ya tienes de antemano la batalla ganada ante lo que opinen los demás. Ojalá yo fuese tan narcisista y ególatra como la marquesa de Casati. Eso me haría mucho más poderoso mentalmente.

—Yo te veo poderoso —lo contradijo Bruno.

—No todo lo que se ve por fuera es real. Tú, que ahora me conoces mucho más que otras personas que llevan años en mi vida, deberías saber dónde soy poderoso y dónde vulnerable —le aclaró.

—Exageras. No creo que te conozca tanto como esa gente que dices que lleva años en tu vida —lo corrigió.

—Te aseguro que me conoces mucho más que hasta los miembros de mi familia. Al menos,

en el campo de las emociones —replicó Mariano sin rodeos, para que entendiese a qué se estaba refiriendo.

—Tu madre te conoce mucho mejor que yo, también en ese campo de las emociones que tú señalas —le aseguró.

—No creo que mi madre conozca a este Mariano que se ve contigo a solas. Yo sí que te lo aseguro. Sería una hecatombe familiar.

—Las madres lo saben todo de nosotros desde el mismo momento que nos alumbran. No me cabe ninguna duda de que ella conoce bien casi todos los rincones de tu interior —le dijo, notando que Mariano se ponía nervioso.

—Tú lo has dicho, casi todos mis rincones. Pero un casi, no es un todo. Y así espero que sea. Nada me gustaría menos que hacerla sufrir por algo que seguramente no entendería jamás, en toda su larga y cultivada vida.

Bruno dejó de insistir, porque sabía cuándo aquel hombre se ponía a la defensiva porque no sabía administrar todas sus emociones. Así que lo abrazó, sin decir nada más, dejando que el tintineo magnético de la lluvia en aquel tejado sobre el mundo acompañase sus silencios.

Y pensó que hasta la estricta Cecilia de Madrazo tenía que guardar en su corazón una pequeña parcela de entendimiento en la que nada de lo que sintiese Mariano Fortuny, por escandaloso que fuera para otros, podría desarmarla.

1 de diciembre de 1902

El anticuario Luca Cavalier, un refinado historiador del arte, de padre francés y madre italiana, con el pelo tan canoso desde temprana edad que parecía que lo llevase tintado de blanco, tenía la tienda de antigüedades más curiosa de Venecia. Era larga y profunda y estaba tan recargada de cuadros, lámparas, espejos y esculturas que a la marquesa de Casati le encantaba perderse durante horas en ese angosto lugar que era, más que una simple tienda, un museo lleno de piezas de incalculable valor.

Luisa Casati y Bruno del Amor habían quedado para comer en el Florian mucho antes de la hora del almuerzo con la intención de pasar la mañana en Cavalier donde Luisa pretendía comprar los primeros regalos de la cercana Navidad.

—Querida marquesa, qué honor volver a tenerla en nuestra humilde casa —saludó con mucha pompa aquel hombre que siempre llevaba, fuera invierno o verano, unas chaquetas de terciopelo brocado en oro, con sus camisas perfectamente almidonadas y sus pajaritas inmensas.

—Buenos días, Luca, ¿cómo ha ido todo estos días, tras la catástrofe del *campanile*? —se interesó ella por el negocio, que compartía soportal con el Florian.

—No puedo quejarme, ya sabe que en Italia hacemos de la tragedia una ocasión. Lo que parecía que iba a ser un desastre se ha convertido en un peregrinaje. Hemos tenido más clientes desde el verano que en todo el año. Casi todos venían de fuera de la ciudad —le explicó, encantado.

—Lo celebro, pues; quizá debería haberse derrumbado antes —ironizó la marquesa, provocando una risa sorda en Bruno y una leve mueca de incredulidad en una Henriette Negrin, discreta y silenciosa, que permanecía al fondo de la tienda examinando con pasión unos viejos tejidos que Cavalier había traído de Francia.

—¿Busca algo concreto hoy? —preguntó solícito, aunque sabía que a la marquesa le gustaba pasar un buen rato descubriendo las nuevas piezas que iban llegando desde distintos lugares del mundo.

—Me gustaría encontrar algo para mi amigo Mariano Fortuny. Tiene que ser algo tan diferente e importante que haga que un artista como él se sorprenda —explicó, sin saber que su mujer, aunque aún no estuviesen casados, estaba escuchando todo desde la trastienda.

—Tendrá que venir otro día con calma para ese menester, si de verdad quiere que sea una sorpresa —le comunicó Luca, haciendo un gesto muy teatral con las manos, señalando el cortinaje de terciopelo granate que separaba la tienda del taller.

—¿Qué tiene de malo el día de hoy? Si puede saberse —cuestionó la marquesa, intentando entender los aspavientos del anticuario.

—Nada malo, marquesa, simplemente es que hoy quizá no sería una sorpresa... —intentaba explicarse cuando se abrió la cortina y Henriette apareció junto a ellos.

Nunca se habían visto cara a cara Henriette Negrin, Luisa Casati y Bruno del Amor. Pero aquella primera mañana de un frío diciembre que acababan de estrenar, el destino quiso que los ojos de aquellas dos mujeres y de aquel hombre apuesto y sonriente de mirada azul que era Bruno se cruzasen por fin, resolviendo muchos misterios, entre las joyas antiguas de ese curioso lugar del mundo que era la vieja tienda de Luca Cavalier.

Henriette Negrin, aunque nunca se lo reconocería a su amor, entendió al instante el hechizo que ambos provocaban, con su exultante imagen, en la mente y el corazón de Mariano Fortuny.

Luca Cavalier no se creía la fortuna de albergar esa mañana en su anticuario el primer encuentro entre dos mujeres tan diferentes y de las que tanto se hablaba en todos los corrillos de la ciudad.

—No sé si se conocen —fingió, mirando a una Luisa que se había erguido como un pavo real mostrando todo el poderío de su plumaje.

—No hemos tenido el gusto —dijo, con el mismo tono de falsedad que el amanerado anticuario.

—Marquesa, esta es la prometida del señor Fortuny —anunció primero, mirando a Luisa, que seguía quieta y tiesa, pero con esa sonrisa de maliciosa expectación—. Señora, le presento a la marquesa de Casati —pronunció después con su ampuloso hablar, henchido de placer por aquel fascinante encuentro.

—Qué sorpresa, nunca me la había imaginado así —dijo Luisa, mirando atentamente a aquella mujer de aspecto frágil y exquisito, cuyo cabello parecía del mismo carmesí que los rizos de Bruno.

—Yo, sin embargo, me la había imaginado tal cual es, marquesa, nada de lo que veo me resulta ajeno a las descripciones de Mariano —le confesó, observando el abrigo bordado en hilos de oro que llevaba, su sombrero inmenso lleno de flores oscuras y plumas de distintas aves, los guantes de *chantilly* y esos ojos tan oscuramente maquillados que parecían los de un felino.

—Espero no decepcionar la divina percepción de su marido —soltó con una risita, haciendo que a Bruno se le tensase hasta el último trozo de su piel.

—En absoluto, marquesa —dijo con la misma burlona cadencia.

—Encantada de conocerla, Henriette, aunque haya tenido que ser así en vez de en una de nuestras reuniones —le tendió una mano que se dieron como harían los hombres, sin besos, sin acercamientos, con ínfima afectividad.

Bruno seguía tenso como el mástil de una bandera en mitad de una contienda.

—Llevo poco en la ciudad, como sabrá; tendremos tiempo para compartir alguna de sus celebraciones. Ya me han dicho que no hay fiesta en Venecia que supere a las suyas —le estrechó la mano con fuerza, a pesar de la fragilidad que emanaba su aspecto.

—En esta ciudad hablan mucho de todos, no me sorprende nada —sonrió Luisa, descarada, viendo cómo los ojos del anticuario se habían encendido como dos ascuas.

—Todo lo que me contaron es bueno, no se preocupe —fingió Henriette, pensando que igual

había ofendido a la marquesa.

—Pues si todo lo que hayan de contar es bueno, vaya aburrimiento de fiestas —ironizó con una carcajada larga, de esas que solo Bruno sabía interpretar como un intento de fuga inmediata.

—Si hubiese algo malo, no se lo habría dicho de todos modos —le aclaró sincera.

—No lo dudo ni un segundo —apostilló Luisa.

—Encantada de conocerlo a usted también —se dirigió Henriette de manera cortés a Bruno, tendiendo de nuevo su mano.

—Igualmente, señora, es un placer encontrarnos por fin —dijo, aflojando el rictus sin estar convencido de ello, pero estrechando su mano con toda su amabilidad y esa sonrisa que jamás perdía ni cuando estaba como en un ataque de nervios.

—Espero que nos veamos en otra ocasión con más calma y podamos conocernos un poco mejor —se disculpó antes de despedirse.

—Esperemos —concluyó la marquesa.

Y cuando Henriette Negrin salió de Cavalier, Bruno suspiró profundamente, como si hubiese estado todo ese tiempo sumergido bajo el agua, y la marquesa no pudo controlar una larguísima carcajada.

Ya había sucedido, por fin. Ya no había misterios que resolver. Ya todos los seres que admiraban y amaban de alguna manera a Mariano Fortuny se habían puesto cara.

29

Henriette Negrin caminaba ya en la lejanía cuando salió de la tienda Luca Cavalier anunciando con mucho bombo que tenía el regalo perfecto para Fortuny, pero la marquesa había dejado de pensar en ello.

Su cabeza maquinaba una forma de organizar una pequeña fiesta tan discreta como para propiciar que Henriette aceptase y poderse conocer mejor, más allá de esa casualidad. O tal vez eso —pensó— fuese un escollo más que una mano tendida para las buenas relaciones que mantenían Fortuny, Del Amor y ella misma.

—No se preocupe, Luca, vendremos otro día, se hace tarde y tengo un hambre voraz. El Florian nos espera —se justificó.

—Será solo un segundo, marquesa, aguarden aquí —le rogó el anticuario desapareciendo unos segundos en la trastienda.

Cuando volvió, portando en las manos un pequeño cuadro dentro de una saca de terciopelo oscuro, Luisa Casati había encendido un cigarrillo en su pipa francesa y permanecía en la calle, a la puerta de la tienda. Luca le tendió el saco. Luisa lo abrió y extrajo de su interior el cuadro, de reducidas dimensiones.

Una exquisita mujer, con el pelo tocado con pequeñas flores de colores, bordaba elegantemente a la vera de un rosal.

—¿Qué le parece, marquesa? —le preguntó curioso.

—Tan romántico y exquisito, con ese perfecto equilibrio en los colores que podría haberlo pintado el mismísimo Fortuny y Marsal —respondió de golpe, con la primera impresión, convencida de que no se equivocaba.

—Perteneció a una colección privada y fue adquirido hace muchos años en una subasta del Hôtel Drouot de París. Y ella es... —no pudo terminar la frase porque la marquesa le interrumpió.

—La mismísima Cecilia de Madrazo.

—Así es, marquesa, es una de las joyas que ha vagado por el mundo desde la sonada subasta de la viuda de Fortuny.

—¿Desde cuándo lo tiene, Luca, que no me había dicho nada? —quiso saber.

—Llegó a mis manos hace dos semanas a través de nuestra otra tienda en París. Ha debido de pasar por diferentes manos todos estos años.

—Me lo quedo —respondió tajante.

—Ni siquiera ha preguntado el precio, marquesa —se extrañó el anticuario.

—Hay piezas en el arte y situaciones en la vida que no necesitan tener un valor concreto para que te enamores de ellas —resolvió, sin necesidad de conocer el importe para saber que Luca Cavalier tenía razón, era el regalo perfecto.

No podía imaginar mejor agradecimiento para su amigo, que le estaba haciendo altruistamente ese retrato a tamaño natural, que devolverle algo tan valioso de su pasado.

*Palacio Martinengo,
24 de diciembre de 1902*

La mañana del día de Nochebuena llegó al palacio una caja misteriosa sin remitente y con doble destinatario: Cecilia de Madrazo y Mariano Fortuny.

—Señora, han traído un paquete para usted y su hijo —anunció el mayordomo a una Cecilia que andaba ocupada arreglando personalmente las flores frescas que adornarían la mesa de la Nochebuena.

—¿Un paquete para los dos? —cuestionó extrañada.

—Eso dijo la persona que lo trajo, y así viene indicado en la propia caja.

—¿Quién lo envía? —quiso resolver la intriga.

—No lo sabemos señora. No hay remitente y el hombre que lo trajo no se presentó.

Cecilia mandó ir a buscar a su hijo al Palazzo Pesaro degli Orfei porque se veía incapaz de esperar hasta la cena para resolver el entuerto del paquete misterioso.

Cuando Mariano llegó se la encontró de pie, en mitad de la entrada, examinando aquel bulto sin tener ni la más remota idea de lo que podía contener. Y según se acercó, reconoció la letra de Luisa. Nada le extrañó, pues Henriette le había contado el encuentro que habían tenido en el anticuario de Luca Cavalier.

—Lo envía la marquesa de Casati —anunció Fortuny.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cecilia sin entender nada.

—Conozco bien su letra, madre —confesó sin desvelar más.

—¿Y qué puede mandarnos esa extravagante mujer? —preguntó altiva.

—Igual, si lo abrimos, no tenemos que estar con tantos interrogantes —respondió con un desaire que a su madre le pareció tan impertinente que clavó su abrecartas en el paquete como si fuese un puñal.

Cuando la caja se abrió, Cecilia enmudeció, llevándose una mano al pecho. Sintió de golpe cada mirada llena de felicidad de su marido, tantos años atrás, mientras la retrataba ese día. Lo había hecho infinidad de veces, pero, en ese retrato, ella vestida de rayas y con aquel recogido sembrado de primavera, todo había sido distinto y especial.

—Fue uno de los días más felices de mi vida, hijo, ¿sabes por qué? —le preguntó con los ojos

lentos de lágrimas.

—¿Por qué, madre?

—Porque ese día ya sabíamos que tú vendrías al mundo. —Sus ojos se derramaron.

Mariano se emocionó con su madre. Miró aquel cuadro en el que él ya crecía en el vientre de Cecilia de Madrazo y sintió, por primera vez en mucho tiempo, todo el dolor que debió de soportar cuando su padre se fue dejándola viuda y a la deriva del mundo.

Pensó en la marquesa y en su inmensa generosidad, pero se dejó llevar por la opinión de su madre, que se negaba a aceptar un regalo de tal magnitud de una persona ajena a su familia.

Y para no contrariarla, intentó asumir el coste de aquella pieza sin saber que la orgullosa Luisa Casati nunca lo aceptaría y que semejante ofensa no se la perdonaría en mucho tiempo.

31

Caffè Florian,
31 de diciembre de 1902

Luisa y Bruno habían quedado para cenar y despedir ese efervescente 1902 en el mismo lugar en el que se habían conocido.

Mariano agradeció que Henriette hubiese viajado a Francia a pasar los últimos días del año con su familia para poder acudir a la repentina cita de la marquesa. Esa misma mañana había llegado su tarjetón con una caja de chocolates negros, de esos amargos e intensos que Luisa Casati siempre regalaba.

Querido Mariano:

Bruno y yo hemos decidido despedir el año en el Florian.

Ha sido improvisado, y como sé que no está tu Henriette, nos encantará que nos acompañes para que celebremos juntos el fin de un año en el que hemos compartido tantos y tan buenos momentos y olvidarnos de los malos.

¡Nos vemos en el Florian!

Se sintió aliviado. Su último encuentro, esa misma mañana del día de la Nochebuena en la que habían recibido el cuadro en el palacio Martinengo y que había hecho que Fortuny recorriese la ciudad hasta encontrar a la marquesa y decirle que no podían aceptar tan generoso presente, no les había dejado muy buen sabor de boca. Así que la llegada de esta invitación de última hora fue un respiro para Mariano, que no sabía manejarse emocionalmente con los enfados de la testaruda marquesa de Casati.

El Florian estaba jubiloso. Sus salones se habían abarrotado desde mediada la tarde. Cuando Mariano llegó, con su traje de gala, su camisa blanca y su corbata de lazo de color cereza, Luisa y Bruno ya estaban más que contentos y el nivel de la *grappa* en aquella botella le alertó de una noche que podía ser de emociones complicadas.

Cuando Bruno se arreglaba resultaba un espectáculo de hombre. Eso pensó Mariano nada más verlo con su traje oscuro, su camisa blanquísima y su lazo de terciopelo negro. Lo miraba y sentía ganas de abrazarlo.

Luisa Casati se había puesto una especie de vestido túnica, largo, negro y oro, semitransparente, como el pañuelo gigante de una sultana enigmática, que Fortuny le había regalado de uno de esos prototipos que ni siquiera había consolidado aún. La miró orgulloso. Ella le sonrió, agradecida porque hubiese aceptado la invitación.

—Sigues enfadada, lo sé.

—Sé que lo sabes, pero hoy hemos venido a celebrar nuestro glorioso 1902, mañana será 1903, y ya te diré todas esas cosas que no te gustará escuchar —le anunció Luisa sin dejar de sonreír.

—De acuerdo, lo acepto. Celebremos pues —dijo, alzando la copa para brindar con esos amigos que el destino había unido tan solo unos meses atrás pero que parecía que hubiesen vivido juntos toda una vida.

Y cuando la noche ya se había apoderado de ellos, la alegría invadía las almas de los venecianos congregados en ese histórico *caffè* Florian y los relojes daban la bienvenida al año nuevo, volvieron a brindar por la vida. Luisa besó en la mejilla a Bruno, después a Mariano. Y en pleno júbilo de ese mítico local, que recibía al 1903 con toda la euforia de Venecia, Bruno besó la boca de Mariano, por primera vez en público. Y el mundo no se detuvo.

Società della Cattiva Vita,
madrugada del 1 de enero de 1903

Ninguno de los tres supo nunca cómo habían llegado hasta ahí de nuevo. Pero la realidad era que sus pasos, como en un hechizo misterioso, los habían devuelto, esa madrugada en la que el mundo había cambiado de año, a las entrañas peligrosamente cálidas de la Società della Cattiva Vita.

Habían vestido sus mesas con terciopelos de oro. El champán corría a cargo de aquella sociedad que seguía viviendo las noches más gloriosas de la *belle époque* veneciana. Y esa madrugada festiva de bienvenida al 1903, las máscaras, por supuesto, eran doradas.

Cuando llegaron, Bruno volvió a embriagarse de ese olor que recordaba su memoria, dulce y agrio a la vez, a deseo, a una humanidad que se manejaba sin complejos y festejaba siempre la vida.

—Puede que la *grappa* me impida hablar correctamente, pero necesito que me perdones, Luisa, nunca fue nuestra intención ofenderte, te lo juro —se disculpó Mariano con la lengua lenta tras una cena llena de brindis.

—Pues lo conseguiste, te lo aseguro. No entendí nada cuando Luca me dijo que habías ido personalmente a intentar saldar una compra que yo ya había abonado con sumo placer —explicó molesta.

—Mi madre me obligó a hacerlo. Según ella, no podíamos consentir recibir un cuadro tan importante para nosotros como si fuese un simple regalo. Es complicado llevarle la contraria a Cecilia de Madrazo.

—A veces, Mariano, hay que saber llevar la contraria, si uno cree sinceramente en aquello que está defendiendo. El problema es que tú siempre has obedecido lo que dictaba tu madre por no disgustarla. Y no es un buen ejercicio de libertad seguirle la corriente a las personas, aunque sepamos que están equivocadas.

—Tienes razón, pero ya no podemos volver atrás. Tan solo espero que lo olvidemos sin rencores.

—Yo no tengo rencor alguno, te lo aseguro. Pero los dos sabemos que tu madre no me considera digna como para haceros un regalo de tal importancia. No tiene nada que ver el valor

económico en este asunto.

—No digas eso, porque no es cierto, y retrata a mi madre como si fuera una mujer caprichosa y sin sentimientos.

—No hables por mí, yo no he dicho nada de eso.

—No lo has dicho, pero lo piensas —dijo Mariano entristecido.

—Todavía tengo la capacidad y la libertad de pensar lo que me parezca. El día que pierda eso, dejaré de ser quien soy —se defendió Luisa.

—Está bien, será mejor que lo dejemos así, o al final la disculpa se convertirá en un enfrentamiento —zanjó, sabiendo que si seguían acabarían en una ofensa mucho peor y con más obstáculos para perdonarse.

—Sí, mejor lo dejamos así, porque empiece a cansarme esta conversación tan ridícula. — Luisa se disculpó, levantándose de la mesa con la excusa de que necesitaba ir al baño.

Mariano permaneció en silencio, contrariado por esa situación que había provocado su madre y sabiendo que todo pasaría con el tiempo. Pero eso no le quitaba la razón a la marquesa, y eso lo atormentaba tanto como le dolía que Bruno no le hubiese echado una mano en esa disputa, aunque solo fuese para calmar las aguas.

Volvieron en silencio, cogidos de las manos como hicieron aquella primera noche al salir de la Società della Cattiva Vita, pero los tres sabían que esta vez era diferente, porque la vida les había cambiado en muchas cosas esos últimos meses.

Cuando se despidieron, Luisa prometió que todo estaba olvidado, sabiendo que mentía al hacerlo; Mariano dijo que esperaba que se vieran pronto para seguir celebrando, aunque tenía claro que muy pronto no sería; y Bruno lloró como un niño en cuanto estuvo solo, porque sabía que aquella noche el destino los había distanciado.

Y nada más llegar al Palazzo Romola se sentó en el alféizar de la ventana, a pesar del frío, cruzando los dedos como los niños con el deseo de que aquel candil del Palazzo Pesaro degli Orfei se encendiese. Pero no sucedió y la noche se hizo profundamente oscura.

*Un domingo de cacería, nueve meses después,
otoño de 1903*

Gabriele D'Annunzio, novelista, poeta, dramaturgo, periodista, político y un sinfín de ocupaciones más, era de ese tipo de hombres que encandilaba a las mujeres sin que la marquesa de Casati se explicase *a priori* por qué. Era bajo, calvo, feo y veinte años mayor que ella. Pero media hora después de su primer encuentro cara a cara, ella supo que aquel hombre iba a llenar su cabeza, más que su cama, de maravillosas inquietudes.

—Qué placer conocerla, marquesa, he oído hablar de usted y de su amor por el arte tantas veces que no entiendo por qué no hemos tenido el gusto de encontrarnos antes de esta fría mañana de caza —anunció con mucha pompa D'Annunzio, besando con detenimiento la mano enguantada que le tendía una Luisa que miró a aquel hombre como desde una atalaya, impresionada por su mermada estatura.

—Encantada —dijo escueta, con una sonrisa medida.

Luisa Casati pocas veces regalaba su felicidad en entornos tan inhóspitos como ese, obligada por no sé qué apariencias que nunca cumplía, pero que de vez en cuando necesitaba seguir por el bien de su hija y de esa ficticia estructura familiar que tan bien le funcionaba.

—Su marido habla continuamente de usted, y siempre bien, por supuesto, es una pena no haber coincidido antes —insistió él con una risita floja.

—Las cosas suceden cuando deben —afirmó Luisa.

—Me lo tomaré entonces como un reto para recuperar en nuestro presente todos estos años perdidos de conocimiento sobre su persona —sonrió pícaramente sin darse cuenta de que la marquesa no movía ni una ceja.

Pero cuando no habían pasado ni dos horas de aquel primer encuentro, en las que aquel curioso personaje no había dejado de preguntar cosas y de contar mil anécdotas sobre viajes, pinturas, gentes y libros, no en vano había publicado con diecisiete años su primer libro de poesía, *Primo vere*, antes de llegar a la Universidad de la Sapienza de Roma y vincularse a sus grupos literarios, Luisa ya había caído rendida a su hechizo sin remedio.

—¿Cómo me ha dicho que se llamaba su primera novela? —preguntó, coqueta. Lejos había quedado su porte altivo.

—No se lo he dicho aún, si no, no lo habría olvidado —le aseguró.

—¿Usted cree? —Alzó una ceja.

—Estoy convencido, porque usted sabe disfrutar de los placeres de la vida. Se llama *Il piacere*. Y será eso mismo, un placer, que usted me lea —le confirmó, volviendo a coger su mano y besando con más detenimiento aún la piel de su guante.

—*Il piacere* será mío, no le quepa la menor duda —sonrió tan teatralmente que Camillo Casati, que observaba a su mujer en la distancia, intuyó que aquel día iba a ser el inicio de algo que cambiaría definitivamente el rumbo de sus vidas.

Y así fue, aquel domingo frío Luisa y Camillo Casati cambiarían el rumbo de sus vidas y no solo en las mermadas cuestiones maritales. También en el imaginario de una mujer que siempre había sido loca, transgresora, liberal, libertina, culta, enigmática y tantos otros calificativos con los que la definían los corrillos de la alta sociedad italiana.

Esa cacería, un acto social que a Luisa le revolvía el estómago porque amaba profundamente a los animales salvajes, fue el revulsivo para empezar a convertirse de verdad en esa mujer liberal y libertina que señalaban las damas de su condición social. Y lo iba a hacer con toda la intención y el placer del mundo.

La marquesa iba a ser desde ese momento para D'Annunzio la mismísima Koré, el otro enigmático nombre de Perséfone, la diosa griega del inframundo. Y para ella él sería Ariel, el espíritu travieso que servía al mago Próspero en *La tempestad* de Shakespeare. Y así se llamarían en su intimidad.

Nada más llegar a Venecia, había abandonado aquella jornada de caza extasiada con todas las cosas que le había ido contando Gabriele D'Annunzio, se emborrachó, sola, encendiendo en su boquilla parisina de ébano un cigarrito tras otro, de esos morenitos y gustosos que le conseguían los lacayos que habían llegado desde el otro lado del Atlántico hasta Europa con todas sus malditas bendiciones, como ella solía llamarlas.

Pensó en Mariano Fortuny y en el curioso destino que se empeñaba en embriagarla con hombres que nunca estaban libres.

Pensó también en Bruno del Amor, él daba igual si estaba libre o no, porque siempre lo tendría cerca cada vez que lo necesitase y eso la reconfortaba.

Y pensó en que necesitaba hacer muchas de esas cosas locas con las que había fantaseado desde niña y jamás había llevado a la realidad porque la sociedad en la que había nacido no se lo permitía.

—¿Quién narices se cree que es la señora Sociedad para decirme a mí lo que puedo o no fantasear? ¿Quién? —empezó a balbucear, mirándose a un espejo que la retrataba enajenada por el alcohol, pero llena de hechizantes misterios—. ¿Acaso le digo yo a la señora Sociedad cómo tiene que comportarse? Te maldigo, Sociedad, te maldigo una y mil veces —gritaba y reía, apurando sus vasos de licor como si fueran de agua y fumando altiva, descalza, recorriendo su alcoba, abriendo y cerrando cajones y sacando ropas y joyas para volver a mirarse una y otra vez

en sus espejos.

Y cuando el nivel del licor oscuro de su exquisita botella de cristal tallado veneciano estaba a punto de llegar al cuarto final, se recostó en el diván, ya vencida por el alcohol, hasta quedarse profundamente dormida.

Y soñó que la vida era una inmensa fiesta maravillosa que no tenía intención de desaprovechar nunca más.

No había amanecido aún, pero pudo ver cómo muchos de los balcones que se asomaban a la plaza de San Marcos se encendían, como luciérnagas en la oscuridad de un bosque de piedra, llenándose de hombres extasiados y de algunas mujeres, escondidas tras los visillos y los cortinajes, que no querían perderse el espectáculo.

Cruzó la plaza en un paseo sinuoso y casi etéreo, sus ojos ennegrecidos como la misma noche. Su cuerpo, desnudo, estaba cubierto por un inmenso mantón de la China, de seda, bordado con un riquísimo jardín oriental con un exquisito hilo de oro. Lo había creado su amigo Mariano Fortuny, seguramente bajo la mirada escrutadora de Henriette Negrin y toda su sabiduría textil. Esa que nadie se atrevía a decir en público, pero que muchos pensaban que era la mano ejecutante de los diseños del maestro.

En su cuello, una serpiente viva movía su cabeza silente, hechizada por el andar de su dueña. A su derecha, seguía su paso un guepardo bellissimo, de sigiloso caminar, ataviado con un inmenso collar de perlas tan gordas que en la distancia brillaban como candiles. Y, dos pasos por detrás, iba Garbí, su criado nubio, que iluminaba el camino de la marquesa, en la oscura y fría noche veneciana, con un gigantesco candelabro de velas blancas, dejando tras de sí un reguero de cera virgen sobre el suelo empedrado de la ciudad del agua.

A pesar del rigor del otoño cumplido, ella cruzó descalza la plaza, sintiendo cómo los adoquines rozaban la piel de sus plantas con fría pero sedosa serenidad. Llevaba las uñas pintadas de un rojo tan oscuro que parecía sangre. Los ventanales del *caffè* Florian se iluminaron a su paso, uno a uno. No había bullicio dentro, pero el servicio, que ya calentaba cocinas y salones para los desayunos, se había pegado a los cristales para disfrutar de la locura de su clienta más fascinante. Como hacían los niños en Navidad, arrimando las narices a los cristales de los escaparates de las confiterías y las chocolaterías de la ciudad.

—¡Loca! —gritó una mujer al amparo cobarde de su cobijo desde el interior de uno de los balcones de la plaza, rompiendo la quietud un instante. La marquesa ni se inmutó, siguió su cadencioso caminar, escoltada por sus fieras y el chisporroteo de la cera de las velas.

—¡Bruja! —volvió a rasgar la noche un grito desgarrado de una de esas mujeres escondidas tras los visillos.

—Arderás en el infierno por bruja —escupió otra con veneno desde lo alto de uno de los balcones arrojando a la plaza un cubo de agua hirviendo. Y el silencio se hizo más mudo aún

después del rugido del guepardo, mirando amenazador al balcón de la osadía.

Cuando estaba a punto de terminar de cruzar San Marcos, la luz del amanecer tiñó de un rosa achampanado el cielo, los viejos edificios de la ciudad y la inmensa plaza, de ese color que solo sabían apreciar las mujeres y los hombres que admiraban el arte, la cultura, la moda y la misma vida.

Y, en aquella nebulosa vibrante, ella se esfumó.

—Buenos días, señora, le he preparado el baño con agua bien caliente, su aceite y sus clavos. — Corrió el criado los cortinajes dejando que el sol del otoño invadiese por completo la alcoba.

—¿Tan temprano? Acaban de dar las nueve —cuestionó, extrañada, mirando el reloj francés de bronce y porcelana rosa que custodiaba el tiempo desde la repisa de mármol de la chimenea.

—Así lo ordenó ayer, señora, dijo que tenía muchos asuntos que resolver antes de preparar el equipaje para su viaje —le recordó el criado.

—Gracias, Garbí, he dormido tan profundamente que no sé ni a qué hora caí en ese trance que me tiene como ida —se justificó, incorporándose en la cama con una sonrisa al ver la vida ahí fuera inundada de luz.

—La ayudé a acostarse a las once, señora, se había quedado dormida en el diván, debió de llegar agotada de su día de cacería —explicó, correcto, sin nombrar ni un segundo el estado en el que había caído, como a plomo, después de beberse casi tres cuartos de la licorera de la *grappa* roja que él mismo había recogido del suelo.

—Qué haría yo sin su ayuda siempre, Garbí. No puedo ni quiero pensar en no tenerlo en casa un día —sonrió.

—Siempre es un placer servirla —dijo sin pestañear.

—Gracias —respondió sincera, mirando el perfecto orden en el que se encontraba todo a pesar de las horas tan tempranas.

—Le he dejado sobre su mesa un paquete que ha llegado esta mañana a primera hora —le anunció.

—¿Quién lo envía? —volvió a extrañarse de que aquella mañana todo el mundo se hubiese puesto de acuerdo en correr por la vida como si les faltasen horas. Ella no tenía intención de correr, le dolía la cabeza.

—Lo trajeron del taller del señor Fortuny —añadió, ahuecando algunos cojines y recolocando las flores frescas para que todo estuviese perfecto.

Luisa dio un brinco hasta la mesa y se apresuró a abrir la caja. Contenía un tarjetón con una nota y un maravilloso turbante con las mismas flores bordadas en oro de aquel jardín oriental del mantón que vestía en su sueño.

Querida Luisa:

Te mando este turbante que hemos creado con una pequeña pieza que sobró de la confección del mantón que te hice el año pasado. Espero vértelos algún día en una de tus fiestas, tan divinamente locas como tú.

Te extraño.

Mariano

Soltó la tarjeta sobre la mesa y corrió hasta el vestidor. Allí estaba, en su caja de cartón forrado de algodón blanco inmaculado, como una pandereta sobre una antigua bombonera, aquel envío que le había hecho un año atrás como disculpa tras un encuentro desafortunado, un regalo no bien recibido de aquel cuadro de Cecilia Madrazo y una estúpida discusión sobre si el amor dolía o no y que ella, aunque nunca lo reconocería, no había abierto en su día porque estaba enojada y, después, lo había olvidado por completo, hasta ahora. Notó que el corazón se le aceleraba. Deshizo el lazo que cubría la caja, la abrió y gritó de la emoción. Se encontró, en todo su esplendor, el mantón que cubría su desnudo en la noche de su sueño.

—¿Está bien, señora? —preguntó asustado su criado volviendo a la alcoba.

—Nunca he estado mejor, nunca jamás —enfaticó con una carcajada, recordando su sueño tan nítidamente que pudo volver a oír los gritos de loca y el rugido de su guepardo.

—Loca, sí, pero viva y feliz —se dijo en voz alta cuando Garbí ya había salido de la estancia, acercándose al balcón. Se prometió en ese mismo momento que un sueño así era como una profecía y que haría todo lo necesario para que fuese cumplida.

Cuando se sumergió en la bañera, recostada en uno de sus bordes con los pies apoyados en lo alto del otro, descubrió con sorpresa en los inmensos espejos de su *toilette* que tenía las plantas negras como si de verdad hubiese vagado media noche descalza por la ciudad. La cabeza le dio mil vueltas de repente y no supo distinguir la realidad de la ficción. Pero nada importaba ya, porque se sentía tan bien que el dolor de cabeza provocado por el exceso de *grappa* se había esfumado por completo entre las aguas de aquella bañera y los rayos de sol que invadían la mañana más bonita de su nuevo mundo.

*Caffè Florian,
12 de octubre de 1903*

Las mujeres orondas de Giacomo Casa vigilaban serenas la Sala Oriental del Florian. Luisa Casati encendió un cigarrillo y soltó una bocanada de aquel humo blanco y semidulzón.

—He pensado en hacer aquí una pequeña fiesta antes de salir de Venecia por un tiempo, necesito volver a algunos lugares para recolocar mi vida —anunció Luisa a un Bruno que la miraba de reojo, sin dejar de observar el humo que ascendía, tan misterioso como su amiga, desde su altivo cigarrillo hasta enturbiar las pinturas de Casa.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó desconcertado, intentando encontrar un atisbo de risa en las comisuras de sus labios que delatase que estaba utilizando el sarcasmo, pero no lo halló.

—Nunca he hablado más en serio —añadió ella, exhalando una bocanada de humo que llenó el pequeño espacio que los separaba a cada lado de la mesa.

—Pero ¿a dónde vas y hasta cuándo? —la interrogó sin saber muy bien si quería de verdad averiguarlo.

—Tengo que resolver algunas cosas fuera de la ciudad y quiero cambiar de residencia aquí. Para que todo eso suceda, debo dejar a mi hija con su padre por un tiempo. A veces, la vida te pone en situaciones que te hacen pensar si el presente que tienes te hace feliz y qué esperas del futuro. No es nada grave, es un simple momento de tomar aire y pensar en mí —suspiró.

—¿No eres feliz? —Bruno ladeó la cabeza, entristecido por la posibilidad de separarse de su amiga por un tiempo. Por ella había llegado a Venecia y pensar que ahora se iba le dejaba a la deriva en la ciudad. A París no quería volver, eso lo sabía seguro. Al menos, no solo.

—Soy feliz a ratos, como todos los seres humanos. Si alguien cree que la felicidad es continua y eterna es que no ha entendido nada de la vida, o que está mal de la cabeza, que es peor aún —sentenció.

—Yo no puedo quedarme aquí solo si tú no estás, Luisa —le aseguró, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella se quitó los guantes con parsimonia. Lo cogió de las manos con fuerza, sin perder todo su halo de misteriosa y divina extravagancia y le devolvió la mirada, sin decir nada, durante un larguísimo minuto.

—Nadie ha dicho que vayas a quedarte solo —pronunció despacio, intentando proteger,

como siempre había hecho, a su amigo.

—No tengo a nadie más importante en Venecia que tú; si te vas, ¿quién me cuidará cuando lo necesite? Mariano ha cambiado mucho. Tiene un compromiso de vida que nos aleja irremediabilmente —se lamentó.

—Mariano no ha cambiado, Bruno, ha cambiado su vida por esa maldita mujer, pero él sigue siendo el mismo, en el fondo. —Alzó una ceja, mirando al cielo.

—Da igual por quién sea, el caso es que ya no puedo verlo cada vez que quiera, y eso nos distancia, aunque estemos tan cerca —aseguró.

—Ella es la culpable de que todo haya cambiado. Pero volverá a nosotros, solo deja que el tiempo y el destino se encarguen de ello. —Sonrió con ese gesto maléfico que Bruno conocía tan bien.

—No sé qué haré si te vas, tengo que pensarlo bien —dijo preocupado.

—No tienes nada que pensar, no vas a quedarte solo porque te vienes conmigo. No sé el tiempo que voy a estar fuera, y pretendo volver a este Gran Canal por todo lo alto en cuanto arregle mi mundo más personal. Pero Garbí y tú os venís conmigo mientras tanto. Dure lo que dure este trayecto y ya volveremos, no sé cuándo, pero te juro que volveremos —anunció, sin estar dispuesta a negociaciones, guiñándole un ojo.

Bruno la miró con el corazón agradecido. Sintió una vez más que la vida nunca se detenía. Y pensó que un viaje siempre era una buena manera de recolocar muchas cosas y aventurarse en otras nuevas. Venecia podría esperar. Porque si algo sabía de verdad, era que volverían. No sabía cuándo, pero lo harían.

Noviembre de 1903

Nadie había conseguido cerrar el *caffè* Florian desde su inauguración en 1720, salvo los momentos convulsos de la revolución, sus diferentes restauraciones y ampliaciones o el arte. La ciudad y sus clientes históricos habían visto echar su cierre para convertirse en hospital temporal durante la revolución veneciana de 1848 contra Austria. Cuarenta y siete años después, tras la costumbre de Riccardo Selvático, el entonces alcalde de la ciudad, y de algunos intelectuales de reunirse en la mítica Sala del Senato del café, había sido la sede de la primera Esposizione Internazionale d'Arte de 1895, una exposición bienal de arte que homenajeaba al rey Umberto y la reina Margherita. Muchos de sus participantes ni siquiera imaginaban entonces que aquella cita sería el nacimiento de la Biennale di Venezia y que aquel lugar sería una sede para la historia.

Había tenido que llegar a la ciudad la extravagancia de una milanese sin patria fija, ni ley, la marquesa de Casad, para convertir esa misma Sala del Senato —impregnada de las pinturas *El Siglo de las Luces* y *La civilización que enseña a las naciones*— en el lugar, inusualmente privado por una noche, para recibir a sus grandes amigos en la ciudad y despedirse de ellos por un tiempo. Solo la vida marcaría cuánto sería.

Cuando Mariano Fortuny recibió la invitación dejó el tarjetón sobre la mesa, miró abstraído los colores vivos de uno de los tejidos que colgaban de un inmenso perchero de hierro en el ruidoso y caótico taller de la buhardilla del Palazzo Pesaro degli Orfei, y pensó en Henriette. Y en Bruno.

—La marquesa de Casad nos invita a una fiesta de despedida esta noche, se va de la ciudad por un tiempo —dijo sin mucha pompa, quitando toda importancia al evento, cuando Henriette llegó del mercado. Traía flores envueltas en un cucurucho de papel de estraza. Tan frescas y coloristas a pesar de los rigores de diciembre que a Mariano se le antojaron como una señal de que estaba feliz. Así que cruzó los dedos para que ese instante de felicidad no se empañase.

—¿Y a dónde se va la muy loca? —preguntó mientras se quitaba el abrigo, dejaba los paquetes sobre una silla y metía las flores en una de las vasijas en las que ella misma experimentaba con los tintes antes de aplicarlos a las telas.

—No lo sé, la verdad. Ni siquiera sabía que tenía la intención de marcharse de Venecia. No al menos de esta manera tan repentina —intentó explicarse, dándole vueltas a la cabeza sin hallar un

motivo concreto para tan fugaz invitación. Aunque ahora se veían tan de cuando en cuando que habría sido complicado encontrar las razones.

—Se habrá aburrido de la ciudad, ahora que estoy yo aquí y os veis mucho menos —sonrió con cierta malicia, notando cómo Mariano levantaba una ceja de desaprobación.

—La marquesa no se aburre nunca, es imposible. Y no creo que yo fuese su pasatiempo o, en todo caso, no el único —añadió con sorna.

—¿Dónde dices que es la fiesta? —preguntó, sabiendo que no había dicho el lugar.

—En el Florian, así que supongo que será una velada tranquila con amigos muy íntimos y pocas sorpresas —volvió a quitarle importancia.

Henriette, que se había percatado desde el primer momento del irrelevante tono usado por Mariano para anunciarle la invitación, guardó silencio unos segundos, entretenida arreglando las flores, pensando si quería disuadirla de su asistencia, o todo lo contrario, porque no quería ir solo.

—¿A quién va dirigida la invitación? —rompió el silencio cuando Mariano ya estaba en otros quehaceres, después de mirar de reojo la carta sobre la mesa, consciente de que su nombre no estaba escrito en el sobre.

—A mí, pero en su texto habla en plural. Luisa estará encantada de que vayas —mintió.

—No lo creo. Y si fuese así, tampoco os iba a dar el gusto de comprobarlo. Ve y disfruta de la cena. Por mí no te preocupes —respondió, atusándose los rizos que se le habían escapado de su informal recogido.

Caffè Florian

Había empezado a jarrear cuando Mariano llegó al Florian, igual que aquella primera vez en la que todo empezó entre Luisa, Bruno y él. Por un momento pensó que la marquesa de Casati tenía la divina capacidad de orquestar las nubes, el sol, las estrellas y las tormentas. Se detuvo en el soportal, miró hacia ese lugar donde antaño estaban sentados y no los encontró. Un río de agua ahogaba la habitualmente concurrida terraza. Uno de los camareros, con su chaquetilla blanca impoluta y su pajarita negra rectísima en su cuello, abrió las pesadas puertas. Y allí estaban, insultantemente sofisticados, la marquesa de Casati, su vestido chal oriental y su turbante bordados en oro. A su lado, su inseparable Bruno del Amor.

—Bienvenido, señor Fortuny. Lo estábamos esperando —pronunció ella, mirándole hasta los confines de su alma.

—Bien hallado, marquesa, le agradezco de corazón esta invitación. Me siento muy honrado —pronunció, nervioso.

—Me alegro de verte, amigo —sonrió Bruno como si nada hubiese pasado nunca, dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, Bruno, sigues siendo un amor —respondió Mariano, tragando saliva para llevarse con ella todo el orgullo que los había mantenido alejados durante tantos meses.

—Entremos, solo faltabas tú, querido. —Luisa le invitó a pasar y recorrieron juntos, entre el bullicio de aquella reunión llena de caras comunes, el camino hasta su lugar en la mesa.

Allí estaban Piero Amato, Luca Cavalier, Garbí, Mariano Fortuny y Bruno del Amor, sentados a la misma mesa, con el mismo rango de comensales, sin importar qué eran o dejaban de ser en la vida. Ese día solo importaban las personas y lo que habían aportado al corazón de la marquesa durante este último año en Venecia.

Cuando todos estaban ya extasiados de comer y beber, Luisa hizo tintinear su copa con la cucharilla del postre para captar su atención y se despidió de ellos con una emoción que nunca habrían entendido sus detractores.

—Querido Piero Amato, la primera vez que te vi pensé que eras un desgraciado sin escrúpulos, porque habías hecho tu fortuna a costa de las desdichas de los demás. Pocos saben en esta ciudad que mi Palazzo Romola es un homenaje a tu inmenso corazón y a todas esas familias

que tú ayudaste a salir de un pozo comprando su dolor y ensalzando su gloria. Luca Cavalier, nunca voy a olvidar que tu angosto local me ha provocado los mayores placeres de Venecia y también mi mayor dolor, pero eso es también la vida y por eso te seguiré admirando. Garbí, hoy eres uno más en esta mesa porque tú eres uno más en mi familia. Mariano Fortuny, qué honrada me siento de que el destino nos haya cruzado por en medio tantas veces en nuestra vida hasta atropellándonos, ya formas parte de la mía hasta que me muera. Bruno del Amor, amigo, solo puedo decir que, sin ti, mi vida nunca tendría sentido. Gracias a todos, también a los demás por hacer que esta última noche en Venecia sea una de las más importantes de mi vida.

Cuando la marquesa terminó, un aplauso largo y sonoro llenó de magia el viejo *caffè* Florian.

Y Mariano se topó de frente, una vez más, con todo su hechizo y también con la dulzura de aquel Bruno del Amor, tremendamente maduro y guapo, al que amaba con todas sus fuerzas y que no podía dejar de llorar.

Sintió un pellizco en el pecho. Ella le guiñó un ojo que delataba un perdón sincero. Él le sonrió con generosidad, como si los meses no hubiesen pasado extrañándolo cada día. Y en la inundada plaza de San Marcos, de repente, dejó de llover y las candelas volvieron a brillar.

Quedaban solo unas horas para que saliese de Venecia con la marquesa de Casati sin saber muy bien qué le deparaba el futuro más cercano. Bruno se sentó en el alféizar. Había terminado de recoger sus bártulos, los restos de sus pinturas una vez liquidados los últimos cuadros y los pocos enseres que le quedaban por empaquetar.

Iba a echar de menos la libertad que respiraba desde esa fachada que miraba al palacio. Recordó la de noches que había pasado sentado en ese alféizar mirando en la distancia, imaginando lo que haría Fortuny bajo aquellas cubiertas hasta que se apagaban las luces de sus ventanas. Estaba allí sentado, con un vaso de *grappa* en la mano, cuando llegó Mariano.

—Pensé que ya no nos veríamos más —lo recibió con un beso en la mejilla. Él le devolvió una sonrisa sincera.

—Y no deberíamos haberlo hecho, pero el caso es que aquí estoy —dijo él con esa voz profunda y medida que a Bruno le encantaba escuchar cuando se acurrucaba en su regazo.

—¿Y por qué has venido entonces? —lo cuestionó enfadado.

—Porque en la fiesta de despedida de la marquesa me di cuenta de lo mucho que me importas. Aunque eso no quita que no pueda permitirme tener todo lo que quisiera contigo. Seguro que me entiendes —se lamentó, sabiendo que lo volvía loco.

—Yo no debo rendirle cuentas a nadie, salvo a mi propia conciencia, y esa la tengo tranquila desde hace tantos años que no me atormenta lo que piensen y opinen los demás —mintió. Pero la verdad era que sí le hacía llorar el saber que, por lo que pensasen y opinasen otros, él y Mariano habían dejado de verse desde la llegada de Henriette a Venecia un año atrás. Y que las contadas veces que lo habían hecho había sido con la excusa de una fiesta o reunión social de la marquesa.

—Los dos sabemos que sí te inquieta, no le quites importancia a lo que te atormenta —le pidió, acercándose a él, mirando juntos ahora aquellas cubiertas que se erguían sobre los muros de piedras cálidas y poderosas del Palazzo Pesaro degli Orfei en el cercano Campo San Beneto.

—Si lo sabes, no hiciste nada para paliarlo durante estos larguísimos meses. Yo siempre estuve aquí, esperando una señal. Fíjate lo cerca que estamos y lo lejos que nos hemos mantenido —dijo con pesar, señalando con la mano la distancia que separaba ambas ventanas sobre los tejados de la ciudad.

—Tienes razón, no puedo decirte otra cosa. Pero ya sabes la explicación. —Se intentó convencer, respirando con placer el olor dulce y fresco que emanaba de la piel de Bruno cuando la

brisa cambiaba de rumbo.

—Hubo un tiempo en que encendías cada anochecer un candil en una de esas ventanas —dijo sin dejar de mirar al horizonte. Creía que nunca se apagaría, ni tampoco todo eso que vivimos durante muchas veladas en la Società della Cattiva Vita, pero una noche tu candil dejó de encenderse y ya nunca más lo vi iluminando tu ventana—. Notó que las lágrimas le empañaban la vista.

—Habría querido que fuese de otra manera, te lo juro, pero entendí que algo se había roto entre nosotros porque seguía enamorado de Henriette —se excusó Mariano débilmente.

—¿Se puede estar enamorado de dos personas a la vez? —le preguntó Bruno a la desesperada, sabiendo que su respuesta no cambiaría el rumbo de sus presentes ni el inminente viaje por Europa con la marquesa, pero necesitando saberlo antes de irse.

—Sí, se puede, lo sé bien, aunque no podamos permitirnoslo —le respondió abrazándolo, sintiendo cómo aquel hombretón temblaba como un niño indefenso al romper a llorar sin consuelo, besando sus rizos mientras lo mantenía apretado contra su pecho.

* * *

Esa noche, cuando ya nada se oía en la ciudad y el mundo dormía, Bruno se sentó en aquel alféizar por última vez sin saber en qué momento volvería a Venecia. Y, cuando estaba a punto de acostarse, vio encenderse el candil de nuevo, meses después, en la ventana del Palazzo Pesaro degli Orfei. Sintió que el corazón se le esponjaba de felicidad y que aquel amor que sentía no iba a morirse nunca por mucho que se empeñase la vida.

Las palabras de Luisa Casati resonaron de nuevo en su cabeza: «Volveremos, no sé cuándo, pero volveremos».

Y supo que el destino le tenía reservada otra partida.

INTERLUDIO

*Palazzo Pesaro degli Orfei,
Campo San Beneto*

En los años que sucedieron a la marcha de Luisa Casati y Bruno del Amor de aquella Venecia loca y efervescente en la que habían vivido su encuentro y muchas de aquellas emociones que forjarían el corazón más oculto y sensible de Fortuny, la admirada pareja artística formada por Mariano y Henriette se había recluso, entre viaje y viaje por Europa, en las entrañas del Palazzo Pesaro degli Orfei para convertir ese destartado lugar en su hogar y fuente de inspiración.

Pocas veces salían a actos sociales, a pesar de que la ciudad seguía viviendo sin límites los dulzores de una *belle époque* que había impuesto en la vieja Europa nuevos y ansiados valores que fomentaban el capitalismo, la ciencia y el progreso. Y donde el arte, la moda y la tecnología estaban generando una transformación cultural y económica en todas las capas sociales de la población, no solo en la aristocracia.

El sello de Fortuny, que era un conjunto armonioso de dos creadores excelsos, viajeros y apasionados de mil culturas, se había instalado en aquel edificio del siglo XV no solo con la colección de cuadros, tejidos, alfombras, tapices y antigüedades de Mariano, sino creando un estudio y un taller de estampación de telas y confección de vestuario que iba creciendo día a día a pasos agigantados.

Su fama había corrido ya por encima de la ciudad de Venecia para llegar a muchos otros lugares.

Mariano y Henriette aplicaban diferentes técnicas de estampación para conseguir colores exclusivos creados a través de infinidad de mezclas. Los impregnaban en las fibras de sus tejidos, convirtiendo sus diseños en prendas exclusivas que bebían de los terciopelos brocados del Renacimiento veneciano, del arte hispano-morisco, de los tejidos turcos del XVII, el rococó francés o los estampados orientales y africanos.

Ambos se habían convertido con placer y dedicación en dos alquimistas que estudiaban el color con fórmulas secretas y recetarios de tintoreros milenarios.

Una de esas noches en las que Mariano se quedó dormido, extasiado de tanto trabajo y estudio, pero feliz de lo que juntos iban consiguiendo, Henriette se sentó a contemplar todo aquello que habían conseguido.

Lejos quedaban su llegada intempestiva a Italia y la tragedia que había supuesto para Fortuny que su madre y su hermana la rechazasen de aquella manera.

Escuchó de nuevo, como si lo estuviera viviendo en ese mismo momento, el estruendo que precedió al derrumbe del *campanile* sobre la plaza de San Marcos y el estallido de aquella taza de su suegra, de porcelana china, pintada con mil colores que se habían ahogado en aquella mañana letal.

Y se convenció, satisfecha, de que, si al *campanile* lo estaban reconstruyendo con éxito, ella no iba a ser lo único que quedase derrumbado después de aquel día en la vieja ciudad de Venecia.

Del corazón del Palazzo Pesaro degli Orfei había salido lo que Fortuny había bautizado con el nombre de Delphos, tras su visita a Grecia en 1906 y su interés por la cultura griega clásica.

El Delphos era un vestido túnica, plisado, de raso de seda, que habían logrado apretando y retorciendo la tela mojada hasta conseguir arrugarla en todo su largo. La técnica la realizaba una máquina formada de poleas y tubos a modo de rodillos que se calentaban y que el mismo Fortuny había inventado en el taller.

Inspirado en el quitón que usaban en la antigua Grecia, como esas túnicas sencillas confeccionadas con dos rectángulos de tejido que sujetos a los hombros caían libremente por el cuerpo, Fortuny había retorcido sus telas hasta crear *ese* plisado que formaba estrías llenas de matices y donde el color se irisaba mágicamente según la incidencia de la luz. Lo había rematado con un cordoncillo de seda y aplicaciones de cuentas de cristal de Murano. Cada modelo era único y se bañaba manualmente en cubetas donde se mezclaban hasta quince tintes distintos, consiguiendo tonalidades irrepetibles.

Lo habían patentado en París en 1909, aunque en el taller del palacio vivían algunas piezas mucho antes, que Henriette solía vestir con placer, aunque no saliese a la calle durante días.

De muchas jornadas de estudio y empeño habían nacido hasta las cajas redondas, como antiguas sombrereras, selladas en su tapa con el nombre de Fortuny, donde el Delphos se transportaría años después hasta cada clienta, enrollado como en una madeja sobre sí mismo.

Ambos se habían enamorado de aquel vestido, pero su primera creación, algo que ya había experimentado en su piel la marquesa de Casati, había sido el chal Knossos, una especie de mantón velo inspirado en ese himatión griego que envolvía los cuerpos, enrollado sobre un hombro y que la pareja había patentado en 1906 en París.

Eran felices en aquel encierro. Mariano sabía que todo lo que le había enamorado de la magnética Henriette Negrin estaba condicionado por el arte.

Una de esas noches en la que la observaba en silencio mientras ella trabajaba afanosa en el color de sus tejidos, Bruno del Amor volvió a sus pensamientos. Entendió que su mujer no era una excepción y que él solo se había enamorado en su vida, desde que tenía uso de razón, de personas que amaban el arte, como él mismo, por encima de todas las cosas.

Y cuando Henriette se fue a dormir, subió sigiloso hasta la buhardilla del Palazzo Pesaro degli Orfei, abrió una de sus ventanas y encendió aquel candil que había estado apagado durante

los últimos años.

Y sonrió feliz, a pesar de saber que Bruno no estaba en esa distancia que separaba sus ventanas para recibir sus señales. Pero, de alguna manera, aquella llama encendida lo reconfortó, y supo que la vida volvería a ponerlo en su camino.

SEGUNDA PARTE

*Palazzo Pesaro degli Orfei,
15 de julio de 1910*

Nada quedaba de aquella vieja y destartalada buhardilla que había sido el refugio de Fortuny tras la hecatombe de esa mañana en la que Cecilia de Madrazo y Henriette Negrin se conocieron. Nada.

—Hoy hace ocho años que dormimos por primera vez aquí. ¿Te acuerdas? —le preguntó Mariano a una Henriette que seguía teniendo la misma piel de porcelana, a pesar del paso de los años. Y sonrió con placer infinito, como si no hubiese un rincón más cálido, protector e importante en toda la tierra que aquel esplendoroso palacio en Venecia.

—Entonces era una simple buhardilla polvorienta y húmeda en el último piso de este irreconocible lugar lleno de gentes, de tabiques mal formados, de humanidad, de moho y de ruido —respondió Henriette, mirando con placer la exquisita nostalgia que el dinero y el tesón de ambos habían robado al tiempo para volver a convertir el edificio en ese antiguo palacio de los Pesaro.

Se habían recuperado, tirando muchos tabiques de los *pàrteghi* del primer piso, esos grandes salones que conectaban las estancias con las escaleras hasta la entrada principal, como amplias salas de recepciones. Esos salones tan venecianos en el Palazzo Pesaro degli Orfei iban de la fachada principal de Campo San Beneto, con sus maravillosos arcos góticos apuntados, a la sencilla fachada del canal de Ca'Michiel. La estancia más grande del palacio, en la segunda planta, albergaba ahora el taller de las telas. Ahí confeccionaba, teñía, estudiaba, creaba y vivía la pareja todas las disciplinas del arte.

El primer prototipo del Delphos permanecía en la sala, como una estatua sin rostro, con esa seda plisada en color azul acerado, con destellos de plata, entre las cenefas y los murales florales que convivían con esas paredes enteladas sobre las que colgaban cuadros y tapices de mil colores. Una escultura clásica, de un hombre desnudo, en contraposición a su creación del Delphos, vigilaba la inmensa sala justo a las puertas de la generosa biblioteca.

—Sin ti nada de esto tendría esta inmensa belleza, ni habríamos recorrido juntos parte de Europa, ni tantos sueños se habrían cumplido —manifestó Mariano en voz alta delante de Henriette, observando el Delphos bajo las mágicas cúpulas y paredes de un edificio que sentía

como si hubiese construido él mismo con sus manos.

Se acercó a su mesa de trabajo en la biblioteca donde le habían dejado, como cada día, la correspondencia. Pasó una a una las cartas hasta toparse con la letra ampulosa y hechizante de la marquesa de Casati. Rasgó el sobre, los labios impresos y las letras encarnadas, como la *grappa* que custodiaba para ella en sus bodegas el *caffè* Florian, llevaban el extravagante y encantador sello personal de Luisa Maria.

Querido Mariano:

Me alegra saber que habéis vuelto de París a tiempo para la fiesta de inauguración de mi nueva residencia.

Me instalé definitivamente hace un par de semanas en el Palazzo Venier dei Leoni, pero no había tenido tiempo para recibiros a todos mis amigos como os merecéis.

Sé que Henriette y tú no sois de reuniones sociales, pero te prometo que será una velada sencilla e íntima y, si no venís, me sentiré profundamente triste.

Bruno y yo te echamos de menos. Han pasado muchos años. Es el momento de volver a encontrarnos.

Nos vemos el jueves 21 de julio al caer la tarde.

Con todo mi cariño y admiración sublime,

Tu marquesa, Luisa Casati

Pensó en ella, en esas picantes noches de Venecia. Y en Bruno. Sobre todo, en el pelirrojo de Bruno. Y sonrió feliz.

Dejó el tarjetón sobre la mesa y cerró los ojos unos minutos. No quería que nada le robase ese rubor de placer que había sentido al volver a saber de ellos.

Después respiró profundo y alzó la voz para que Henriette le escuchase desde el corazón de la sala, donde andaba trasteando con los tejidos ya teñidos.

—La marquesa de Casati nos invita a una sencilla fiesta de bienvenida en su nueva residencia en el Palazzo Venier dei Leoni.

—No hay nada sencillo en Luisa Casati, Mariano, tú lo sabes mejor que nadie —exclamó, mirando la imprimación que acababa de aplicar en uno de los nuevos prototipos de tela fruncida con los que había estado experimentando a través de un tejido adquirido en París las últimas semanas.

—Me harás el favor de decir que sí iremos, aunque sea un rato. No me gustaría que se enojara si no lo hacemos —pidió casi en un ruego.

—Lo pensaré, pero sabes que puedes ir solo sin que me ofenda que me dejes en casa tranquila y solitaria.

—¿Tanto te gusta que te abandone? —preguntó, curioso por saber qué respondía.

—Nada me da más gusto que el silencio de esta sala cuando cae la noche y tú no estás por aquí controlando mis sueños —sonrió con placer infinito.

—¿Te vas a perder el espectáculo de su nueva casa?

—Con gusto —aseguró.

—Seguro que ha cambiado hasta el último cojín de sus inmensos divanes —cotilleó inusualmente.

—Me han dicho que ha estado tantos días trasladando baúles, cuadros, enseres y muebles que no queda un mozo en Venecia con la espalda sana. No sé si me da más curiosidad que pereza —resopló ella.

—Será divertido, nunca hacemos nada divertido —imploró Mariano con tono infantil.

—No creerás que va a ser un pequeño encuentro, ¿verdad? Conociendo el ego de la marquesa no habrá nadie ilustre en la ciudad que no pase por esa fiesta —sentenció Henriette.

—Claro que no. Estará toda Italia y media Francia, no me cabe la menor duda. ¿Y acaso no es eso un motivo más que suficiente para ponerse al día y dejar de ser dos ermitaños por unas horas? —se burló de sí mismo.

—Licor habrá como para que no quieras volver a una de sus fiestas en mucho tiempo, eso me consuela.

—No seas malvada, un licor de más no le hace daño a nadie y hace buenos compañeros de entretenimiento —dijo, pícaro.

—Pues te dejo ir y que te tomes un licor de más, yo disfrutaré aquí de la lectura, en silencio, hasta que el sueño me venza.

Mariano sonrió pensando en aquella *grappa* abrasadora de las noches de la Società della Cattiva Vita y de aquel primer encuentro en el *caffè* Florian.

Pasó los dedos por las letras del nombre de Bruno en la caligrafía de la marquesa y sintió que el corazón se le agitaba por unos segundos y la boca le ardía. En verdad era la vida con ellos, pensó, la que siempre ardía.

A primera hora de la mañana de ese 21 de julio en el que la marquesa inauguraría por todo lo alto su nueva residencia en Venecia, llegó al Palazzo Venier dei Leoni bajo la custodia de la empresa de mudanzas más discreta de Italia el inmenso lienzo de dos metros de alto y tres de ancho en el que la marquesa de Casati posaba desnuda integralmente.

Una vez desembalado el cuadro por los lacayos, a las órdenes de Garbí, Luisa se detuvo delante de él, erguida, mirando cada trazo, sintiendo cómo un inmenso escalofrío le recorría todo el cuerpo.

El velo de seda aquel que recordaba sobre su piel, las noches que habían pasado en la vieja buhardilla del Palazzo Pesaro degli Orfei entre pinceles, cigarrillos y vasitos de *grappa*, pasaba casi desapercibido en la obra. Mariano la había mostrado al mundo sin artificios, con toda su sexualidad descubierta, como a un animal salvaje, orgulloso de su poderosa belleza natural.

Mandó que lo colgaran en el mismo *hall* de entrada, mirando de frente al Gran Canal.

Abrió el pequeño sobre que habían dejado los encargados del transporte y leyó con placer las palabras de su amigo.

Querida Luisa:

Por fin terminé tu retrato hace un tiempo, pero tú ya no estabas cerca.

Ha permanecido en el almacén de mi estudio hasta hoy, sin que viera la luz.

No se me ocurre mejor momento para que el mundo te observe en él y te conozca de verdad que en esta vuelta a la ciudad y a tu nuevo Palazzo Venier dei Leoni.

Te lo mando con ese mismo amor con el que lo pinté durante muchas de nuestras noches juntos y muchas otras sin ti.

Con él saldo, además, la deuda de nuestro enfado y de aquel generosísimo regalo que nos hiciste a mi madre y a mí hace ocho años.

Verás que no lo he firmado. No lo tomes como una cobardía, sino como un acto de caballerosidad para que no estemos en la boca de los que nos odian. Todos tenemos a esos que un día nos odian.

Tuyo es, tuyo soy,

Mariano

Luisa se guardó la carta en el escote y volvió a deslumbrarse con el retrato.

No se creyó el acto de caballerosidad al que alegaba en aquella misiva, sabía que no lo había firmado por pura cobardía. Pero el lienzo era tan sublime y ella lo quería tanto que nada más le importó.

Y entendió que el miedo era una parte lícita de esta cobardía en los hombres, y lo aceptó con generosidad, pero también con la altivez de ser mujer y valiente, y sabiendo, además, que no tendría años en su vida para agradecerse.

*Palazzo Venier dei Leoni,
21 de julio de 1910*

Pocos minutos antes de que llegasen los primeros invitados, la marquesa de Casati ordenó a Garbí que vertiese las limaduras de cobre en las chimeneas para mantener las llamas verdeazuladas.

En la entrada del palacio permanecía el inmenso lienzo de ella desnuda sin la firma de Mariano Fortuny.

Bebió un sorbo generoso de la *grappa* roja que maceraba durante meses en las frascas de la bodega y que decían las doncellas que eran capaces de limpiar las lámparas de cristal sin frotar, simplemente con una mínima pulverización de esa bebida misteriosa del color de los rubíes, y empezó a empolvase la cara hasta palidecer. Lo hacía con rapidez y tenía tanta maestría en su ritual de belleza que conseguía en segundos marcar sus ojos hasta la profundidad de una noche sin luna con el kohl árabe que le traían de París. Ese mismo que usaban las cantantes líricas dramáticas de medio mundo para ensombrecer sus miradas y que, como en el antiguo Egipto, se fabricaba con galena molida por sus propiedades cosméticas y antibacterianas.

Sacó del cajón secreto del tocador su botellita de cristal tallado con belladona y se aplicó una gota en cada ojo. Esa pócima, conocida ancestralmente como «hierba de las brujas» y que en las ofrendas a la diosa de la guerra Atenea provocaba el resplandor en la mirada de los soldados, le dilataba y oscurecía las pupilas hasta convertirlas en dos misteriosos y brillantes azabaches.

Se recogió la melena rojiza en un moño inmenso, se clavó una púa de ébano en lo alto para después deshacer ligeramente el recogido en un ademán de lánguida nostalgia y se embadurnó los labios con aquella pequeña lata labial del color de las moras maduras que siempre usaba para marcar sus besos en las pieles de sus amigos más estrambóticos.

Se miró al espejo fijamente y se guiñó un ojo antes de levantarse, desnuda aún, pero calzada ya con sus *pumps* barrocos eduardianos de terciopelo negro como el hollín, para abrir el armario y sacar su vestido Delphos, el primero de Fortuny, que ni siquiera se había presentado en sociedad, y que llevaba en su armario, como si de un tesoro se tratase, desde hacía semanas.

Se lo puso sobre la piel, sintió cómo sus pezones se endurecían al contacto con el tejido plisado y se lo ciñó con sus manos a su diminuta cintura para mirarse una última vez al espejo

antes de salir de su alcoba. Apuró el último trago de la *grappa* roja, se perfumó el cuello con dos toques certeros y salió triunfal.

Cuando la marquesa de Casati entró al salón principal del palacio, donde sus galgos campaban entre los invitados con sus correas enjoyadas, flanqueada por sus dos guepardos a los que sacaba a pasear como si fuesen dos perritos de compañía, se hizo un murmullo sonoro de envidias y chismorreos.

Las damas habían dejado de observar las ascuas chispeantes coloreadas y las tintineantes lámparas de cristal, atónitas.

Los caballeros, que bebían y fumaban entre carcajadas, posaron sus ojos en ella con escandalosa admiración. Luisa, ajena a todos los que la rodeaban, se topó con la mirada profunda y cómplice de dos hombres muy distintos, pero con muchas más cosas en común de lo que todos los invitados creían, Bruno del Amor y Mariano Fortuny y Madrazo.

El reloj del salón tocó nueve larguísimas campanadas, el aire parecía haberse congelado mientras tanto, antes de que Garbí se llevase a los guepardos y la marquesa empezase a saludar a sus invitados caminando de grupo en grupo con su hechizante altura.

Volvió a notar que sus pezones se endurecían y que aquellos hombres que ya habían marcado para siempre ocho años atrás, de una u otra manera, la historia de su vida volvían a reunirse ante ella despertándole todos los sentimientos del mundo.

Luisa Casati y Camillo Casati Stampa di Soncino tenían un curioso matrimonio.

Vivían separados, en distintas casas, y a menudo en ciudades tan lejanas que pasaban meses sin comunicación.

Las señoras destacaban de ella su merecida reputación de mujer fatal, los hombres su fascinante misterio y sensualidad para moverse en cualquier ámbito de la vida.

Y el mundo de las artes admiraba su profunda cultura e ingenio, esos que la habían convertido en una leyenda entre los artistas de medio mundo y en una poderosa valedora como anfitriona de los Ballets Russes. La famosa compañía de *ballet* y ópera había sido fundada por Sergei Diaghilev. Y este se había rendido como amigo y admirador ante el poderío inconmensurable de Luisa Casati.

La primera noche de las candelas verdes, como Bruno del Amor había definido a esa grandiosa fiesta con la que Luisa había inaugurado su residencia en el Palazzo Venier dei Leoni, estaba Sergei Diaghilev hablando animadamente con un grupo de artistas y diseñadores, entre los que se encontraban Mariano Fortuny y Paul Poiret, cuando interrumpió la marquesa.

—Qué gusto volver a veros, amigos. Paul, tengo muchas cosas que pedirte para mi nueva etapa en la ciudad —le guiñó un ojo, coqueta.

—Estoy deseando instalarme unos días en tu Venier dei Leoni; me fascina todo, querida, todo —enfaticó Poiret con su pomposa gesticulación.

—Sergei, te agradezco que hayas hecho un hueco para mí en plena segunda temporada parisina de tus Ballets Russes, brindo por ello —levantó su copa al aire con un guiño, sin dejar de mirar al hombre que lo acompañaba.

—Estoy feliz con la temporada; *Sheherezade* y *El pájaro de fuego* me tienen dulcemente enloquecido, pero no me habría perdido esta fiesta por nada del mundo; todo París hacía quinielas con tu lista de invitados. Me traje a mi amigo Pablo Picasso; quería conocerte —dijo, haciendo un gesto con la mano entre ella y el pintor. Los ojos de la marquesa se hicieron más intensos por un instante.

—Qué alegría tenerle en casa, *monsieur* Picasso, me fascina su visión del mundo en su loco pincel. Espero que esté cómodo en mi humilde morada —trivializó, sabiendo que sus invitados estaban fascinados por la jungla suntuosa y enigmática en la que había convertido el viejo palacio, llenando sus salas de muebles de medio mundo y de ese arte emergente, tan de la corriente de

Picasso, que no siempre sabían entender algunos de sus invitados.

—La humildad es una virtud vulgar y valorada en exceso, se aleja totalmente de la excelencia, marquesa —pronunció Pablo, cogiendo su mano y dejando un beso húmedo en su piel sedosa.

—La humildad, con una buena dosis de ironía, hace de un chascarrillo una obra de arte llena de armonía, *monsieur*; ya me lo contará cuando no pueda beber más *grappa* sin pasar por la *toilette* —insinuó, clavando ahora en Fortuny sus ojos negros pero brillantes, como carbones encendidos.

—Y, por cierto, marquesa, enhorabuena al maestro queja pintó desnuda, hizo mal en no firmar tan excelente obra porque es tan indiscutible su autoría que algunos pensarán que algo esconde —lanzó la bomba Picasso, guiñando un ojo a Fortuny y sembrando un murmullo por toda la fiesta que a Luisa la excitó en lo más profundo de todos sus secretos.

—Querido Mariano, no hay nadie en esta fiesta que no me haya preguntado por ese cuadro y por tu Delphos. O empiezas a hacer nuevas piezas de este vestido y a venderlas por el mundo o todas estas mujeres me lo arrancarán a jirones como si fuese mi propia piel. Seguro que se mueren por verme desnuda como en ese cuadro —ironizó, malvada.

Mariano, que había perdido el color por unos segundos, obvió la mención al lienzo y sonrió, excitado, del halago público, de volver a verla y de saber que esa noche volvían a juntarse los tres amigos de aquellas fiestas de máscaras, *grappa*, besos y secretos.

En ese mismo momento, Bruno del Amor entraba en el salón desde el jardín con su porte de dios griego, y Pablo Picasso se excusaba para hacer caso al consejo de la marquesa y pasar por el baño de los hombres.

Sobre el retrete, el pintor español se topó con una de sus propias *Mujeres en azul*. Y sonrió, sabiendo que no habría en Italia, por mucho tiempo que pasase, nadie tan fascinante y generosa como la inefable marquesa de Casati.

Llamaban al Palazzo Venier dei Leoni «*il palazzo non finito*». Nunca se supo bien si fue la invasión francesa, la ruina familiar o la maléfica leyenda que decía que la familia Córner había hecho lo imposible para que no se terminase el edificio, ya que su altura habría ensombrecido las vistas que disfrutaban desde una de las esquinas del palacio renacentista Córner della Ca'Granda.

El caso era que aquel esplendoroso palacio que la familia Venier encargó a Lorenzo Broschetti en 1749 nunca llegó a concluirse. Y las tres plantas de su proyecto glorioso en el corazón del Gran Canal se habían quedado en una única, limpia, blanca impoluta, construida con piedra de Istria y llena de la magia de esos edificios que son lo que son por las circunstancias de la vida.

Desde su grandioso jardín interior se escucharon, como una premonición, las campanas de la cercana basílica de Santa María della Salute, entre el tumulto de la fiesta de la marquesa de Casati, en el mismo momento que Fortuny y Del Amor volvían a encontrarse cara a cara, siete años después.

—Me llevas esquivando media noche —protestó Mariano, cogiendo a Bruno del brazo y llevándoselo a un rincón tranquilo del jardín.

—No es verdad. He estado atendiendo amablemente a algunos de mis clientes —se excusó débilmente, sabiendo que él tenía toda la razón y que se moría de ganas y de miedo a la vez por el reencuentro.

—Sí, ya me han dicho en distintos lugares que te has convertido estos últimos tiempos en un pintor de locuras envidiadas y que muchas amigas de la marquesa te encargan tus obras de gran formato para llenar sus salones de esas locuras que nunca se atreverán a cometer en sus propias vidas —soltó con un tono tan mordaz e inusual que Bruno supo al instante que estaba profundamente enojado.

—¿Así ves mi trabajo? ¿Así me ves? —preguntó ofendido, mirándolo fijamente a los ojos, recordando de golpe aquellas palabras sabias sobre el amor y el dolor que pronunció la marquesa años atrás convirtiéndolas en un debate más que acalorado entre los tres amigos.

—Hace tanto que no te veo que ya no sé qué pensar, la verdad, así que te valoro a través de los ojos de otros. Ellos, al parecer, te ven más a menudo que yo —protestó de nuevo, ahora con la voz menos alta, sabiendo que Bruno era un hombre más delicado que peleón. Más sensible que visceral. Y mucho más cariñoso cuando lo trataban con dulzura. Lo conocía bien.

—Es difícil verte cuando nunca sales del Palazzo Pesaro degli Orfei ni acudes a ningún lugar desde que entró en tu vida Henriette. Por no decir que os habéis vuelto una fórmula indisoluble, como cuando mezclas óleos hasta crear un color nuevo y ya no hay forma de separarlos nunca más porque se han transformado en algo diferente. Ya no eres el Mariano que conocí —le explicó, triste.

—Los tiempos nos cambian, no cabe duda, pero, en esencia, seguimos siendo lo que somos hasta que nos morimos. El interior de las personas no cambia nunca, solo lo hacen sus circunstancias. ¿No lo crees? —Mariano le pasó una mano por el pelo alborotado, sonriéndole.

—Me gustaría creerlo, pero me cuesta hurgar en tu interior. ¿Tienes miedo de mí? Solo necesito saber si sientes lo mismo que antes de tu nueva vida. Yo te he extrañado cada día de la mía —lo retó, mirándolo fijamente a los ojos, sin parpadear.

—No es miedo, Bruno, es solo que la vida a veces distancia y separa a las personas de manera irremediable. Muchas de esas veces, contra su voluntad.

—Pero no las cambia —protestó.

—Mi interior no ha cambiado. Encendí mi candil hace siete años, la misma noche que salí de tu buhardilla. Lo hice con la intención de que no te fueras. Quizá no supe decírtelo a la cara, o no me atreví.

—Lo sé. Lo vi. Y me hizo sentirme inmensamente feliz —le prometió.

—Pero aun así te fuiste y no supe nada de ti —se lamentó Mariano.

—A veces no podemos cambiar el rumbo de las cosas, aunque lo deseemos con toda nuestra alma. Aquella noche dudé, no dormí ni un minuto. Estuve a punto de cancelar mi viaje con Luisa y gritarle al mundo que estaba enamorado de ti. Pero no lo hice para no hacerte daño. Me creas o no, me fui derrotado, pero pensando que era lo mejor para los dos. Para mí, porque no tenía el valor de enfrentarme al silencio. Para ti, porque ese silencio que a mí me aplastaba era tu salvación. Ahora sé que no me equivocaba. Hay cosas que no cambian, tú sigues con Henriette y yo he aprendido a volar solo. —Lo miró con todo el amor que aún seguía sintiendo.

—No sé qué decir, Bruno. Me has ganado la batalla —susurró cabizbajo.

—No hay vencedores en esta batalla, Mariano, hemos perdido los dos.

—Sí los hay, me temo. Henriette nos ha vencido a ambos. Sigo siendo el mismo de siempre, pero con poco tiempo libre y pocas ganas de incomodar a mi esposa. Ella jamás comprendería nuestras andanzas. Así que sí, ella nos ha ganado —sentenció.

—Ahora resulta que te has casado y no nos hemos enterado —protestó Bruno sin saber muy bien si quería escuchar la respuesta.

—Es una forma de hablar. No me he casado legalmente aún, pero tenemos algunos registros y patentes en común, lo que, a efectos de la ley, más allá de todo, la convierte en parte de mi empresa y de mi vida —puntualizó.

—¿Y a efectos del corazón?

Se hizo un silencio.

—El corazón y la razón son elementos muy dispares —afirmó Mariano al fin.

—A mí me interesa el corazón, la razón ya está siempre ahí para cortarnos los sueños. Quiero saber de tu vida personal, de lo que sientes, no de tus empresas —retomó, notando que la voz se le quebraba.

—¿Qué necesitas saber de mi corazón, Bruno? —Se acercó hasta tenerlo tan cerca, como

tantas otras veces en el pasado, que podía notar sus respiraciones agitadas.

—Necesito saber si te duele —le susurró en la cara, sintiendo que todos los pelos se le erizaban.

—Qué rápido pasa la vida. Recuerdo como si fuera ayer, aunque hayan transcurrido los años, aquella noche de la bola de los secretos. Luisa defendía que el amor siempre duele. Yo me reí de ella por dentro, convencido de que era una más de sus locuras. Ahora la entiendo mejor, pero no sabría qué responderte. No sé si es el amor el que duele, o su ausencia. No sé si es el corazón el que se resiente o es un simple impulso en nuestro cerebro —divagó Mariano sin saber qué responder exactamente.

—¿Te ha dolido no verme todo este tiempo? —reformuló Bruno su pregunta, arrinconado ya por el abrazo de Mariano contra uno de los setos que dividían el jardín en distintas estancias. Notó de nuevo ese olor a madera y a menta de su piel y el aroma inconfundible del aceite con el que mantenía su barba limpia y brillante.

—Tanto que no sabría explicártelo con palabras —susurró sin dejar de mirarlo, deseando por un momento que el tiempo volviese atrás, como cuando los niños intentaban manejar torpemente las agujas de un viejo reloj de juguete.

—No hables, pues. —Lo besó despacio, cruzando los dedos de una mano escondida detrás de la espalda con el infantil deseo de que no lo rechazase.

Y cuando notó sus dientes mordiéndole con dulzura los labios y el calor húmedo de su lengua, se abrazó a él con fuerza comprobando que las lágrimas volvían a delatar una vez más aquella verdad que los unía desde siempre. El amor dolía.

El amor dolía, claro que dolía. Pero Bruno se sintió plenamente feliz de cada uno de los pinchazos de ese dolor, porque, gracias a ellos, sabía que ambos se seguían amando en alguna medida, por muy distintas maneras que tuvieran cada uno de valorar el amor y su dolor y por muchas diferencias que hallaran en sus vidas.

Luisa Maria, que había llegado casi hasta ellos justo cuando se abrazaban, se paró en seco y permaneció callada, en la distancia prudente que separaba el bullicio de su fiesta y el paraíso en el que ese jardín se había convertido para sus viejos amigos.

Disfrutó como una niña viendo cómo sus amigos se abrazaban, se hablaban mirándose a los ojos y se comían a besos para después volver a mirarse una y mil veces, sin importarles nada más en ese jardín que ellos mismos y el tiempo que habían perdido de quererse tanto.

Le vinieron de golpe los recuerdos de su infancia, el amor de unos padres que la vida le había arrancado de cuajo a tan temprana edad, el perfume dulzón de su madre cuando le dejaba un beso de buenas noches en la frente y ella se hacía la dormida con el placer infinito de escuchar cómo le susurraba todo lo que la quería.

Recordó a su madre hablarle de aquel cuadro eterno, *Los hijos del pintor en el salón japonés*, sin saber que un día volvería a encontrarse con parte de su historia.

El amor estaba en su vida, pensó orgullosa, desde que recordaba su memoria. Lo estaba en su estado más puro, con todas sus efervescencias y todos sus dolores.

Se abrazó a sí misma rodeando su cuerpo con sus brazos cuando la brisa nocturna de julio, a orillas del Gran Canal, empezaba a ponerle la piel de gallina.

Miró al cielo con gratitud. Lo encontró lleno de miles de estrellas esa noche de un 21 de julio que nunca olvidaría. Cerró los ojos con fuerza, para retenerlas en la memoria, como cuando jugaba con su hermana de niñas en los jardines de sus veranos.

Cuando los abrió, sonrió llorando de alegría por todo lo que la vida les había puesto en el camino a Mariano Fortuny, a Bruno del Amor y a ella.

Los miró una vez más en la distancia, seguían en su maravilloso momento de amantes reencontrados. Respiró profundo, hinchando el pecho y llorando de puro gozo.

Y, cuando creía que la noche no la podía sorprender más ni hacerla más feliz, las campanas de Santa Maria della Salute volvieron a tañer, como encargadas por ese destino que siempre había estado marcado desde el inicio de los tiempos.

La música seguía sonando a lo lejos en esa verbena eterna del salón principal, abierto al jardín, de aquel curioso Palazzo Venier dei Leoni que la marquesa de Casati había resucitado del olvido.

El sol entraba por todos los rincones llenando las salas del Palazzo Venier dei Leoni de una luz cálida e intensa ese 22 de julio, día de Santa María Magdalena.

Bruno despertó desnudo entre las inmensas sábanas blancas con las que la marquesa vestía todas sus camas. Estiró los brazos buscando el recuerdo de la noche en las huellas arrugadas del algodón. Su amante se había ido antes de que amaneciera. Sabía que eso iba a seguir siendo así, por mucho que pelease por un trono en el que ya se había instalado con otros derechos la misteriosa e impertinente Henriette Negrin. Cuando salió al jardín, guiñando los ojos bajo ese sol incandescente hasta alcanzar la sombra bajo la que desayunaba la marquesa, se preguntó si había merecido la pena esperar todos esos años para descubrir lo que ya sabía. Que ni él podría ocupar nunca el lugar de esa francesa en la vida de Fortuny, ni este se lo permitiría.

—Buenos días, mi pequeño abejaruco —sonrió Luisa, entornando los párpados con parsimonia, con los ojos sombreados aún por parte de ese humo negro intenso en el que convertía su mirada las noches de fiesta.

—¿Qué diantres me has llamado? —La miró, frunciendo el ceño, analizando su rostro, los restos de su maquillaje sobre su piel pálida y el contraste con el rojo encendido de su cabello, recogido en un moño alborotado.

—¿Qué narices es diantres? —preguntó ella, arrogante, sirviendo un café humeante y negro en dos tazas.

—Diantres significa diablo. Viene del francés. Y, en España, se utiliza para dar énfasis a algo que no nos explicamos. Una mujer tan cultivada y con tantos amigos españoles debería saberlo, marquesa —resolvió, con el picante placer de saber que a Luisa le escocería y saltaría como una gata.

—Abejaruco es un pequeño pájaro con muchas plumas de colores vistosos, muy común en España, que se alimenta de abejas, es decir, de las creadoras de un manjar tan artístico como la miel. Un español cultivado debería saberlo —le devolvió, el dardo, sonriendo como solo ella sabía hacerlo, sin que los músculos de su cara se inmutasen.

—Así que soy como un pájaro de color chillón que come abejas. ¿Algo más nítido que quieras decirme? —preguntó, bostezando y zambullendo grotescamente un generoso trozo de pastel en su taza.

—En realidad, tú eres dulce y poco chillón, pero chilla el color de tu pelo y el niño que llevas

dentro cuando te enojas —sonrió con encantadora malicia.

—Al menos, el color de mi pelo es natural, marquesa —soltó con una malevolencia que no sabía conseguir.

—Estás enojado, está claro —afirmó ella con una sonrisa compasiva.

—¿Me ves enojado? —susurró sereno para contradecirla.

—Si no lo estuvieses un poco, no habrías metido medio pastel del paraíso en tu taza. Acabas de hundir toda la sutileza de la vainilla y la mantequilla en la negrura de tu café. Es extraño en alguien tan coqueto y delicado como tú —añadió.

—¿Me estás llamando basto y cursi a la vez? —Levantó una ceja.

—Basto no. Y más cursi que yo, seguro que eres, pero eso tampoco es difícil.

—Más cursi es llamar pastel del paraíso a un simple bizcocho que se inventó una joven novia y que copió un fraile glotón de la Certosa di Pavia —se burló, recordando la leyenda que alguien había contado en la fiesta sobre aquel dulce italiano nacido en Lombardía.

—¿Ves cómo sí estás enojado? No me tengas nada en cuenta. Lo de pequeño abejaruco no era una burla, era un apelativo cariñoso, con toda la ternura que sé que siempre necesitas. —Le sonrió, cogiendo una porción de su pastel con las manos y chupándose los dedos después de ingerirlo.

—No estoy enojado contigo, Luisa. Lo estoy con la vida. Tú sabes bien a lo que me refiero. —Desapareció su sonrisa de niño travieso.

—Lo sé, amigo, lo sé. Pero piensa que, si las cosas te duelen, es porque las estás sintiendo. Y piensa también que creías que habías perdido algo que ayer recuperaste, en alguna medida.

Bruno sonrió livianamente, bebió su café en silencio mientras escuchaba los pájaros de julio que llenaban los árboles del jardín y analizó cada palabra de la última frase de la marquesa. Igual sí que era como un abejaruco. Henriette se llevaba los dulzores públicos de la miel de Fortuny y él se comía en secreto a la abeja, al artista que creaba la magia de esa miel. No era un alivio saber que siempre sería un secreto inconfesable, pero lo consolaba haberlo recuperado. Al menos, ahora lo tenía de nuevo en cierta forma.

El *caffè* Florian siempre olía a bullicio. Daba igual si el aroma era de sus bollos tostados con mantequilla y el café *espresso*, de sus licores o del tabaco que fumaban las italianas en boquillas largas imitando a las francesas que veían en los pasquines que llegaban de París.

Bruno llegó antes de la hora, a conciencia, para sumergirse en ese fascinante lugar. Le gustaba contemplar sin prisa las salas forradas de arte, en su estado más puro. Le hacía sentirse pequeño el pasaje entre el pórtico y el patio de Procuratie Nuove, con su zócalo de piedra de Istria y sus hombres ilustres. Tiziano, Marco Polo, Cario Goldoni, Palladio, Paolo Sarpi, Francesco Morosini, Pietro Orseolo, Enrico Dándolo, Vettor Pisani y Benedetto Marcello vivían en la memoria del local entre los espejos, enmarcados en sus particulares medallones de pan de oro.

Entró unos minutos a la Sala del Senato, la principal, para observar cada trazo de esas dos obras pictóricas *El Siglo de las Luces* y *La civilización que enseña a las naciones* que, enriquecidas por sus paneles históricos, llenaban la estancia de misterio. En la Sala Oriental los pinceles de Giacomo Casa habían tocado con velo a sus generosas y turgentes mujeres. Esa sala y la Ciñese conformaban un espacio aislado en el que los clientes y los artistas de la ciudad cruzaban de una a otra atravesando mágicamente los pasadizos, forrados de espejos, como en un laberinto infinito.

En esa Sala Cinese había quedado con Mariano. Se sentó en su sillón de terciopelo rojo, corrido en esquina, bajo las majestuosas pinturas orientales de Antonio Pascutti. Cerró los ojos, extasiado, como queriendo retener cada instante de esas obras y esos artistas, respiró profundo y el tiempo se detuvo unos minutos de gloria.

—¿Vas a comer con los ojos cerrados o es que te has dormido? —irrumpió Fortuny con ese ímpetu que Bruno recordaba de antaño.

—Estaba soñando despierto, pensando en ellos —respondió, sobresaltado, incorporándose en el sillón encarnado en el que se había recostado durante esos oníricos minutos en los que la medida del tiempo había desaparecido.

—¿En quiénes exactamente? Si se puede saber y si no es nada pecaminoso. —Soltó una tosca carcajada.

—El arte es lo único que no es pecaminoso, nunca, represente lo que represente. Y te haga lo que te haga sentir —protestó Bruno.

—Pensabas en arte... interesante. Pero no sé si estoy del todo convencido de eso que dices de él —reflexionó, tocándose la barba con parsimonia.

—¿De qué exactamente?

—Lo de que el arte nunca es pecaminoso —aclaró Mariano, sin dejar de atusarse la frondosidad de su barba.

—Si un hombre como tú cree que el arte puede ser pecaminoso, ¿qué pensará de lo que pasó anoche entre las sábanas de la cama del palacio de la marquesa? —se preguntó contrariado.

—Yo me he excitado muchas veces observando y pintando. —Bruno lo contempló en silencio. Pensaban de maneras tan distintas que no sabía a veces qué era lo que lo mantenía hechizado por aquel hombre. Mariano prosiguió—: Y me fascina hacerlo, pero es pecaminoso y te mentiría si digo lo contrario —explicó, refiriéndose al arte, obviando la pregunta comprometedora de Bruno, que se quedó en silencio de nuevo, observándolo, mirando después a esas mujeres llenas de misterio que pintó en su tiempo Pascutti.

Ellas vigilaban la vida sin cuestionarse nada. Y así quería hacerlo un día él sin que aquellos a los que amaba tuvieran la necesidad de juzgarlo.

Cuando entró en el salón el camarero con la *grappa* de la marquesa y dos copas de cristal tallado, Bruno volvió de su ensueño desde el mismísimo interior de las pinceladas de Pascutti para comprobar que la marquesa estaba siempre omnipresente hasta cuando ni se la esperaba.

—¿Te vas a beber el licor de Luisa sin pedirle permiso? —protestó.

—Nos lo vamos a beber los dos —sentenció Mariano, llenando las copas.

—Caballeros, la señora marquesa nos dejó el encargo de que les sirviésemos siempre de su reserva particular que tenemos en la bodega. Volveré en un rato para ver qué desean almorzar —informó el camarero, con su chaquetilla blanca inmaculada y su pajarita negra tiesa y recta, como si se la hubiesen dibujado esos artistas que llenaban las paredes del divinamente recargado Florian.

Cuando trajeron la comanda y el licor de la botella había bajado lo justo como para saber que podía discutir sin que se le enredase la lengua, Bruno volvió a la carga.

—Así que crees que somos pecaminosos cuando dormimos juntos. ¿Iremos los dos al infierno? —ironizó, abriendo los ojos teatralmente.

—Si existe, iremos seguro —sentenció Fortuny con la voz ronca por la *grappa*.

—Yo no creo en esas historias, aunque el mundo me condene por eso. Prefiero pensar libremente que la vida es esto que vivimos, bien o mal, felices a ratos, descontentos muchas veces, pero esto.

—¿Crees que los que no piensan como tú no viven? —cuestionó, mirándolo fijamente; los colores de sus mofletes se habían intensificado.

—Pues creo que no. Malviven emocionalmente. Y eso, me vas a perdonar, es una porquería de vida —carraspeó Bruno, aclarándose la garganta, sabiendo que estaba a punto de que la emoción lo ablandara una vez más.

—Eres un romántico sin remedio, Bruno. La vida es mucho más que nuestras emociones físicas, carnales y del corazón. Están las espirituales, las que no podemos capturar con nuestras manos, pero que nos enriquecen el alma y nos hacen vivir también intensamente —intentó explicarle, protector.

—Sé que somos muy distintos. No voy a discutir esa obviedad en este momento. Solo digo que, si tuviese que pensar en si peco o no, o en lo que otros creen que me merezco o no por mis actos, no tendría vida. Si pensase en eso no me habría enamorado nunca, porque soy un proscrito

para muchos. Pero sabes una cosa, prefiero ser un proscrito, un pecador, un pecaminoso inmundo que dejar de sentir. Porque cuando dejamos de sentir dejamos de vivir. Y a mí me da igual si otros dejan de vivir, pero yo no, porque amo cada cosa que me rodea y que me gusta. Amo este *caffè*, sus paredes, nuestras tardes y noches de *grappa* y risas. Amo esta plaza en la que está ubicado y cada esquina que nos rodea. Amo Venecia, París y todos esos rincones del mundo en los que he vivido los mejores y los peores momentos de mi vida. Amo a la marquesa, a su palacio, sus locuras divinas que me entretienen y me enriquecen como amigo. Amo el arte por encima de todo. Y amo, en definitiva, todo aquello que me hace sentir. Y sí, tú estás entre esas cosas, porque te amo. Te amo con toda mi alma. No sé si yo estoy entre las tuyas —finalizó su discurso, con los ojos empapados, pero sonriendo, porque, por primera vez, después de tantos años de besos robados, de noches clandestinas en la Società della Cattiva Vita, de madrugadas más clandestinas aún de cama compartida, de sexos sin nombre y de emociones al límite y hasta de candiles encendidos en esas ventanas que delataban deseos, se había atrevido a llamar a las cosas por su verdadero nombre y a decirle esa realidad que le emanaba por cada poro de su piel desde hacía tantos años.

Mariano Fortuny, que no había dejado de mirarlo ni un segundo con total atención intentando demostrar un mínimo de empatía, volvió a llenar con la *grappa* roja intensa las dos copas de cristal tallado antes de pronunciarse. La alzó, invitando a Bruno con un gesto a que hiciese lo mismo, brindaron y se la bebió de un trago.

—Prometo pensar en todo lo que has dicho. Reflexionarlo y responderte en cuanto pueda verbalizarlo —respondió, mirándolo con una sonrisa de agradecimiento, cogiendo su mano un segundo por encima de la mesa, y apretándola, sin pensar ni en la marquesa, ni en su madre, ni en Henriette, ni en nada más que no fuera Bruno.

La luz de la tarde había empezado a rosear la plaza de San Marcos. La vida bullía en ella porque nunca se detenía.

Esa tarde de julio, Bruno vagó por la ciudad durante horas antes de volver al Palazzo Venier dei Leoni donde Luisa Casati había dispuesto para él, *sine die*, un inmenso estudio-habitación independiente en el invernadero del jardín para darle su espacio, obligándolo a abandonar la vieja buhardilla del Palazzo Romola en la que había estado viviendo y pintando tantos años y en la que ya no cabían sus lienzos enormes, esos que pagaban de buen grado, sin preguntar el precio, sus amigos de la alta sociedad de medio mundo.

—Tú no puedes crear estas maravillas en un lugar tan cerrado, necesitas luz natural, espacio y este jardín maravilloso que nadie disfruta, salvo en mis fiestas. No se hable más. Será un favor mutuo. Tú tendrás tu independencia y yo me sentiré menos sola, porque me bastará con cruzar el jardín para tenerte a mi lado cada vez que te necesite, sabes que los dos somos material sensible —lo había convencido a regañadientes, sin aceptar un no, tirando del mundo de las emociones. Esas que les hacían frágiles en la intimidad a pesar del genio y el carácter complejo de la marquesa.

—Echo de menos mi alféizar mirando al Palazzo Pesaro degli Orfei. Nunca tendría que haber dejado esa renta.

—No te busques en el pasado. Vive el ahora —había resuelto una vez más la marquesa.

Le gustaba caminar en silencio, sin un rumbo fijo, dejando que sus pies lo llevaran, observando la vida. Y, de repente, se vio sentado frente a la basílica de Santa María della Salute. Estuvo largo rato ahí, inmóvil, antes de decidirse a entrar. No creía en nada, había dejado de hacerlo la misma noche en la que falleció su madre, sintiendo que el corazón se le partía en dos tan claramente que había tenido que sujetarse el pecho con ambas manos para no ahogarse del dolor físico. Lo recordó nítidamente.

Cuando se sumergió en las entrañas del templo, que se había construido gracias a la aportación de los venecianos como agradecimiento por haberse librado de la peste de 1630, sintió un escalofrío y, después, una infinita sensación de paz. Caminó tranquilo por su nave central hasta llegar frente a la imagen de la *Virgen con el niño*, símbolo de la Salud que protegía a Venecia de la peste. Se sentó e inclinó la cabeza, sin pensarlo, para rezar por su madre, devota acérrima de la Virgen del Pilar en su España natal, esa de la que había huido tras su muerte.

Y lloró. Lloró desconsoladamente contemplando la majestuosidad de aquel templo. Sobre su cabeza, en los techos infinitos della Salute, *La muerte de Abel*, *El sacrificio de Abraham* y *David* y

Goliath, tres obras maestras de Tiziano, lo reconfortaron, a pesar de la crudeza y tragedia con las que el artista veneciano las pintó siglos atrás.

—Hijo, vamos a cerrar el templo, ¿tiene usted cobijo? —lo despertó el párroco de su ensueño y se vio a sí mismo recostado en su banco con las manos cruzadas sobre su pecho.

—Sí, padre, perdone, vivo aquí al lado —se incorporó, secándose las lágrimas.

—No pida perdón por venir a reconfortar su alma, solo espero que se vaya con menos dolor del que trajo —susurró aquel hombre, cogiendo amable su brazo y acompañándolo hasta la puerta.

—Gracias, padre, vine porque mis pies me trajeron hasta aquí, puede que fuese el destino, no lo sé, pero me alegro de haberlo hecho.

—Venga siempre que lo necesite y lllore si tiene que llorar, nuestra madre Santa María della Salute lo acogerá en su manto —le sonrió bondadoso aquel viejo religioso que, sin darse cuenta, había devuelto en Bruno no la fe por la religión, ni por la Iglesia, sino algo mucho más grande y valioso. Le había devuelto la fe por el ser humano.

Cuando salió del templo, las aguas del Gran Canal se mecían dulzonas, estirando en su brillante y negro manto el destello de las farolas de gas del Véneto. Anduvo sin dejar de mirar al cielo, repleto de estrellas, hasta alcanzar el Palazzo Venier dei Leoni. Entró sigiloso, la marquesa, las fieras y el servicio ya dormían a pierna suelta, y cruzó el jardín de puntillas para no romper la paz y el silencio de ese lugar en el que vivía la misma vida.

No se había levantado aún de la cama la marquesa de Casati, aunque en los relojes que llenaban las diferentes salas del Palazzo Venier dei Leoni ya habían dado las tres de la tarde cuando Bruno irrumpió en su alcoba hecho un despojo humano. Se sentó a sus pies, sobre el mullido colchón, y rompió a llorar.

—Hace años, cada vez que brindábamos y bebíamos, nos divertíamos y éramos felices —dijo Luisa.

—¿Ya no lo somos?

—Pues creo que, desde hace un tiempo, cada vez que lo hacemos, te pones triste y tus ojos se tornan tan oscuros que no sé cómo ayudarte —confesó la marquesa.

—Quizá ha llegado el momento de verbalizar algunas cosas que desconoces de mi pasado —anunció Bruno lloriqueando.

—No creo que nada me sorprenda de tu vida, sea presente o pasado —dijo ella, incorporándose en la cama.

Ambos guardaron un silencio que casi se podía atrapar con la mano. Luisa ahuecó las almohadas, respetando los tiempos de su amigo y cogió un cepillo de pelo de carey que tenía siempre en la mesilla. Empezó su ritual de belleza matutina, sin prisa, hasta que él dejó de sollozar y sintió que ya estaba preparado.

—Sé por qué te quitaste el anillo de oro labrado de tu dedo corazón aquel día que conocimos a Fortuny —soltó de golpe la marquesa sin dejar de mirar a Bruno a los ojos, empapados y tristes.

—Sé que lo sabes —respondió él, rompiendo a llorar de nuevo, conocedor de todos esos secretos, suyos y de su vieja amiga, que nunca habían verbalizado pero que compartían de manera tan mística que asustaba.

—¿Cuándo fue? —preguntó directa.

—Hace tantos años que ni recuerdo bien.

—¿Cómo fue? ¿Dónde exactamente de París? Necesito saberlo todo, por fin, aunque lleve años intuyendo cada minuto de tu pasado con él.

—Era un París que yo amaba —dijo con dolor.

—Ese mismo día que Mariano se sentó en nuestra mesa del *caffè* Florian el anillo desapareció de tu dedo misteriosamente. Y estabas nerviosísimo de repente. Nunca te pregunté el motivo, porque lo supe al instante.

—¿Qué supiste? —preguntó, retóricamente, porque sabía de sobra la respuesta.

—Que el hombre del que te habías enamorado en tu adolescencia estaba delante de nosotros por un juego caprichoso del destino —sentenció la marquesa.

—¿Por qué nunca me lo has preguntado desde entonces? —insistió Bruno.

—Jamás me ha hecho falta preguntarte lo que sientes por él. La única duda que tengo es si él sabe que sigues existiendo o se olvidó de aquel chiquillo y no sabe quién eres hoy.

Bruno guardó silencio unos segundos, sacó el anillo del mismo saquito de terciopelo negro que un día tantos años atrás, en ese París turbulento de su adolescencia, le había entregado Mariano para despedirse de él.

Y cuando Luisa empezaba a impacientarse, levantando una ceja hasta el infinito, se limpió los mocos, se aclaró la voz con un carraspeo que a la marquesa le pareció tierno de puro infantil y empezó a narrar la historia de su vida.

—Conocí a Mariano en el taller de Jean-Joseph Benjamin-Constant, en la École des Beaux-Arts de París. Yo era un crío que ganaba cuatro perras limpiando pinceles y preparando bastidores y lienzos para todos esos niños de buenas familias que llegaban a París para aprender un oficio que ya corría por sus venas. Fortuny había desembarcado muy pequeño en la ciudad con su hermana y su madre, al morir su padre y, años después, empezó a estudiar dibujo y química y a pintar con la eminencia que representaba Benjamin-Constant en la Francia de la cultura más emergente de aquella época. Éramos dos chavalines con la cabeza llena de sueños, pero pertenecíamos a mundos totalmente opuestos. Lo recuerdo con los paños impecables de sus abrigos, sus camisas almidonadas, su piel limpia y perfumada. Yo era un desastre de niño, con la ropa a menudo remendada, las manos sucias y el pelo revuelto como si saliese siempre de una pelea en una cantina.

»La primera vez que me habló el mundo se paró y me regaló su sonrisa. Ninguno de aquellos chavales, con toda su pompa familiar y sus buenas vidas, se habían molestado nunca en decir ni un buenos días cuando llenaban el taller con sus perfumes y sus refinados ademanes de artistas en proyecto, hijos de artistas consagrados. Recuerdo que me puse muy nervioso el primer día que, al acabar la jornada, cuando todos volvían al calor de sus lujosas casas frente al Sena, él se detuvo un segundo y me preguntó que si no me iba a casa a descansar. Le respondí tembloroso que tenía aún que dejar limpio todo el taller. Y, volviendo a quitarse el abrigo y remangándose la camisa hasta los codos, empezó a recoger pinceles, brochas y espátulas y a meterlas en sus latas con sus aceites y sus disolventes. Ese día me enamoré de golpe, como en los libros, sin saber que durante años sería un estigma que marcaría muchas de mis horas más tristes por no tenerlo cerca. Fueron unos meses de vértigo absoluto.

»Todo lo que vivimos en aquel París me marcó para siempre. Un día desapareció, dejando una simple carta en la que me explicaba que nuestras diferencias nada tenían que ver con nuestra condición social, que jamás pensase que eso nos podía separar, sino por nuestra condición de amar. Y que él se había enamorado de una mujer maravillosa a la que había conocido y que no podía seguir alimentando algo que nunca me iba a poder dar. Pero que me iba a agradecer toda la vida los buenos momentos que habíamos compartido esos meses y que me dejaba algo que para él era bonito e importante.

Bruno tomó aire mirando a aquella mujer que tanto lo conocía. Ella pensó una a una las

palabras exactas, mirando en el fondo azulado de esos ojos del niño que un día fue y que habían crecido hasta ser ese hombre especial que tenía delante.

—Te dejó un anillo de su herencia familiar —resolvió Luisa.

—Sí. Él lo llevaba siempre desde que lo conocí.

—Y se deshizo de él en un inmenso gesto de amor verdadero que jamás entendiste.

—Porque nunca pensé que volvería a verlo, pero ese anillo ha estado desde entonces en el dedo corazón de mi mano izquierda, el mismo en el que él lo llevaba.

—Deberías contárselo. Tiene derecho a saberlo.

—No sé cómo hacerlo. Ayúdame, Luisa.

—No tengas miedo a decirle toda la verdad, ella te hará sentirte bien el resto de tu vida. Pase lo que pase.

—¿Y si eso cambia la relación que tenemos ahora y lo vuelvo a perder para siempre?

—Lo que tenéis ahora no es más que un espejismo, lo sabes bien. Todo lo bonito y real se quedó en nuestros días de la Società della Cattiva Vita hasta la noche previa a la llegada de Henriette Negrin.

—No quiero que eso desaparezca otra vez.

—Eso no nos lo va a quitar nadie nunca. Nunca jamás. —Le agarró las manos con fuerza y cariño.

—He maldecido mil veces la llegada de esa intrusa a nuestras vidas —gritó con tanto dolor que a Luisa se le encogió el estómago.

—De nada te servirá eso, solo te dolerá a ti. Cuando odiamos solo nosotros sufrimos porque aquellos a los que queríamos que llegase todo ese odio nunca se enteran. Así que, ¿para qué matarnos en cultivar un odio que tan solo nos envenena a nosotros mismos?

—Sé que tienes razón. Siempre la tienes —lloriqueó.

—No odies a Henriette, ella estaba predestinada a formar parte de su vida y tú lo estuviste hace muchos años.

—No la odio a ella, me duele que él no me diese un lugar.

—Te lo dio, Bruno. Claro que te lo dio —enfaticó Luisa.

—Pues yo nunca lo he encontrado. —Él continuó llorando sin consuelo.

—Si no hubieses estado en un lugar tan importante de su corazón no te habría dejado este sello. —Cogió suavemente el anillo sobre las sábanas y se lo puso a su amigo de nuevo en el dedo corazón.

Bruno se miró la mano, vio cómo aquel sello volvía a brillar en su dedo.

—No te lo quites nunca, por nadie, por nada. La vida tiene cada momento y cada significado. Renunciar a ellos nos hace borrar en parte nuestra historia.

—A veces siento que solo lo he vivido yo, sin que el mundo se detuviese ni un segundo a observarnos.

—Yo he sido testigo de cada segundo de este reencuentro, de cómo te miraba, de qué sentíais ambos cada vez que os tocabais un mínimo pelo. Eso va a estar en tu corazón hasta el día que te mueras. Quizá también después, quién sabe lo que nos espera ahí afuera.

—¿Qué crees que pensará cuando le diga quién soy?

—Pensará en todo lo que ha perdido, estoy convencida, pero nunca lo reconocerá porque su vida es otra muy distinta. Y no podemos luchar contra eso.

—No sé si quiero enfrentarme a ello.

—Tienes que hacerlo, Bruno.

—No sé si estoy preparado para sufrir más —dijo con un hilo de voz, abatido.

—Más te hará sufrir alargar esta agonía. Hazlo cuando estés preparado, pero hazlo.

—Gracias, amiga.

—Yo estaré aquí para recoger tus añicos —sonrió con toda la dulzura que escondían sus facciones altivamente felinas.

—Lo haré un día, Luisa, te lo prometo.

La tarde había caído de golpe sin que se dieran cuenta. La marquesa de Casati abrazó a su amigo justo cuando sus ojos volvían a desbordarse y el bullicio de la ciudad se iba diluyendo con la lluvia, dejando los canales solitarios y las pequeñas embarcaciones a la suave merced de la marea.

56

*Palazzo Pesaro degli Orfei,
31 de julio de 1910*

Sintió que las piernas le temblaban cuando atravesó la pequeña plaza de Campo San Beneto, como si fuese la primera vez. Ocho días después de la conversación en el *caffè* Florian, tras esa fiesta de la marquesa de la que todo el mundo seguía hablando en Venecia, había llegado la misiva.

Querido Bruno:

Henriette se ha marchado unos días a París a revisar y recoger nuevas telas de uno de nuestros talleres franceses.

Esta noche sería perfecto que nos viéramos. He estado pensando en nuestra conversación, y creo que te mereces la respuesta que te prometí.

Te espero en casa al atardecer. Cenaremos algo informal y hablaremos del mundo.

Tengo ganas de verte.

Mariano

El sol se había fugado hacía ya una hora. La fachada del Palazzo Pesaro degli Orfei se alzaba gloriosa bajo un cielo rosado y amable. Hacía calor. Notó un reguero de sudor recorriendo su espalda hasta empapar el algodón ligero de su camisa blanca, bajo aquel chaleco que le había regalado Luisa y que no se quitaba porque se veía más hombre de lo que su pelo rojo y sus pecas aparentaban, a pesar de su generoso torso y de sus brazos fuertes.

Llegó hasta el portón de la entrada, lo habían pulido y oscurecido con un barniz que destacaba sus vetas como venas henchidas. Se peinó torpemente el cabello alborotado, respiró hondo y tocó con la aldaba de bronce. Los tres minutos que tardó Mariano en bajar de la primera planta hasta la entrada del patio se le hicieron eternos.

—Buenas noches, Bruno —lo saludó tan formal que solo supo responder con una sonrisa tímida.

—No puedo creerlo, ¡qué maravilla! —exclamó, mirando alrededor, asombrado de la

majestuosidad en la que habían convertido el viejo y cochambroso palacio que recordaba.

—¿Te gusta? La última vez que viniste estaba muy diferente —sonrió.

—Me gusta tanto que no sabría describirlo. Tendría que pintarlo para expresar todo lo que me provoca —comentó Bruno, perplejo.

—Ayer la marquesa dijo lo mismo. La verdad es que estoy feliz de haber devuelto a este lugar el esplendor que se merecía.

—¿Estuviste con Luisa?

—Sí, vino a verme porque quería presentarme formalmente a una vieja amiga suya que quería adquirir un vestido. Era una mujer curiosa, no dejó de hablar de lo maravilloso que eres —soltó Mariano, cambiando de tema, con ese tono de chascarrillo tan poco común en él.

—Las amigas de la marquesa son fascinantes; gracias a ellas hoy vivo como quiero y eso es algo que no siempre he podido decir —contó, con el orgullo de saber que valoraban sus cuadros locos, en los que muchas veces retrataba a la marquesa rodeada de sus animales salvajes, de sus joyas y de ese misterio de penumbras que tanto le gustaba a Luisa y que él contrarrestaba con colores, junglas, jardines y mitologías llenas de optimismos.

—Me alegra saber que valoran tanto tu talento —dijo, sincero, por primera vez, notando que a Bruno se le encendían los mofletes.

—Gracias, de corazón —respondió con una sonrisa, dándose aire para paliar el calor que había sofocado su rostro en un instante.

—Estoy preparando un viaje a París. Es por un encuentro comercial con un marchante de tejidos, pero me apetece convertirlo en algo más entretenido y aprovechar la invitación de Picasso para vernos en Montmartre con su cuadrilla. Ya sabes, André Bretón, Guillaume Apollinaire y esos sabios locos que frecuentan las fiestas del barrio de los artistas. No hay un sitio mejor para que vengas y te empapes de todo eso. ¿Qué me dices? —Lo miró con esa sonrisa que a Bruno siempre lo convencía de todo.

—Sería maravilloso, no lo dudo, tendré que pensarlo —respondió sin dejarse llevar por la emoción y su locura.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba, pero acepto que lo pienses y me respondas cuando creas conveniente. No dejes pasar mucho tiempo, porque debo prepararlo todo bien, será para principio del otoño —le aclaró.

—Te responderé en cuanto pueda —respondió descentrado. La cabeza le daba vueltas. Igual era el momento adecuado para confesarle, como le había prometido a la marquesa, quién era.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, extrañado por tan poco entusiasmo.

—Sí. Perdona. Tengo muchas cosas en la cabeza y necesito organizarme antes de saber si puedo desaparecer unos días. Además, quería contarte algo —soltó, desprendiéndose de su lastre con la intención de no dar marcha atrás.

—Yo también quería contarte algo, ya lo sabes, te lo debía —dijo, sirviendo vino en dos copas. Esa noche el vino era mejor aliado que la *grappa* de la marquesa.

—Te escucho —se adelantó Bruno, retrasando su confesión, en una tregua que le dejase respirar con serenidad.

—Es sencillo, solo quería decirte que sí —lo miró fijamente a esos ojos azules que tantos sueños le habían provocado los años de ausencia.

—¿Que sí qué? —Bruno se encogió de hombros.

—Que sí estás entre mis cosas que amo y que me hacen sentir. El otro día no quise responderte sin pensarlo porque lo último que pretendo es hacerte daño. Tenemos formas muy distintas de ver y amar la vida. No es mejor una que otra, simplemente son diferentes. Yo amo a mi mujer, a mi familia, a mi trabajo, a esta ciudad, a la marquesa... Y a ti, mucho más de lo que crees. Pero no sé si eso te sirve, o si te decepciona que no te ame como tú dices que me amas a mí —soltó de golpe antes de beber de su copa de vino.

—¿Me amas de la misma manera que amas a tu familia? —preguntó contundente, observando el parpadeo de sus ojos y cómo se agarraba la barba como cuando pensaba sin prisa en lo que tenía que decir.

—Sabes que no —pronunció después de un largo silencio.

—¿Me amas como a Henriette? —volvió a preguntar inmediatamente.

—Sabes que tampoco —dijo sin tener que pensarlo esta vez.

—Entonces no sé si me has respondido. El día que volvimos a vernos, en la fiesta de la marquesa, pensé que me habías extrañado de verdad y que ambos sentíamos lo mismo. Pero luego te retractas de tus palabras y tus acciones, y ya no sé qué soy en tu vida, ni mucho menos qué quieres que sea en el futuro —reflexionó, cabizbajo, pensando que igual nunca tendría que haberlo puesto en esa disyuntiva.

—No todo en la vida necesita una explicación exacta, Bruno, los dos sabemos que los hechos están por encima de las palabras la mayoría de las veces. No me lo hagas más difícil. Quiero que vayamos juntos a París, los dos solos. Eso es mucho más de lo que sabría decirte con una sesuda reflexión sobre lo que amo a Henriette o te amo a ti. ¿No crees? —preguntó, intentando no alterarse, ni incomodarlo.

—Puede ser, no lo sé —dudó unos segundos antes de que él se acercase, se sentase junto a él y lo abrazase.

—Me preguntaste si estabas entre las cosas que amo, ¿no? Pues ya tienes la respuesta, no sé ser más tangible en esta materia. Encendí de nuevo el candil aquel día con la esperanza de que te quedaras, ya te lo dije, pero no lo hiciste. Y la vida ha seguido sin ti todos estos años —se justificó Mariano.

—Lo siento —balbuceó Bruno.

—No te disculpes. Solo quiero que seamos felices a pesar de todo. No quiero que discutamos más.

—Gracias —susurró, dejándose mecer por el abrazo del único hombre que lo era todo para él en la vida.

—¿Qué querías contarme antes? —le recordó sin soltarlo.

—Nada, nada —dijo, quitándole importancia. Sabía que ahora ya no era el momento. O quizá lo era, pero le invadió el miedo y quiso evitarlo.

—Algo sería, no me dejes con la duda —le pidió, separándose unos centímetros y mirándolo a los ojos.

—Te lo contaré en París, te lo prometo. Ahí todo tendrá su sentido —zanjó.

Y esa noche volvió a dormir entre los brazos del hombre que amaba desde hacía tantos años. No podía pensar que naciese otro ser por el que pudiese llorar y reír tanto en toda su vida.

*Bateau-Lavoir, París,
octubre de 1910*

Montmartre seguía oliendo dulce, con todo su caos. Hacía frío cuando llegaron a los alrededores de la place Emile Goudeau donde se ubicaba el Bateau-Lavoir, conocido en París como «La casa del trampero» hasta que Pablo Picasso y su cuadrilla lo rebautizaron como «El barco lavadero» porque su estructura de madera se parecía a los barcos usados de lavaderos en las orillas del Sena. De todas formas, el sol brillaba en un cielo tan limpio que las terrazas estaban concurridas.

Aún quedaban un par de horas para encontrarse con el pintor y se sentaron en una de las mesitas de hierro de los pintorescos cafés a disfrutar de «el pasar de la vida», ese transcurrir que los franceses y los foráneos ejercían sin prisas en esa colina de artistas y románticos que era Montmartre, lejos del señorial centro de París.

—He soñado durante años en volver a estas calles, pero contigo —dijo Bruno con esa voz dulce y encantadora que le salía cuando la felicidad y el miedo a perderla se mezclaban sin remedio en su mente.

—Pues hoy no es un sueño, aquí estamos, bien despiertos —señaló Mariano, sonriendo, dejando que su barba se abriese para mostrar sus labios carnosos y sus cuidados dientes.

—Lo sé, y me siento tan feliz que no sé explicarlo con palabras. Es como cuando eras niño y tu madre te preguntaba al contarte el último cuento en la cama: ¿qué te gustaría tener en la vida cuando seas mayor? Puedes decir una cosa material y otra que no la compre el dinero —recordó con nostalgia aquellas noches infantiles en España y a su madre leyéndole cuentos sentada en su cama, con esa dulzura infinita que solo las madres pueden provocar en sus hijos.

—¿Qué respondías tú? —preguntó Mariano enternecido, celoso de que su madre nunca le hubiese hecho una pregunta tan maravillosa.

—Siempre respondía lo mismo. Lo material era una caja de pinturas. Lo que no podía comprar el dinero era un amor que me quisiese para toda la vida. Muy simple, lo sé, pero es lo que soy —asintió, encogiéndose de hombros y frunciendo los morros como los niños cuando hacían pucheros.

—Eres simple, simplemente encantador —recalcó Fortuny, pellizcándole un moflete, con tanto cariño que Bruno se excitó sin quererlo.

—¿Qué habrías contestado tú de niño? —quiso saber.

—Lo material lo tengo claro, habría dicho siempre un palacio en Venecia. Lleno de rincones para crear. En cuanto a lo que no se podría comprar con dinero, desearía la bondad necesaria para no hacer daño a nadie en el amor —dijo, sabiendo que lo segundo no lo había conseguido y que la marquesa tenía razón en su día, en el amor siempre se hacía daño en algún momento.

—Un palacio en Venecia, qué bonito deseo. Eso ya lo tienes —sonrió, mirándolo con todo el amor del mundo.

El camarero llegó. Habían pedido champán. El bullicio de las terrazas se intensificaba según se acercaba la hora del almuerzo. Olía a pescados fritos en mantequilla, a patatas, a carnes rustidas y a panes y hojaldres recién horneados.

—Un París sin burbujas no me cabe en la memoria —rio Mariano, levantando su copa hacia el cielo, de un azul tan intenso que cegaba.

—¿Me dejas que te lleve mañana a un lugar muy especial? —preguntó Bruno, excitado por el momento, el champán y la felicidad que le provocaba estar a solas con él, lejos de aquella Venecia en la que la presencia de Henriette Negrin siempre era un obstáculo entre los dos.

—Claro que te dejo, ¿adónde quieres llevarme? —curioseó.

—No puedes hacerme preguntas hasta que lleguemos —pidió, juntando las manos delante del pecho, con esa sonrisa nerviosa de los niños ante la propuesta de un plan emocionante.

—Te dejo, con una condición —anunció Mariano, frunciendo el ceño, divertido con ese juego de sorpresas inesperadas.

—¿Qué condición? —preguntó Bruno con una sonrisa nerviosa, observando en Mariano esa inquietud que lo divertía.

—Bueno, mejor con dos —sonrió.

—¿Qué condiciones? —volvió a preguntar curioso, a pesar de saber que Mariano pocas veces era imprevisible.

—La primera, que me cuentes en ese lugar lo que te callaste, misterioso, en aquella cena y que prometiste que me desvelarías en París. —Lo miró fijamente, sin perder ni un momento esa sonrisa divertida que lo mantenía contento.

—¿Y la segunda? —La curiosidad se intensificó.

—Que sea lo que sea, no llores.

—No sé... —masculló.

—No puedo verte llorar, nunca he podido. Se me corta la respiración y se me parte el alma —le confesó, notando que se le encendían al momento las mejillas como siempre que algo lo hacía muy feliz.

—Te prometo cumplir la primera condición —aceptó, agradecido al destino, porque contarle lo prometido era el motivo de llevarlo hasta ese lugar en el que quería volver a sentir muchas cosas con él.

—¿Y la segunda? —insistió Mariano.

—La segunda, tú lo sabes mejor que nadie, es imposible comprometerme. No la cumpliré ni aunque quiera. Soy un llorón. No sé, ni puedo evitarlo. Mi madre se reía de mí desde adolescente porque lloraba leyendo muchos de mis libros favoritos como si todos esos males que afligían a sus personajes me los hubiesen infligido a mí y sus dolores fuesen los míos propios —explicó sin dejar de reír.

—¿Ni esforzándote mucho? —suplicó.

—Ni aunque me regalases tu deseado y conseguido palacio en Venecia —confirmó, travieso, antes de soltar una carcajada, levantar de nuevo su copa hacia el cielo parisino y brindar por la vida.

Bebieron de un golpe. Bruno notó cómo las burbujas subían hasta su cerebro provocándole el llanto inmediato y dos lagrimones recorrían sus mejillas.

—Hoy es de felicidad y por el cosquilleo del champán. Mañana ya no lo sé. —Volvió a reír, secándose torpemente las lágrimas con el puño de la camisa.

Las calles de París brillaban como en una fiesta continua, como aquellas eternas burbujas doradas. Sus terrazas gritaban libertades. Las flores de sus mesas tintineaban mecidas por una brisa que olía dulce. Una pareja de enamorados se robaba besos, confidencias y sonrisas en la mesa de al lado.

Y Bruno pensó que la felicidad era todo eso.

École des Beaux-Arts de París, jardines del Hôtel de Chimay

El suelo se había llenado de hojas amarillas y rojas, creando un grueso manto que a Bruno lo devolvió de un golpe a aquellos años de mozo aprendiz en la vieja aula de *monsieur* Benjamin-Constant en el vasto y fascinante complejo que formaba la prestigiosa École des Beaux-Arts de París.

Le recordó a los almuerzos de aquellos mediodías, tirado bajo las ramas en ese antiguo jardín interior del Hôtel de Chimay, una mansión privada que había comprado en 1852 Joseph de Riquet de Caraman, príncipe de Chimay, y que, años más tarde, en 1883, el Estado francés adquirió para ampliar los talleres de pintura de la escuela de artes parisina.

Cuando llegaron al jardín —habían cruzado mudos ese complejo que ninguno de los dos había vuelto a pisar desde sus años de estudiantes—, Bruno se detuvo en seco y respiró profundo. Seguía oliendo a dulce humedad. Y a sabiduría.

—Este era el lugar exacto al que quería traerte —dijo, sonriendo, nervioso y feliz, mirando a Mariano. La vida los había convertido en dos hombres grandes y apuestos, muy distintos a aquellos dos chavales de pelos revueltos y mejillas encendidas de antaño.

—Es mi lugar favorito del mundo, siempre lo ha sido —respondió Mariano, percibiendo cómo Bruno empezaba a temblar. Lo abrazó con fuerza para que no se derrumbara.

—Tengo que confesarte algo, pero no me interrumpas hasta que termine —le susurró tembloroso, metiendo su mano en el bolsillo en busca de su saquito de terciopelo negro, hurgando en su interior hasta alcanzar el anillo de oro labrado.

—Pero te pedí que me prometieras que no ibas a llorar —le recordó Fortuny, liberándolo del abrazo para mirarlo a los ojos empapados.

—Te dije que eso no te lo podría prometer nunca jamás. Soy así, no puedo remediarlo, y por eso ni siquiera intento cambiarlo —sollozó Bruno.

—Lo acepto. Te escucho —dijo escueto, con una sonrisa llena de complicidad, invitando a su amigo a que empezase con su confesión.

—Hace veinticinco años vino hasta este mismo lugar un simple chaval de pueblo, humilde, que había cruzado los Pirineos para llegar hasta París, enamorado de lo que leía y escuchaba sobre esta ciudad. A través del favor de un viejo conocido de su madre, Jean-Joseph Benjamin-

Constant lo dejó acudir a sus clases y le dio cobijo en su taller a cambio de que se encargarse de ordenarlo y tenerlo siempre limpio, a punto para los alumnos de pintura, escultura y grabado de esta École des Beaux-Arts. Entre aquellos alumnos elegidos —solo ellos podían entrar en tan exclusiva escuela—, estabas tú. Eras mucho más joven que ahora, pero igual de guapo. —Tomó aire, llorando y sonriendo a la vez, antes de volver a su relato. Tocó tembloroso el anillo dentro del bolsillo y prosiguió—: Hace veinticinco años nos vimos por primera vez en este mismo lugar. Yo besaba y chupaba tus dedos y tu anillo de oro para quitarles los restos de pintura de colores. —Sacó tembloroso la mano del bolsillo con el puño cerrado, se la tendió y la abrió. El viejo sello de los Fortuny brilló en su palma.

Mariano lo cogió en silencio, lo observó durante unos segundos, se lo puso en el dedo corazón a su viejo amigo y lo besó, sellando en su mano otra vez, veinticinco años después, un compromiso de vida.

—Supe que eras tú nada más verte aquel día en el *caffè* Florian. Tus ojos no han cambiado. Esos no cambian nunca. La marca del anillo en tu piel, cuando tus manos volvieron sobre la mesa ya desnudas, me lo atestiguaron —dijo Mariano, sereno, feliz de volver a estar en ese jardín idílico del Hôtel de Chimay con aquel chaval al que la vida había convertido en ese hombre sensible y maravilloso.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué nunca me has dicho nada? —protestó Bruno entre lágrimas.

—Tú tampoco me lo dijiste a mí. Pero eso ahora, ¿qué importa? Estamos aquí, en el lugar que fue el inicio de todo. Y la vida y el caprichoso destino han vuelto a juntarnos —sonrió, feliz.

Bruno vio por primera vez cómo los ojos de aquel chico grande se llenaban de lágrimas. Y volvió a besarle y a chuparle los dedos, como hizo tantas veces en su día con aquel muchacho que tenía las manos siempre manchadas de tintes y que olían a deseo. Se abrazaron y la brisa volvió a zarandear los árboles desnudos como si nada hubiese cambiado a pesar del tiempo en el viejo jardín de Chimay.

Se despertó a su lado, sin tener que huir con el alba, como no sucedía desde la llegada a Venecia de Henriette. En París amanecía. Estuvo horas contemplando su sueño, viendo cómo el tiempo lo había convertido en aquel hombre grande y fuerte, cultivado y tremendamente interesante.

—¿Qué me miras? —preguntó Mariano de espaldas.

—¿Cómo sabes que te miro si no me ves? —Bruno sonrió sobresaltado.

—Lo sé. Sé muchas cosas de ti que pocos saben —afirmó desde su lado de la cama sin dejar de darle la espalda.

—Igual crees que sabes más de lo que sabes en realidad —susurró.

—Sé que eres el tipo más sensible y honesto del mundo. Sé que llevas muchos años guardando secretos y emociones. Y sé que siempre lo harás. Y por eso yo nunca me he olvidado de ti, aunque no estuvieses cerca. —Su voz sonaba suave y dulce, a pesar de que la tuviese tan grave y profunda.

—Gracias —dijo escueto, sin saber qué añadir ante esa inmensa declaración de intenciones y de amor en su estado más primario.

—No me las des, soy yo el que tiene que estar agradecido a tu fidelidad y a tu cariño. Por las circunstancias de mi vida, igual no he sido tan generoso como tú, lo reconozco. Pero así es la realidad muchas veces, hace que las relaciones entre las personas tengan vínculos desequilibrados. ¿No crees? —Su voz sonaba clara, por encima de su espalda.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, a pesar de que sabía perfectamente lo que le estaba explicando, pero necesitaba escucharlo para reconfortar tantos años de silencios y de dolor por las ausencias.

—Pues que casi siempre en todas las relaciones, sean de amor, amistad, fraternales o como quiera que sean, una de las partes da más que la otra. Eso no significa obligatoriamente que no sientan, tan solo que no lo saben demostrar o que no pueden dar todo lo que reciben —reflexionó, esperando la opinión de Bruno, que permanecía sentado en la cama a su espalda, atento a cada una de sus palabras.

—No sé qué decir —dudó él.

—Te entiendo. Y sé que en el fondo me entiendes también. Ojalá no me hubiese enamorado de Henriette. Eso, aunque el mundo no nos entendiese, cambiaría mucho las cosas entre tú y yo —le aseguró.

—Yo también querría que fuese de otro modo, pero te entiendo muy bien, Mariano, aunque me cueste aceptarlo.

—Te lo agradezco, porque no quiero que volvamos a distanciarnos por las circunstancias de la vida —le aclaró, sincero.

—¿Y Henriette? —preguntó sin saber muy bien por qué, cuando ya conocía de sobra la respuesta.

—Henriette es mi mujer. Eso ya sabes que no va a cambiar. Pero no quiero que nos separe más. No entendería una tercera huida entre nosotros —zanjó, intentando aclarar las dudas.

—Yo no lo soportaría —le confesó Bruno, emocionado.

—Lucharemos para que así sea. —Estiró su brazo para acercarlo.

—Y quiero que sepas que todo seguirá igual, te seguiré queriendo en la sombra y nada enturbiará tu vida pública —añadió resignado.

—Lo sé, de verdad —dijo aliviado.

—Tu sello seguirá siendo mi mejor secreto de vida —se tocó el anillo y lloró sin hacer ruido.

—Si no supiese cómo eres de honrado, nunca te habría dado ese anillo con el sello de mi familia —afirmó rotundo, dejando que el silencio respetase su llanto antes de que Bruno se acurrucase de nuevo en la cama, se abrazase a él y volviesen a dormirse, aunque en París ya hubiese salido el sol y se hubiesen esfumado todas las incertidumbres.

*Palacio Martinengo,
17 de diciembre de 1910*

Cecilia de Madrazo no solía emocionarse con facilidad en público, de hecho, lo evitaba a toda costa porque le gustaba que el mundo pensase que seguía siendo esa mujer poderosa y fuerte que no se venía abajo por nada del mundo, pasase lo que pasase en la vida. Pero aquella mañana fría de diciembre, tras recibir la misteriosa visita de *monsieur* Durand, de la Société des Antiquaires de France, no había podido contener el llanto delante de aquel hombre y de las doncellas. Intentó hacerles creer que una misteriosa partícula se había alojado en uno de sus ojos, pero la realidad era que la memoria se había hecho presente materializando un dolor que creía que tenía superado tantísimos años después de la tragedia más grande de su vida.

—Con permiso, señora, hay un caballero en la entrada que desea verla —anunció una de las doncellas, entrando en la sala principal donde Cecilia leía cada media tarde, con desmesurada atención, sus libros de arte y de tejidos.

—¿De quién se trata? No esperaba ninguna visita esta semana. —Alzó la mirada, extrañada, hasta toparse con los ojos tímidos de la muchacha.

—Se ha presentado como *monsieur* Durand, señora.

—No conozco a ningún *monsieur* Durand —dijo, abandonando definitivamente la lectura del libro que tenía entre manos.

—Dice que trae un viejo encargo del barón de Davillier, que es importante que usted lo reciba.

No había terminado la frase cuando Cecilia de Madrazo ya se había levantado de un brinco, con el corazón acelerado, echando cuentas mentalmente a los años que hacía que su viejo amigo Jean-Charles Davillier había fallecido. Recordó de golpe aquel gélido primero de marzo de 1883, la nieve cubriendo de un silencio inmaculado y blanco el cementerio del Père-Lachaise de París. Calculó mentalmente, y se persignó.

—¿Qué puede querer decirme el barón veintisiete años después de morir? —se preguntó, aturdida por semejante incógnita.

—Perdone, señora. No la he oído bien —se disculpó la doncella.

—Cosas mías, hablaba en alto. Hágale pasar enseguida, y diga a la cocinera que traigan té

bien caliente, pastas y algo de chocolate —ordenó, atusándose el cabello y planchando después con ambas manos la falda azul de casimir de seda de su vestido.

—Enseguida, señora.

La joven se retiró apresurada.

Cuando aquel viejo, tan bajito y menudo que parecía imposible que hubiese podido transportar la abultada caja que traía consigo, entró en la sala, Cecilia supo que portaba un cuadro. Y notó que el corazón se le volvía a acelerar.

—Usted dirá, *monsieur* Durand. ¿Qué se le ofrece? —preguntó, expectante, observando cómo el viejo apoyaba con cuidado en el suelo lo que traía e inclinaba la cabeza en señal de respeto.

—Intentaré explicarme brevemente, madame, ya que no había anunciado mi visita y le habrá cogido por sorpresa —empezó diciendo, con una voz tan diminuta como su tamaño.

—Se lo agradezco —dijo escueta, deseosa de conocer el motivo.

—Verá, madame, hace veintisiete años el barón de Davillier, que era miembro de nuestra Société des Antiquaires de France, donó a su muerte al Musée du Louvre, donde tenemos la sede, y a la École des Beaux-Arts de París, donde tenía tantos amigos y alumnos, algunos lotes de sus colecciones privadas. Sé que ha pasado mucho tiempo, demasiado para tan imperdonable error, pero hace poco más de un mes en una de las reorganizaciones de nuestro archivo histórico, por una inoportuna inundación en las dependencias del museo, apareció una carta. En ella, el barón explicaba que donaba a Cecilia de Madrazo, viuda de su querido amigo Mariano Fortuny y Marsal, ciertas piezas.

—Así fue, llegaron a nuestra casa de París el mismo año de su muerte y desde ahí viajaron hasta Venecia conmigo cuando abandoné Francia. Aquí permanecen bien custodiadas desde entonces —manifestó orgullosa.

—No todas llegaron a su destino correcto, ni sabemos por qué, ya que, de aquellos trabajadores de entonces, solo quedo vivo yo, madame. Tras el hallazgo de la carta, nos costó días y días de investigación llegar a la resolución de este entuerto.

—Explíquese, me tiene en ascuas —protestó Cecilia, altiva.

—Eso intento, madame. Revisando las notas y los albaranes que dejó escritos el barón comprobamos que, en uno de esos envíos, había un error escandaloso, un error que cometió él mismo. Escribió su nombre, madame, en el envío de tres lotes. Dos con la dirección de su residencia de entonces en Francia y un tercero, este, con la dirección de la École des Beaux-Arts de París —dijo, señalando lo que traía consigo.

—¿Y cómo han dado con ello? —Cecilia permanecía de pie, perpleja, sin quitar los ojos del bulto.

—Analizando el registro de entrada, el paquete tenía que estar marcado con la fecha del envío y este número 17 —señaló con un dedo temblón.

Lote 17

Destinataria: doña Cecilia de Madrazo, viuda de Fortuny

Destino: École des Beaux-Arts de París

—El caso es que esta caja, que le pertenece desde 1883, ha permanecido en el fondo de un

viejo almacén de la École des Beaux-Arts de París sin que nadie lo supiese. Y la carta que la acompañaba ha vivido en silencio en el fondo de nuestro archivo en el Musée du Louvre hasta ahora —dijo con una larga inhalación del aire que parecía que le faltaba, sacando de su bolsillo la misiva y tendiéndosela.

Cecilia la abrió apresurada. Solo necesitó leer las dos primeras frases y empezó a temblar. Dio las gracias a aquel hombrecillo que había viajado desde París hasta Venecia, sintiendo pena porque hubiese hecho tan largo viaje para tan corta visita y se despidió tan educadamente como pudo.

—Entenderá que quiera estar sola para recibir esta última voluntad de nuestro querido barón —se disculpó, tendiendo su mano a *monsieur* Durand, que la besó ligero, sonriendo agradecido porque aquella ilustre señora hubiese aceptado de buen grado el terrible error.

—La entiendo perfectamente, madame, solo quiero que sepa que puede contar conmigo para cualquier cosa que necesite a este respecto y que haría lo que fuese para subsanar este desgraciado incidente, aunque me temo que nada más podemos hacer ya, veintisiete años después, salvo aceptar este fallo humano —se disculpó compungido.

—Usted ya ha hecho mucho, *monsieur* Durand. Se lo agradezco sinceramente. No hay nada que podamos hacer, salvo honrar la voluntad del barón de Davillier. Los errores humanos son eso, humanos. De nada serviría ahora interponer quejas y reclamaciones a unas instituciones artísticas a las que yo admiro y respeto profundamente. Además, el origen del error fue del propio barón, y eso solo significa que así estaba escrito en el destino de su propia vida. Y de la mía.

—Hice todo lo que estuvo en mi mano, fui personalmente a recoger el paquete a la École des Beaux-Arts de París para traerlo hasta su dueña en cuanto lo descubrimos.

—Se lo agradezco, *monsieur* Durand, de todo corazón, seguro que el barón también se lo agradece desde lo alto —resolvió, señalando al cielo.

—Vi, por cierto, a su hijo Mariano. Fue una alegría saber que sigue recordando con nostalgia las instalaciones de la escuela.

—¿Estaba en París? —preguntó curiosa, ya que Mariano pocas veces le contaba ya sus andanzas.

—Así es, madame. Lo reconocí en la distancia, su hijo tiene su porte y su elegancia y el mismo aspecto maduro de su difunto padre. Pero no quise interrumpir su reunión bajo los árboles. Derrochaban felicidad, ya sabe usted —sonrió con inusitada complicidad.

—Henriette tampoco es que sea muy generosa en los afectos públicos, igual derrochaba esa felicidad por volver a su tierra —ironizó con sutileza, poco tenía que importarle a aquel viejo extraño lo que ella pensase de su nuera.

—¿Henriette? No, no era una mujer. Estaba con un chico de pelo rojo, muy apuesto también. Parecían rememorar con cariño los viejos tiempos de estudios. No me atreví a molestarlos, no me gusta entrometerme en las locuras de los artistas —añadió con una risilla irónica y una inapropiada confianza que a Cecilia no le gustó ni un pelo, así que zanjó definitivamente aquella reunión, sin darle más pábulo al viejo charlatán y dándole las gracias una última vez antes de que abandonase el palacio.

Pidió al servicio que subiesen a sus estancias privadas la misteriosa caja. Se miró en uno de los grandes espejos de la sala y se encontró con aquella mujer cansada, que volvía a reabrir una herida. Quizá más de una.

Pero antes de pensar en su marido difunto, pensó en su hijo. Y en aquella insinuación impertinente del viejo. Y comprendió, una vez más, que nada era más importante en la vida para ella que sus hijos. Ellos eran la prolongación viva de esa raíz que la vida había cortado de golpe en el mismo instante en que había fallecido su marido.

Ya no lloró, aquella Cecilia de Madrazo dura que el mundo del arte conocía tan bien, alzó la cabeza, levantó una ceja y subió la escalera hasta su alcoba, erguida, ajena al mundo, mientras una repentina ventisca de diciembre descuartizaba algunas góndolas que flotaban descontroladas en el Gran Canal.

61

Nada más entrar en su alcoba sacó la vieja carta del barón de Davillier que había guardado en el bolsillo de su vestido. Su papel había amarilleado, pero seguía firme. La leyó con atención, serena, sabiendo que ahora nadie podía comprobar su fragilidad en la quietud de su cuarto.

Querida Cecilia:

Cuando leas esta carta, yo ya no estaré en este mundo.

Quiero que esta maravilla de obra vuelva a ti, sé todo lo que significa cada trazo de este lienzo, cada pincelada de esta historia de aquel verano en Portici y cada retazo de vida en nuestra memoria.

No me preguntes cómo volvió a mis manos y qué tuve que mover para que sucediera, porque los muertos no hablan y no podré responderte.

Solo te diré que facilitó las cosas para algunos intercambios satisfactorios el buen talante artístico del conde de Ammán.

Lo importante es que esta joya seguirá siendo tuya.

Con todo mi amor,

Jean-Charles

Cecilia guardó con cuidado la misiva en su sobre, cogió un abrecartas de su escritorio personal y se apresuró a abrir el bulto. Las maderas del cajón se habían combado con los años y sus clavos estaban torcidos y oxidados. Le costó unos minutos desprenderse del caparazón, pero, cuando lo logró, respiró hondo y allí estaba, intacto como la memoria, su cuadro favorito, *Los hijos del pintor en el salón japonés*. Lo dejó sobre un butacón con las manos doloridas, se alejó y se sentó en la cama para contemplarlo sin prisa, entre las lágrimas que ya inundaban sus ojos.

Mariano Madrazo y Marsal había pintado a sus hijos en aquellas vacaciones en Portici, cerca de Nápoles, en una coqueta villa alquilada junto a la playa, el verano de 1874, meses antes de su repentina muerte. En el cuadro, su hija María Luisa aparecía tumbada en un largo diván, tapándose del sol con un abanico. Su hijo Mariano, sentado, con el cuerpo desnudo y las piernas cubiertas por una seda azul bordada. La pared del fondo estaba tapizada en seda azul, con mariposas que revoloteaban entre un pino y un ciruelo. Y permanecía, desdibujada, una muñeca en el suelo.

Era una obra inacabada, pero de exquisita maestría que, en ese abril de 1875 lluvioso y frío, lo recordó nítidamente como si el tiempo no hubiese corrido vertiginosamente durante esos treinta y cinco años, había figurado con el número 114 en la venta de sus bienes en la subasta del Hôtel Drouot de París. Adjudicada por 30.500 francos, guardaba cada cifra grabada a fuego en su memoria, había sido la segunda pieza más valorada y se había convertido para ellos en una fortuna de la época.

Cecilia se recompuso del llanto. Pensó en su marido y en todo lo afortunada que había sido con él, a pesar de lo pronto que la había dejado viuda. Pensó en el barón de Davillier y en las vueltas que daba la vida. Ella, sin saberlo, había seguido siendo la propietaria de aquella obra durante todos esos años. Miró a sus hijos, tan pequeños e inocentes en aquel cuadro, ajenos al dolor de su madre y del mundo.

Y sintió que la vida estaba ahí, resumida por completo en ese maravilloso cuadro que volvía a ella, a pesar de los caprichos del azar y también por ellos, treinta y cinco años después.

*Palacio Martinengo,
18 de diciembre de 1910*

Cuando llegó Mariano jadeante, avisado a primera hora de la mañana con urgencia por una de las doncellas del palacio Martinengo porque la señora no había querido cenar ni desayunar, Cecilia ya estaba perfectamente aseada, empolvada, peinada y perfumada, vestida de seda azul. Del mismo azul que el fondo de la pared de *Los hijos del pintor en el salón japonés* que ya habían colgado, cumpliendo sus órdenes, sobre la chimenea grande del salón principal, mirando a los ventanales del Gran Canal.

—¿Qué sucede, madre? ¿Está todo bien? —preguntó acelerado al entrar, asustado por el alarmante aviso del servicio mucho antes de que hubiesen dado las nueve de la mañana.

—Nunca me he encontrado mejor, hijo —respondió tan serena que Mariano suspiró aliviado desplomándose sobre el sofá Victoriano tapizado en damasco verde y oro que recibía a las visitas del palacio Martinengo, en la antesala del gran salón, tras la carrera a toda prisa, a pesar de la mediana distancia que separaba ambos palacios.

—Me han dado Un susto de muerte. La verdad. ¿Se puede saber qué era tan grave para encerrarse desde anoche sin querer atender a nadie? —interrogó, sofocado, tomando aire, enfadado con una Cecilia que ni se había inmutado al verlo llegar sin respiración.

—A mí no me sucede nada más que la misma vida. ¿No es maravilloso? —Soltó una risotada, tan vulgar e impropia en ella, que Mariano pensó que había bebido o, lo que era peor, que había perdido el juicio por momentos.

—Si no me da un infarto, será un milagro —protestó con un bufido.

—Solo quería que compartieras con nosotras una excelente noticia —se disculpó con la boca pequeña, sin ocultar una sonrisa de felicidad que tenía a su hijo totalmente desconcertado.

—¿Qué nosotras? —la observó con preocupación.

—Tu hermana y yo, ¿qué nosotras si no? —sonrió de nuevo.

—¿Y dónde está ella?

—María Luisa bajará enseguida —dijo sin alterarse, mirando el péndulo certero de uno de los relojes de la sala justo cuando tocaban las nueve.

—Que alguien me explique algo de una vez antes de que pierda los nervios —volvió a

protestar cuando su hermana descendía por la escalera con toda la parsimonia del mundo.

—Yo también me alegro de verte, hermanito —ironizó ella con esa sonrisa estúpida que ponía cuando quería sacarlo de sus casillas.

—Si no fuera porque conozco bien la decencia de madre, pensaría que habéis bebido hasta perder la razón, si no, no concibo semejante actuación —protestó de nuevo levantándose y exigiendo una explicación que seguía sin llegar.

—Tomaremos el desayuno más tarde —anunció Cecilia al servicio, entrando en esa sala amplia que se abría al Gran Canal con su balcón corrido y donde la chimenea crepitaba desde hacía horas.

Cuando Mariano entró y se acercó al fuego para calentarse las manos se quedó paralizado frente al cuadro. Nunca lo había visto en persona, pues tan solo tenía tres años cuando había desaparecido del patrimonio familiar. Pero se sabía de memoria cada uno de sus trazos, cada color, cada pincelada de aquel lienzo que había estudiado tantas veces a través de los recortes y los esbozos que Cecilia de Madrazo custodiaba.

—Ayer por la tarde vuestro padre volvió de nuevo a la casa de los Fortuny a través de este cuadro de nuestras vidas —anunció con la voz quebrada mientras sus hijos permanecían mudos e inmóviles en un salón donde esa mañana solo se escuchaba el crepitar del fuego y la emoción de una madre viuda que volvía a reencontrarse con el dolor de su pasado, pero también con aquella inmensa felicidad vivida.

Esa mañana, por primera vez en su historia, no se desayunó en el palacio Martinengo.

Cecilia había abierto una botella del mejor champán francés de su bodega para brindar por la vida y por la magia del destino después de media mañana compartiendo con sus hijos, los tres solos sin que el servicio les interrumpiera, aquel reencuentro inesperado con el arte, su patrimonio y su pasado.

Cuando ya habían llorado y reído hasta explotar de felicidad, María Luisa se disculpó alegando un tremendo dolor de cabeza y retirándose a su habitación.

Madre e hijo se quedaron en la sala, junto a aquel cuadro, honrando la memoria de un padre que Mariano ni siquiera podía recordar. También rindiendo tributo a la generosidad del barón de Davillier y al sorprendente buen hacer del conde de Ammán, padre de la marquesa de Casati, que el destino había querido cruzar de nuevo en su vida.

—Es increíble que estuviese tan cerca de mí, madre, y que no lo supiésemos —se lamentó, añorando todos esos años en los que había sido feliz estudiando en el taller de Jean-Joseph Benjamin-Constant y compartiendo aventuras y experiencias artísticas en esa École des Beaux-Arts de París donde *Los hijos del pintor en el salón japonés* había dormitado en silencio, testigo mudo del presente de uno de sus protagonistas.

—Así es el azar, hijo, si llegó allí fue por algo, no fue una casualidad, fue una señal —dijo Cecilia, convencida del poder del destino.

—Madre, fue una casualidad fruto del azar, de la suerte, la fortuna o como queramos llamar al destino —manifestó con la lucidez que parecía que su madre había decidido abandonar para embarcarse en la idea romántica de un mensaje que les mandaba su difunto esposo desde el otro mundo.

—Es tan milimétricamente rebuscado que parece como si el barón hubiese errado a propósito, movido por una fuerza superior —declaró, dejando perplejo a su hijo, que la miraba con cariño protector.

—¿De verdad? No, madre, no. La vida tiene estas curiosidades. Sé que a veces parece que alguien lo hubiese estudiado todo minuciosamente para ejecutar el destino a su antojo, pero la realidad es que el mundo es un lugar lleno de casualidades, a veces así de maravillosas —reconoció.

—Sé que fue tu padre el que quiso llegar hasta la École des Beaux-Arts de París para proteger

tus pasos y hacerte el hombre cultivado que hoy eres —dijo ella sin dudar ni un segundo.

—Eso es tan bonito como irreal —intentó razonar Mariano.

—Lo creo de verdad, no he perdido la cabeza aún, aunque te lo parezca —se defendió ante la mirada incrédula de su hijo.

—No seré yo quien destruya tal romanticismo. Lo importante es que vuelve a estar con nosotros y que nos hará mucho más felices —pronunció emocionado, mirando de nuevo las pinceladas maestras con las que su padre había retratado, con toda su magia, el calor y el color de aquel Portici feliz de antaño que él vivió, aunque no tuviese la edad suficiente para recordarlo.

—Fue tu padre, y me alegra saber que, si no tuvimos el cuadro antes, fue por ese motivo. No habrá nadie en este mundo que me convenza para pensar otra cosa —zanjó, secándose una última lágrima que se le había escapado y mirando orgullosa a ese niño suyo que se había convertido en un hombre inmenso en todos los sentidos.

—Fue la vida, madre, que no es poco —resolvió, pensando que igual no quería reconocerlo, aunque tal vez el destino sí era eso que pensaban su madre y Luisa Casati.

—Dale las gracias a tu amiga la marquesa de mi parte; si en algún momento detesté sus frivolidades, hoy se han esfumado de mi cabeza por completo —añadió, bajando el rostro en señal de admiración profunda.

Cuando su madre se retiró de la sala y antes de volver al Palazzo Pesaro degli Orfei, Mariano recordó nítidamente las palabras de la marquesa de Casati, casi pudo escucharla, con el mismo tono que lo había dicho en aquella noche de la bola de las confesiones: «Nos pasa, la misma vida, la que parece que nos mata, pero no, la que nos hace saltar de placer, aunque hayamos estado en una mazmorra días antes. La que hace, con su enrevesado azar, que unas personas se encuentren o no... Si Bruno nunca hubiese atravesado aquel jardín en aquella fiesta parisina en la que nos vimos por primera vez, no nos habríamos conocido jamás... Si no hubiera venido a Venecia huyendo de un dolor, no nos habríamos sentado en el Florian a emborrachar nuestras penas. Si no hubiese llovido ese día, quizás tú, Mariano, no habrías entrado hasta el soportal del Florian para guarecerte de la tormenta sobre San Marcos. Si no hubiésemos compartido esa mesa, hoy no estaríamos en esta Società della Cattiva Vita intentando descubrirnos día a día. Todo pasa por algo, queridos, no hay nada aleatorio en este mundo. La casualidad es un falso azar que el destino ya nos tiene marcado».

Y con el timbre de su voz resonando aún en su memoria intacta, Mariano comprendió más que nunca a Luisa Casati, a Cecilia de Madrazo y a la misma vida, que se empeñaba en jugar, a veces dulce y otras amarga, con sus destinos.

Llegó al Palazzo Venier dei Leoni casi sin saber que sus pasos lo habían llevado hasta ahí como a un hombre sin voluntad. Daba igual las aguas que hubiese navegado o los puentes que hubiese cruzado, el caso fue que se encontró frente a su fachada como anclado a un lugar que, sin pertenecerle, lo cobijaba.

La marquesa de Casati permanecía altiva en el umbral, con uno de esos abrigos de terciopelo que Fortuny tintaba hasta simular un exquisito brocado de oro, y desnuda debajo, desafiando a la nevada que empezaba a blanquear Venecia. Flanqueada, en mitad de la ventisca, por esas columnas de la piedra blanca de Istria del inacabado palacio de los Venier, sonrió cuando su amigo llegó a su puerta.

—¿Qué haces aquí fuera con este temporal? ¿Estás loca? —le reprochó Fortuny.

—Te esperaba —dijo ella imperturbable, sacando su bola de cristal en una mano desde el interior de su abrigo, dejando ver fugazmente la inmaculada tersura de su piel blanquísima, como de seda.

—No te advertí de que venía porque ni yo he sabido que lo hacía hasta encontrarme frente a ti —dijo nervioso, intentando encontrar una explicación lógica a algo que carecía precisamente de ella.

—Hay caminos que recorreremos sin que seamos conscientes de que los hemos tomado y cosas que hacemos sin que nosotros nos las propongamos, como si alguna fuerza intangible diera órdenes a nuestro cerebro para ejecutar las acciones que llevamos a cabo, ajenos a nuestra voluntad. ¿No te parece? —le preguntó misteriosa.

—No lo sé bien —dudó él sin negar lo que decía.

—Son los juegos caprichosos que el destino nos tiene preparados. El destino está siempre marcado, ya sabes que lo pienso convencida —le recordó con mirada profunda y esa sonrisa misteriosa que esbozaba la marquesa cuando hablaba de las cosas que no tenían una explicación científica.

—Puede que tenga razón, marquesa —pronunció Mariano, llamando inusualmente de usted a una Luisa Casati que lo miraba con esa protección que solo sabían ejercer las madres, aunque no fuesen las propias.

—Has venido porque necesitabas contarme algo que nos importa a los dos porque nos devuelve a nuestros inicios, a nuestras infancias, a la raíz de lo que somos. Es algo dulce y que

reafirma mi teoría sobre el destino escrito.

—Ha ocurrido algo emocionante que necesitaba contarte —pronunció él incrédulo.

—Lo sé. Lo vi hace rato con claridad en mi mente como si estuviese pasando —dijo serena.

—¿Qué viste? —preguntó nervioso.

—Me vi de niña, jugando en casa de mis padres con una muñeca desdibujada bajo el cuadro de tu padre. La imagen llegó a mi cabeza sin pensarlo, mientras leía en la cama, ya desnuda. Supe que el destino te traería hasta aquí porque necesitabas contarme algo. Y salí a esperarte —dijo teatralmente, abriendo sus brazos en cruz, dejando que el abrigo se abriese y mostrase su infinita desnudez al Gran Canal de Venecia.

Mariano, más que ruborizarse, se sintió reconfortado ante la piel desnuda y limpia de la marquesa, como si ese abrigo que él mismo había tintado y confeccionado se abriese ahora cálido para acoger a su niño interior ante la tempestad gélida que congelaba Venecia.

En ese momento volvieron a su mente Cecilia de Madrazo, el barón de Davillier y aquel cuadro de su padre, que había pertenecido por un pequeño período intermedio a la familia de Luisa Casad, y había vuelto a seguir los pasos de la familia Fortuny a través de todos los tiempos para continuar formando parte de sus vidas.

Se abrazó a la marquesa, su cuerpo estaba caliente a pesar de la tormenta de nieve, y pensó que aquella mujer a la que muchos tildaban de loca y hasta de bruja siempre había tenido razón. Y recordó de nuevo sus palabras en la noche de la bola de los secretos en aquella penumbra dulce y picante de la Società della Cattiva Vita: «La casualidad es un falso azar que el destino ya nos tiene marcado».

En Venecia la nieve ya lo cubría todo por completo de un manto blanco tan esponjoso como la sensación de paz que le provocaba la extravagante y hechicera marquesa de Casati.

Volvió tiritando al Palazzo Pesaro degli Orfei. La nevada había cubierto Venecia de un manto blanco que pocos recordaban en la ciudad. Cuando llegó, Henriette permanecía sentada en una butaca en mitad del estudio, en la penumbra cálida del fuego, leyendo un viejo libro de alquimia que había adquirido en los anticuarios de París.

—No he sabido nada de ti desde anoche. Cuando desperté, ya no estabas —dijo, sin levantar la vista de las páginas.

—¿Estabas preocupada? Lo siento —se disculpó torpemente, reconociendo que había pasado todo el día en la calle sin dar señales de vida.

—No. Estoy acostumbrada a que no me des explicaciones de lo que haces fuera del taller. Tampoco te las pido —añadió.

—Tendría que haber avisado, pero fue todo tan excitante, la verdad, que se me pasaron las horas tan deprisa como si hubiesen manipulado las agujas de todos los relojes del mundo —se justificó con grandilocuencia.

—Si me lo quieres contar, te escucho. —Levantó la vista, cerrando suavemente el libro entre sus manos.

—Ha sido un día intenso, no sé ni por dónde empezar —le anunció Mariano con la voz cansada, arrastrando sus pasos hasta la lumbre para calentarse las manos entumecidas por la nevada.

—Empezar por el principio siempre es la mejor manera —reflexionó, observándolo. Vio que tenía los ojos cansados, pero llenos de ese chispeante brillo de los niños emocionados ante los regalos inesperados.

—*Los hijos del pintor en el salón japonés* ha vuelto a casa de mi madre como un regalo adelantado de Navidad —dijo, conteniendo una risa nerviosa que delataba toda esa felicidad inesperada.

—Qué maravillosa noticia, Mariano. Sabía que tenía que ser algo muy importante para que te ocupase todo el día. Tendremos que abrir un buen vino y brindar por ese reencuentro —dijo con un aplauso breve, contenta de verlo feliz, sabiendo la importancia que tenía para ellos aquel último cuadro que pintó su padre en sus últimas vacaciones de verano. Mariano no podía recordarlas por su edad, pero se las había relatado mil y una veces, gracias a los recuerdos que les narraba su madre desde que eran niños.

—No lo creerás, pero el cuadro ha estado años olvidado en un viejo almacén de la École des Beaux-Arts de París sin que nadie lo supiese —suspiró.

—¿Será posible? —preguntó ella retóricamente, incrédula, deseando que empezase de una vez con toda la historia.

—Es increíble, sí, y no vas a creerte por qué, ni cómo fue. Espero que tengas ganas de escucharla, porque parece una novela de fantasía —le anunció, despojándose del abrigo una vez que había entrado en calor.

—Cuéntamelo todo, me tienes intrigada —lo incitó.

—Voy a por una de nuestras mejores botellas de vino, la abrimos y te lo cuento sin omitir nada.

Cuando Mariano terminó su relato —narraba cada imagen como un niño sorprendido todavía por los detalles—, Henriette miró la segunda botella, casi vacía, y pensó lo feliz que le hacía ver pletórico a aquel hombre al que amaba y admiraba por encima de todas las cosas, hiciese lo que hiciese en la vida.

Y, cuando el fuego se convirtió en brasas y se asomó a la ciudad por las viejas vidrieras emplomadas del magnífico Palazzo Pesaro degli Orfei, la noche ya se había hecho madrugada. Sonrió satisfecha de haber festejado junto a él aquel giro maravilloso de la vida sin saber, aunque lo intuyese, que antes de volver a casa ya lo había celebrado con la insultante marquesa de Casati.

Venecia, blanca y virginal, se sumergía en la mayor nevada de su historia.

*Palazzo Venier dei Leoni,
31 de diciembre de 1910*

Contra todo pronóstico, esa noche que el mundo cambiaba de 1910 a 1911, en una Venecia que llevaba días bajo la nieve, Luisa Casati, Mariano Fortuny y Bruno del Amor volvían a reunirse para despedir un año que los había marcado de nuevo para el resto de sus vidas.

Luisa Casati había elegido otro de sus Delphos, de un excitante color oro antiguo que chispeaba entre sus pliegues. Llevaba los brazos llenos de pulseras de oro, hasta por encima de los codos y un collar enorme con hojas doradas de acanto que había encontrado entre las joyas del viejo anticuario de Luca Cavalier.

Bruno había decidido usar uno de esos pañuelos de seda que Fortuny ya expandía por el mundo y se lo había envuelto al cuello, dentro de una camisa blanca inmaculada bajo su traje oscuro.

Mariano se había hecho a sí mismo una chaqueta larga como una túnica de terciopelo negro brocado que Henriette le había ayudado a bordar en hilo de oro antes de viajar a Francia para pasar los últimos días del año con su familia, como hacía siempre.

Cuando se sentaron a la mesa, las chimeneas del Palazzo Yenier dei Leoni encendidas y con las ascuas verdeazuladas como si de una de las grandiosas fiestas de la marquesa se tratase, los tres recordaron aquella Nochevieja de 1902, rodeados del bullicio de un atestado *caffè* Florian y un trágico fin de fiesta en la Società della Cattiva Vita que los había separado por un tiempo que ya nunca recuperarían.

Hoy celebraban la vida los tres solos, sin nada ni nadie más que se interpusiera en sus destinos. Lo hacían con la intención de que nunca jamás ninguna de sus torpezas volviese a separarlos, sin importar lo que les deparase el futuro en sus caminos particulares.

Luisa sacó aquella esfera blanca de cristal y les recordó la lejana primera noche de la bola de los secretos. Les pidió que extendiesen sin miedo sus dedos índices, cogiendo el cuchillo y haciendo un pequeño corte en cada uno de ellos, incluido el suyo para juntarlos inmediatamente después en una misma mancha de sangre que sellaría el secreto de un compromiso eterno de vida.

Y cuando 1911 ya llevaba horas caminando, el cielo de aquella Venecia blanca volvía a descargar sus generosos copos, como de algodón, meciendo los sueños conjuntos de esos tres

amigos que se habían amado sin límites y dormían abrazados bajo las sábanas de seda de la cama de la marquesa de Casati, ajenos a ese frío mundo exterior que seguía, estricto, el imperturbable curso del tiempo.

DESPUÉS DE TODO

Venecia, agosto de 1932

La muerte de Cecilia de Madrazo fue un golpe emocional que Mariano nunca imaginó. Con ella se iba no solo la raíz de su vida, sino esa guía que había marcado la construcción de su personalidad en todas y cada una de sus etapas.

Recordó nítidamente la madrugada que llegó a casa borracho y ella estaba ahí, erguida en la oscuridad, para ponerle la cara roja de vergüenza. Pensó que daría todo el oro del mundo porque ahora hiciese lo mismo y seguir viéndola desaparecer en la distancia, haciéndose la fuerte, sabiendo que aquel chaval hecho hombre era el niño de sus ojos y que, hiciese lo que hiciese, lo seguiría siendo hasta el mismo día de su muerte.

Recordó también la mañana en la que conoció a Henriette en aquel desayuno tenso, el mismo día del fatídico desplome del *campanile* de San Marcos. Pudo oler la salsa del guiso en su memoria, las flores frescas en las porcelanas, el vestido exquisito de seda crema con el que se había ataviado escrupulosamente para recibir a la que, aunque no quisiese, iba a ser su nuera.

Apretó los ojos para no perder de la memoria esa imagen de su madre altiva, exquisita, serena, atusándose siempre los recogidos de su cabello en los antiguos espejos del palacio Martinengo.

Al sentir que ya no podía más, se levantó del viejo butacón en el que había velado a su madre durante dos días hasta su entierro y se metió en su cama vacía, que aún olía al exquisito perfume de su piel. Durmió hasta un día entero sin salir de aquel cuarto que solo le pertenecía a ella y ahora a él.

Y cuando despertó, abrió el cajón, como hacía de niño buscando los caramelos de la vieja confitería La Violeta de Madrid, y se encontró con su carta. Y con eso que había deseado oírle decir toda la vida.

Querido hijo:

No sé si he sabido ser la mejor madre del mundo, pero créeme que lo he intentado cada día de mi vida desde aquel mismo instante en que empezaste a crecer en mis entrañas. Tu padre me pintaba mientras yo bordaba en el patio. Aquellos jazmines siempre me olieron a ti.

No quiero que llores por mi partida. He sido inmensamente feliz de teneros. Cuida de todo aquello que yo ya no puedo. Honra el honor de tus padres y de tu hermana. Y quíérete mucho. Si tú no lo haces por ti mismo, los otros nunca te entenderán.

Yo sé bien lo que has sentido y sentirás en cada momento de tu existencia. Las madres tenemos ese cordón mágico que nos une a vosotros eternamente. Sí, también después de la vida.

No olvides nunca que toda esa sensibilidad que pocos entienden y que te hace sufrir también será la que te haga siempre feliz. No te escondas de ella. Aprovéchala para volar libre a cada mundo que desees.

Yo estaré velando por ti desde algún lugar.

Te quiero con toda mi alma.

Mamá

Y lloró. Lloró hasta sentir que se le desgarraban las entrañas y perdía la noción del tiempo.

Cuando se levantó de aquella cama en la que nadie volvería a dormir jamás, sintió que su madre seguiría viva mientras vivas siguiesen sus pertenencias y vivos sus recuerdos.

Y antes de salir del palacio Martinengo ordenó que nadie tocara nada y que todo permaneciese exactamente igual a como lo había dejado la meticulosa Cecilia de Madrazo, para que permaneciese así durante todos los años que a él le quedasen por vivir.

Venecia, 4 de mayo de 1949

Henriette Negrin fue apagando una a una cada lámpara, cada quinqué, cada aplique de cuadro del Palazzo Pesaro degli Orfei aquella noche de un 3 de mayo en la que Mariano Fortuny y Madrazo dejó de respirar para siempre. Lo hizo sin prisa. La vida ya no tenía prisa.

Caminó triste pero erguida, arrastrando por aquellos suelos inertes la cola de un Delphos color rojo sangre. Así se sentía, pensó, como desangrada sobre esas piedras que habían vivido sus años más gloriosos de vida, el amor, el desamor, la amistad, la fantasía, la fascinación por el genio, el arte y la cultura en su estado más vivo. Bajó a la bodega, descalza; sentir el frío marmóreo en las plantas de los pies la ataba a la tierra y la mantenía cuerda.

Abrió la enorme trampilla que daba al pequeño Rio di Ca Michiel que desembocaba en el Gran Canal, y fue vertiendo con dolorosa serenidad, entre lágrimas y sonrisas, todas las vasijas que contenían los pigmentos con los que Fortuny y ella habían trabajado los últimos años de su vida. Azules, rojos, cadmios, verdes de ultramar, naranjas orientales, bermellón intenso...

Volvió a la cama, agotada, después de encender por última vez aquel viejo candil que Mariano mantenía vivo desde hacía tantos años para que su amigo Bruno se sintiese feliz, y sabiendo que el amor también era aceptar y compartir en secreto. Ella lo supo todo desde el mismo día que lo vio por primera vez en el viejo anticuario de Luca Cavalier. Desde ese día solo necesitó observar para saber.

Y cuando la rosa luz del alba despuntaba sobre Venecia, las aguas se habían teñido, como por arte de magia, en un lienzo de mil colores.

La ciudad despertó con las aguas del Gran Canal coloreadas como un arcoíris y cientos de niños corriendo por sus embarcaderos, emocionados con aquel mágico misterio, mientras la ciencia se preguntaba por aquel fenómeno.

Luisa Adele Rosa Maria Ammán, marquesa de Casati Stampa di Soncino, se sentó ante el espejo de su histriónico tocador, ese que había ido con ella de lugar en lugar desde que se había instalado por primera vez en el Palazzo Venier dei Leoni en ese mismo Gran Canal y que, aunque había dejado de ser su hogar en 1924, no había dejado de ser su memoria hasta ese mismo 1949 en que Peggy Guggenheim se lo había comprado a los herederos de la vizcondesa Castlerosse y que le anunciaba el final de la historia de amor verdadero más importante que había conocido en su vida.

Cogió firme un lápiz carmesí y pintó una enorme lágrima de sangre bajo su ojo izquierdo. Sacó del armario aquel primer Delphos que había salido del taller de su amigo tantos años y tantas historias atrás, se lo puso sobre el cuerpo desnudo, sintió cómo la piel y los pezones se le erizaban, y salió a callejear por los canales de la ciudad, descalza, sin rumbo, sin dejar de sonreír y de llorar hasta que el tizne negro sólido de sus ojos ahumados cubrió por completo la dibujada lágrima de sangre.

Bruno del Amor se despertó sudando y exaltado tras una pesadilla; como adivinando el dolor, se levantó de un brinco y corrió a la ventana que miraba silenciosa hacia el Palazzo Pesaro degli Orfei y vio el candil encendido tantos años después. Bajó nervioso a la calle para entender el extraño bullicio y se apresuró corriendo, tembloroso, hasta el Gran Canal.

Cuando llegó y vio las aguas teñidas, supo que todo había terminado. Sintió una punzada profunda en el fondo del pecho y todos aquellos años de secretos parecieron sellarse para siempre en aquel cuaderno, gordo ya con el tiempo, donde las cartas, los bocetos desnudos y todas esas flores secas que un día fueron besadas, llevaban años hablando del amor. Del amor de verdad. Lo besó y lo lanzó al canal. Miró el sello de oro que no se había vuelto a quitar del dedo corazón de su mano izquierda desde aquel reencuentro con su amor en el jardín de Chimay de la École des Beaux-Arts de París, y se tiró a las aguas pigmentadas para no volver a ser visto jamás en la ciudad.

Nadie supo si murió o no. Nadie, salvo la marquesa de Casati y todos los pensamientos escritos para la eternidad, sumergidos en aquel cuaderno bajo las aguas del Gran Canal de

Venecia.

«La muerte no nos roba los seres amados.
Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo.
La vida sí que nos los roba muchas veces y definitivamente».

FRANÇOIS MAURIAC

Nota final

De mis viajes a Venecia, el primero cuando yo aún era un estudiante, nació el fetiche por estos tres maravillosos palacios, el Martinengo, el Venier dei Leoni y el principal de esta novela, el Pesaro degli Orfei, que son reales y que fueron escenario verdadero de sus protagonistas aunque yo haya fabulado muchas de sus interconexiones en esta ficción.

El cuadro *Los hijos del pintor en el salón japonés*, una de las joyas actuales del Museo del Prado, nunca dejó de pertenecer a la familia Fortuny a pesar de ser subastado y adjudicado. Es una incógnita el lugar en el que permaneció realmente y cómo volvió al patrimonio familiar, pero ese misterio me dio pie a recrear esta fantasía del destino y las casualidades para hacerlo viajar por diferentes propietarios y escenarios en mi novela. Algo que nunca fue así pero que podría haber sido.

Otra de las incógnitas que nunca se sabrán, Mariano Fortuny y Henriette Negrin se llevaron el secreto a la tumba, es la de la creación exacta del Delphos. La moda y la misma ciencia han demostrado que es casi imposible dejar plisada eternamente una seda natural de esa manera tan perfecta en la que lo hacía Fortuny sin tener mezcla de poliéster. Todas esas piezas permanecen a día de hoy tal cual se confeccionaron dejando patente que más que magia era una tecnología que sus creadores nunca desvelaron al mundo. Eso ha hecho aún más grande y mágico el icónico diseño con el transcurso de los años.

Fortuny, además, fue un excelso creador de luces escénicas, de lámparas y de diferentes objetos que a día de hoy siguen hablando de innovación y pueden adquirirse como piezas elevadísimas del diseño y la ciencia. Pero sus pasiones eran la pintura y, por encima de todo, el tratamiento de los tejidos, desde sus tintes hasta sus bordados.

El mismo año que fallecía Cecilia de Madrazo, la marquesa Luisa Casati, que tenía acumulada una deuda personal de veinticinco millones de dólares, entraba en ruina al no poder pagar a sus acreedores. Sus bienes personales fueron subastados. Coco Chanel fue una de sus pujadoras.

Casati se fugó a Londres para vivir su pobreza en un humilde apartamento.

Murió años después, el 1 de junio de 1957, de un derrame cerebral. Fue enterrada vestida de negro con una piel de leopardo, pestañas postizas y uno de sus pequineses de peluche. En su tumba reza la leyenda: «La edad no puede marchitarla, ni la costumbre envejecer su infinita

variedad», perteneciente a *Antonio y Cleopatra*, de William Shakespeare.

El mismo año de la muerte de Fortuny, el Palazzo Venier dei Leoni, que había sido la morada de la marquesa de Casati, fue adquirido por Peggy Guggenheim que lo convirtió en su hogar hasta su muerte. Hoy es la sede del Museo Guggenheim de Venecia.

El Palazzo Pesaro degli Orfei fue donado por Henriette Negrin, la viuda de Fortuny, a la ciudad de Venecia después de que fuese rechazado por el Estado español. Hoy aloja el Museo Fortuny y parte de su increíble legado.

El *campanile* actual de la plaza de San Marcos es el que se replicó en unas obras que terminaron en 1912 tras su derrumbe en 1902. Cuando se colocó la primera piedra, un año después de su desplome, el alcalde Filippo Grimani dijo: «*Dov'era e com'era*» —«Donde estaba y como era»—, una frase que pasaría a ser el lema de la reconstrucción.

El *caffè* Florian sigue siendo punto de encuentro de venecianos, cineastas, estrellas y turistas, y uno de los lugares más populares de la ciudad en plena plaza de San Marcos.



Nacho Montes (Madrid, 1970) pisó con dieciocho años los talleres de escritura de la Escuela de Letras, donde se diplomó en Creación y Estudios Literarios antes de entrar en la Universidad Antonio de Nebrija para licenciarse como periodista en 1994.

Lleva toda su carrera en el mundo de la comunicación a través de la radio, la prensa y la televisión. Tras un largo periodo como periodista de informativos, sus primeras crónicas sociales aparecieron en la extinta Radio España. Más tarde comenzó a colaborar en *Época*, *La Revista de Ana Rosa* y *Arte de Vivir*, entre otras, y llegaron las colaboraciones de moda y sociedad en la Cadena Cope (*El show* de Nacho Montes, *El Moleskine*) y en Telecinco (*Las joyas de la corona*, *Qué tiempo tan feliz*, *El programa de Ana Rosa*, *El DBT de Gran Hermano*, *De buena ley...*). No le tuvo miedo a los trampolines de *Mira Quién Salta*, ni teme al reto de *Supervivientes*.

Podemos verle en Telecinco y leerle en Divinity a través de un populoso blog, *Divin@s* con Nacho Montes, donde analiza toda boda, alfombra roja y evento en sus «Aciertos y Errores», todo desfile de moda en sus «Puntadas con o sin hilo» o toda fiesta de postín en sus «Fiestómetros».

En *La Esfera* ha publicado con gran éxito: ¿Nada que ponerte? Todos los secretos de la moda para estar chic y elegante a cualquier hora, a cualquier edad y en cualquier ocasión.